

AÑO I — BARCELONA 3 DE SETIEMBRE DE 1882 — NUM. 36

EL AVARO, cuadro de P. Leopoldski

SUMARIO

EL TEATRO ESPAÑOL, por J. R. R. —NUESTROS GRABADOS. —EL MARTIRIO DE LA GLORIA (*Novela de telon adentro*), *continuacion*, por D. Enrique Perez Escrich.—EL IDEAL, por Jacinto Octavio Picon. —NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *El condensador parlante*.

GRABADOS.—EL AVARO, cuadro de P. Leopoldski.—LA FAVORITA, por Eduardo Richter.—EL AMOR Y LAS FLORES, por Berta Wegmann.—EL SUEÑO DEL PICAPEDRERO, dibujo de P. Grot-Johann.—JOYERO DE ORO ESMALTADO REGALADO POR EL REY DE SIAM AL PRÍNCIPE HEREDERO DE PRUSIA.—Lámina suelta. —LLAMAMIENTO DE LOS GIRONDINOS EL 30 DE OCTUBRE DE 1793.

EL TEATRO ESPAÑOL

Atraviesa el teatro español en estos momentos un período de lamentable decadencia. Por más que de ello pueda resentirse el orgullo nacional, debe reconocerse y confesarse un hecho que está en la conciencia de todos. Maiquez, Romea, Latorre y tantos egregios autores que hicieron un dia las delicias de nuestros padres, no dejan tras de sí sucesores capaces de mantener el brillo de nuestra escena, y el público acude á ver las compañías extranjeras, ávido de disfrutar de lo que constituye quizás el principal encanto en la interpretacion de una obra, es decir, de un conjunto cabal, acabado.

Y no es porque nos falten individualidades dotadas unas de talento, otras de instinto exquisito que cultivan el arte dramático y alcanzan frecuentes triunfos; pero éstas, faltas entre sí de cohesion y buena inteligencia, ó quizás sobrado recelosas de su nombre, suelen rodearse de medianias cuando no de nulidades para mejor brillar con el contraste

Este hecho triste en demasía nos condena á una irremisible decadencia, porque no es este el mejor camino para formar una buena escuela que no nos deje huérfanos de buenos actores, cuando la muerte ó los años arrebaten á la escena alguna de las notabilidades que la ilustran.

Origínase además este mal de diversas causas que apuntaremos aunque sea muy ligeramente.

Una de ellas, y no la menor por cierto, es el abuso de una cualidad, laudable muchas veces, pero sobrado propensa al extravío. Nos referimos al orgullo, á esa cualidad que lo mismo se traduce por noble emulacion que por vanidad ridícula. El actor español generalmente es orgulloso. Desde que pisa las tablas por primera vez aspira á ocupar los puestos superiores. Hijo de una raza meridional irreflexiva pero impetuosa; ávida de elevarse á impulsos de su imaginacion ardiente; más amiga de los golpes de audacia, que del estudio paciente; así como no hay militar en nuestro ejército que no se crea bueno para general, ni hay en las contiendas de los partidos politicastro que no se considere digno de apechugar con una cartera de ministro, así tambien en el teatro no hay cómico medianejo, no hay actor bisoño que no aspire á la plaza de primer galan y director de una compañía.

Y el tránsito se efectúa de ordinario con rapidez pasmosa, porque nuestro público es meridional, es impresionable tambien y ha de coadyuvar por secretas, recónditas é inexplicables simpatías al fin que el cómico ambicioso se propone. Así, apénas este aparece y muestra alguna cualidad, algun destello, vése al público aplaudirle lleno de irreflexivo entusiasmo, que es una especie de gas excelente para hinchar globos y dejar que se eleven por el espacio; y sucede de esta suerte que aquel actor que seria quizás con el estudio y bajo la tutela más ó ménos prolongada de inteligentes maestros un perfecto galan jóven, quédase transformado de golpe y porrazo en primer galan, con perfecto derecho, como los demás de semejante categoría, á hacer de su capa un sayo, á mandar en su casa ó en su teatro á riesgo de estrellarse en dificultades siempre superiores á sus medios.

Así es como talentos positivos se esterilizan por haberse apartado de la senda que les estaba marcada, y á eso se debe tambien que escaseen tanto los buenos actores encargados de desempeñar aquellos papeles que sin ser principales, tampoco pueden considerarse como secundarios, puesto que de su buena ó mala interpretacion depende en gran parte el buen conjunto de una representacion escénica.

¿Y qué diremos del descuido con que las obras suelen ponerse y los actores se presentan, áun en teatros de primera categoría? Muy recientemente vimos nosotros á un afamado actor, notable, si no por sus actitudes y por su figura, por su excelente manera de recitar los versos, representando el Segismundo de la *Vida es sueño* de nuestro inmortal Calderon de la Barca. Vestido de pieles y cargado de hierros yacía en el fondo de una caverna el desventurado Segismundo, y no obstante, ¡rareza singular! en uno de sus dedos destellaba con resplandecientes cambiantes una preciosa sortija. ¿Es esto comprensible en un actor de talento?

Nada diremos de los trajes, que en desarmónica confusion de épocas y países aparecen en una misma obra, defecto que no tiene disculpa en unos tiempos en que tantos progresos han hecho la historia y todas las ciencias auxiliares, como la indumentaria, hasta el punto de haberse vulgarizado esos conocimientos, merced á la gran difusion que alcanzan en nuestros dias las obras que versan sobre tales materias. Sólo nuestros actores descuidan ese elemento de educacion popular y artística, que podria contribuir poderosamente á formar el gusto de las multitudes y á ensanchar la base de sus conocimientos. En este punto nuestra escena rinde culto á la rutina más desastrosa, en detrimento de la verdad y de la ciencia histórica, arraigando más y más una preocupacion teatral, en que ya no sólo incurren los intérpretes, sino y muy principalmente los autores.

Créese generalmente, y si no se dice se practica, que la escena no es, como debe ser, el espejo de la verdad. Así pagamos todos desmedido tributo al convencionalismo, y son la mayor parte de las obras que se representan y se aplauden producto más ó ménos valioso y estimable de la imaginacion ó de la fantasía; raras veces reproduccion fiel de la vida real. Tentados, sin duda, por las fascinadoras galas, por la pristina belleza que ostentan las gallardas producciones de los fundadores de nuestro teatro; admiradores de las brillantes imágenes, de los galanos conceptos forjados al calor del genio de Calderon, Alarcon, Lope de Vega, inmortales autores que simbolizan el siglo de oro de la literatura española, propenden nuestros autores á hacer gala de la rima de que es tan rico nuestro idioma, y el público se adormece al desarrollo del romance ó de la redondilla ó de la décima artificiosa, ó bien al són del bien timbrado endecasílabo, pasándole poco ménos que inadvertido ó siquiera prestando escasísima atencion á lo que debe ser el alma de toda obra destinada á la escena, es decir, á la lucha de afectos y pasiones, á la pintura de caracteres, á la novedad y al interés de las situaciones culminantes.

Se escriben dramas como se escriben óperas, y se va á oirlos como se oye una produccion lírica, dando satisfaccion al oido y no al corazon. Llenan las veces de arias largas tiradas de versos, suplen á los duos y tercetos diálogos rimbombantes en que chispea uno que otro pensamiento, uno que otro concepto poético, contenido muchas veces en los dos últimos versos de una redondilla, escritos ántes que los primeros por lo general endebles y vacíos. Buscad en estas producciones la verdad y no la encontrareis: el desbordamiento de la poesía lo ofusca todo. Convencional es el lenguaje, convencionales las situaciones, los personajes, la accion, todo es anómalo y falso, aunque sea todo poético y literario. La forma brillante absorbe el fondo, hasta el punto de ser muy contadas las obras de nuestro moderno teatro, que vertidas á un idioma extranjero y despojadas por consiguiente de los encantos de la rima, lleguen á recibir la sancion de otros públicos ménos soñadores que el nuestro y más pagados del fondo que de la forma de las obras.

¿Por qué nuestros autores no escriben en prosa? No será porque carezcan de modelos. A principios de este siglo Moratin con *El sí de las niñas*, y en nuestros tiempos Tamayo con su *Drama nuevo*, demuestran que el idioma castellano es sobrio, preciso, elegante y se presta admirablemente como el que más, al tono y á las exigencias del lenguaje escénico.

Y la versificacion, no hay que desconocerlo, es otro de los torcedores de los artistas dramáticos. Nada como ese lenguaje medido y pesado para encaminarles al sonsonete y por ende al amaneramiento. Rarísimos son los que dominan la rima doblegándola á su antojo; casi todos se dejan arrastrar y conducir por ella inconscientemente. Empiezan hablando y acaban cantando, y luégo es tarea penosa y para muchos imposible recobrar la elasticidad, la soltura tan necesarias en los actores.

Tales son, en resúmen, algunas, no todas las causas de la postracion de nuestro teatro. Dependen unas de la índole de las producciones escénicas, y otras del carácter peculiar de nuestros actores. Hora es ya de que aquellos se infundan en el espíritu moderno, pues cada edad tiene sus manifestaciones propias y especiales. Al siglo de la poesía ha sucedido el de la prosa; sobre la fantasía predomina el pensamiento; sobre la imaginacion asaz propensa al desvarío, la observacion de la naturaleza, ó por decirlo en otros términos, el naturalismo. No es este la copia servil, ni el remedo de la vida real, sino la manifestacion de la verdad y la belleza depurada por el arte. Este y no otro es el sello característico del teatro de nuestros tiempos, y así las obras que á tal criterio obedecen no conocen fronteras, y quedarán como documentos fehacientes de nuestros gustos, de nuestra cultura y de nuestras costumbres.

A los mismos medios que los autores deben acudir los intérpretes de sus obras, teniendo presente que la mejor escuela es la naturaleza, el método mejor la observacion, y el procedimiento más seguro para rehabilitar nuestro decaido teatro un amor al arte que profesan, elevado á la altura de sacerdocio, en que no se conozcan ni las miserias personales, ni las mezquinas rivalidades, orígen perenne de decadencia y ruina.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL AVARO, cuadro de P. Leopoldski

Aguardó á que cerrara la noche y maldijo de la luz de las estrellas que le parecia más resplandeciente que la del sol. Tanto deseaba ocultar sus actos. Caló el rudo sombrero, se envolvió en la exígua capa, y á guisa de fantasma penetró en la cueva, como pudiera el ladron que fuese á sorprender el tesoro ajeno. Rechinó la llave en la enmohecida cerradura, y figurósele el gemido acusador de una víctima de su avaricia. Atrancó una tras otra las macizas puertas, y cuando llegó al *sancta sanctorum* de su maldito templo amasado con lágrimas, la luz temblorosa de un farol agonizante rieló sobre un monton de oro, como la luz de la luna riela sobre una losa de mármol. Entónces metió sus brazos enjutos en el vil metal hasta los codos, como el tigre mete la zarpa en las entrañas de sus víctimas, y rió como deben reir los condenados cuando atormentan á sus compañeros de martirio. Al terminar su expedicion, se retiró ojeroso, lívido, temblando al simple ruido de sus propios pasos, temeroso de su escuálida sombra. Cuando el aire fresco de la noche hiere su frente, presta oido á los más insignificantes rumores, porque en la conciencia del avaro el plácido arrullo del céfiro ruge como un coro de maldiciones. Huyendo de sí mismo, busca en el sueño el olvido de la pesadilla; y el sueño es en él contraproducente, porque durante ese sueño se le aparecen legiones de fantasmas que penetran en la estancia donde guarda su tesoro por las más estrechas rendijas y hasta por los microscópicos agujeros que abren los gusanos roedores. Viene un dia en que la luz del sol no ataja el delirio; sus ojos diminutos saltan de las órbitas, sus manos buscan á tientas el tesoro que representa tantas crueldades..... y el infeliz avaro muere rodeado de sus presuntos herederos, que al verle exhalar el último suspiro, exclaman alborozados:

—¡Por fin se lo llevó el diablo!...

LA FAVORITA, por Eduardo Richter

¿Qué cosa es una favorita en un harém? Por de pronto es una mujer hermosa, muy hermosa, tan hermosa como desgraciada. ¿Cómo ha llegado al Serrallo? Quizás fué adquirida en un vergonzoso mercado, quizás un amigo espléndido la ha regalado á su actual dueño, como pudiera haberle regalado un caballo ó un perro de caza. Tambien es posible ¡horror causa el pensarlo! que sus propios padres hayan cultivado su belleza para tentar un dia con ella los apetitos brutales de un poderoso hastiado de placer. Desde que se cerraron para ella las puertas del harém, ha perdido para siempre su libertad, hasta la libertad de su pensamiento, porque su señor, que á tenor de la ley tiene tantas mujeres cuantas pueda mantener, es en extremo celoso, y los eunucos, asquerosos guardianes de aquella prision embellecida, sienten un placer sin igual cada vez que ciñen el hermoso cordon de seda y oro á la garganta alabastrina de una favorita infiel. Aparte de esto, la favorita puede exigir cada dia un nuevo collar de perlas de Ofir, un nuevo abanico de blanquísimo marfil y escogidas plumas de avestruz, nuevos chales de Cachemira y nuevas esclavas á quienes torturar física y moralmente; puede asimismo comer cuantos dulces apetezca, tomar en copas de cristal purísimo los helados que desee, aspirar el aroma del benjuí que se exhala de pebeteros de oro ó el de los azahares que florecen en bosques de hadas; puede murmurar de sus compañeras cuanto la envidia le exija y adormecerse al grato rumor de las fuentecillas, bajo un dosel de rosas de Alejandría, miéntras sus esclavas ¡esclavas de otra esclava! entonan dulces canciones acompañadas en sonoros laúdes. Todo esto puede, y puede además morirse de fastidio, y estar tentada un dia de arrojarse del alto mirador, desde el cual descubre á las mujeres cristianas, más pobres que ella, más feas que ella, pero más felices que ella, puesto que al ménos son libres....

EL AMOR Y LAS FLORES, por Berta Wegmann

Donde hay juventud hay amor, y donde juventud y amor y flores, hay un pedazo de paraíso. En él se encuentra la simpática pareja de nuestro grabado, cuya vista producirá indudablemente en muchos amartelados amantes una comezon irresistible de ascender á novios; estado de beatitud que constituye el período bello de la existencia humana. Novios son, con efecto, nuestros jóvenes; bien lo demuestra la confiada distancia que media entre ellos y los respetables papás de la niña. El bizarro galan dirige flores á la garrida novia, que las recoge con singular fruicion. Al mismo tiempo, y con infantil coquetería, llena la falda de su vestido con los más hermosos ejemplares del jardin; pero las más fragantes rosas tienen apénas perceptible aroma comparadas con el azahar que exhala el labio del sér amado. ¡Dichosa edad de la juventud que así siente y así inspira!.... Dejad que los novios corran por sendas cubiertas de flores; no se os ocurra ridiculizar el idealismo en que viven las almas honestamente enamoradas..... Demasiado pronto se desvanece la dicha verdadera, que nunca proporcionará el grosero materialismo de aquellos burlones.

EL SUEÑO DEL PICAPEDRERO, dibujo de P. Grot-Johann

Apoyado en el endeble andamio suspendido entre los innumerables haces de pilares, robustos machones que sostienen la aérea bóveda del tempo ojival, á trechos iluminada por los tornasolados rayos de la luz, el modesto artesano se ha dormido: sueña acaso en una vida más brillante y en otro porvenir más glorioso; y en tan poético ensueño parece sonreirle ese ángel cuyo rostro acaba de cincelar, espíritu celeste que bate sus alas como queriendo desprenderse del capitel. ¡Fiel retrato de la vida! Las más nobles aspiraciones alientan asimismo en esas alturas, donde un rayo de la luz del cielo ilumina á intervalos las tinieblas que rodean al espíritu!

Joyero de oro esmaltado regalado por el rey de Siam al príncipe heredero de Prusia

La preponderancia que en Europa ha alcanzado el imperio aleman, parece haber llamado la atencion de algunos soberanos asiáticos, que se han apresurado á entablar relaciones con el mismo. El rey de Siam, entre

otros, ha enviado á este objeto á Berlin tres misiones compuestas de altos dignatarios, obsequiando al emperador Guillermo, así como á las personas de su familia, con magnificos presentes, entre los que merece mencionarse el regalo de boda destinado al príncipe Guillermo. Esta obra artística es de oro con esmaltes y lleva una dedicatoria del augusto donador. Nuestros lectores podrán formarse cargo por el grabado de la pág. 288 de la altura á que se encuentran en Siam la industria y el arte.

LLAMAMIENTO DE LOS GIRONDINOS el 30 de octubre de 1793

La *Historia de la Revolucion francesa* por Thiers describe patéticamente todos los incidentes de aquella siniestra jornada, que de tan lúgubre manera terminó los debates iniciados seis dias ántes. Seguramente no ignorará el lector que el tribunal revolucionario, alarmado por la simpática acogida que de todo el auditorio merecieron las contestaciones de los acusados, y sobre todo la calurosa elocuencia de Vergniaud, llamó en su ayuda á la Convencion, la cual no vaciló en aplicar al proceso que se sustanciaba una jurisprudencia improvisada, declarando que la conciencia de los jurados estaba suficientemente ilustrada.

M. Flameng ha elegido para asunto de su magnífico cuadro la noche de aquel dia nefasto. Las víctimas del furor revolucionario están reunidas en la cárcel de la Conserjería cuando las llaman, despues de celebrar juntas su última cena, para conducirlas al suplicio. El artista ha sabido agrupar admirablemente los últimos defensores de la ley y de la libertad con los soldados y esbirros que acompañan al representante del tribunal. Vése allí á Brissot, á Vergniaud, al abate Fauché, al enérgico Carra, al valeroso Gensonné en ademan de hablar, á los jóvenes hermanos Ducos y Fonfrede, todos en actitudes dignas y enteras, como digno y entero era su carácter; y para completar el cuadro, figura en primer término el cadáver de Valazé, quien se habia clavado un puñal en el pecho tan luégo como se le notificó su sentencia de muerte.

Todos ellos marcharon al patíbulo serenos, entonando el conocido himno de los marselleses, y lamentando, no su terrible suerte, sino los males de la patria. — «Muero el dia en que el pueblo ha perdido la razon, dijo Lasource con ademan profético dirigiéndose á sus verdugos: ¡ay de vosotros el dia en que la recobre!»

Y así fué, pues áun no habia trascurrido un año, cuando rodaban en el cadalso las cabezas de los principales jefes de la furibunda Montaña, expiando con su sangre la generosa sangre de los girondinos, tan inhumanamente vertida por ellos.

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

Novela de telon adentro

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—¡La hija de Angela!—exclamó el duque soltando una homérica carcajada que heló la sangre en las venas de Octavio.—¡La hija de una cómica! ¡Casarse el heredero de mi título con una *ratita* de bastidores! ¡con una *princesa* de telon adentro! ¡Bah! esto será una broma tuya.

—No, padre mio,—añadió Octavio conteniéndose,—no se trata de una broma, se trata de una necesidad de mi alma, amo á María.

—Pues bien, si la amas,—añadió con tono imperioso el duque,—puedes hacerla tu querida, pero nunca tu esposa.

Y ántes de dar tiempo para contestar á Octavio, el duque añadió descargando un terrible puñetazo sobre la mesa que produjo sus desperfectos naturales:

—Estaria bien que ahora que S. M. la Reina te ha buscado una ahijada suya y te ha hecho el honor de elegirte para que te cases con ella, fuéramos á decirla: «Señora, mi hijo no acepta el partido que V. M. le proporciona, desprecia á la espiritual duquesita del Radio, porque como una muestra de su carácter democrático está resuelto á cometer la estupidez de casarse con la hija de una cómica. V. M. hará muy bien en reirse de esta aberracion inexplicable y cerrarnos las puertas de su palacio compadecida de la vergüenza que arroja el último vástago de los Monte-escueto sobre las gloriosas tradiciones de sus heróicos antepasados.»

—Padre mio, yo creo que en todo eso hay algo de exageracion,—se atrevió á decir Octavio.

—Sí, tienes razon, he sido exagerado y retiro todos mis discursos; mañana á la una iremos á palacio, la Reina te propondrá el enlace con la duquesita del Radio, tú darás tu palabra de honor de aceptar con orgullo y reconocimiento la esposa que S. M. te ofrece y dentro de muy poco tiempo se celebrará vuestra union en la capilla real, siendo vuestros padrinos los reyes de España; no tenemos por consiguiente nada más que hablar en este asunto. Si la hija de esa cómica te gusta puedes hacerla tu querida, comprarle un coche y un hotelito que es el sueño dorado de todas esas reinas con corona de carton y cetro de madera.

—¡Oh! María no aceptará nada mio más que mi mano,—exclamó en un arranque de despecho Octavio.

—Tanto peor para ella, porque tu mano no puedes ofrecérsela sin que caiga una gran vergüenza sobre nuestro nombre, sin que expongas las honradas canas de tu padre al desprecio de palacio y á la rechifla de la aristocracia. Yo nunca te daré mi consentimiento; piénsalo bien, hijo mio, piénsalo bien, y evítame un gran disgusto.

Octavio estaba anonadado ante la energía de su padre. Las nobles y hermosas facciones del anciano se hallaban contraidas y un temblor nervioso agitaba su cuerpo.

De repente se levantó y dijo con una severidad notoria:

—Conde de Valaoz, sígueme.

Octavio se levantó á su vez y siguió á su padre.

El duque cruzó varias habitaciones y entró en un régio salon cuyas paredes se hallaban adornadas con los retratos de sus antepasados.

Una vez allí, dirigió una mirada en derredor suyo, como saludando á todas aquellas venerables cabezas.

—Octavio,—dijo con solemne entonacion,—nos hallamos en presencia de nuestros antepasados, de nuestros gloriosos abuelos; ese es el fundador de nuestros títulos: en una batalla memorable, atravesado el cuerpo por tres flechas, herido el rostro por una terrible cuchillada, encontró á su rey desmontado y falto de aliento por la mucha sangre que habia perdido su cuerpo, le cogió entre sus brazos de atleta y levantándolo le dijo: «Señor, yo te salvaré y me salvaré, ó ambos pereceremos en la demanda; muy cerca de estos sitios existe una cueva y en ella un manantial de fresca y saludable agua que apagará la sed de tu garganta y aliviará el dolor de tus heridas.—¿Dónde está esa fuente?—preguntó el rey con desfallecido acento.—Detrás de ese monte-escueto,—contestó el soldado.» Y allí le condujo nuestro antepasado con heróico valor; el rey se salvó y en recompensa de su conducta, en agradecimiento á la vida nombró á Garci Nuñez primer duque de Monte-escueto y le dió tierras, privilegios y propiedades para mantener dignamente los blasones con que le habia honrado. Desde entónces han trascurrido ocho siglos y los reyes siempre han intervenido en los matrimonios de nuestra familia. La historia guarda para los duques de Monte-escueto páginas de gloria imperecedera. Esta es tu madre; pues bien, en presencia de nuestros antepasados te juro que si me desobedeces, si protegido por las leyes modernas te casas con la hija de una cómica, arrojando sobre nuestros timbres la vergüenza de nuestro incomprensible proceder, en este mismo sitio y en presencia de estos retratos que nos miran y tal vez nos oyen, te juro que una hora despues de casarte tú con la cómica, me levantaré la tapa de los sesos. Nada más tengo que decirte.

Y el duque salió del salon con paso firme sin esperar la respuesta de su hijo.

Octavio se quedó anonadado: conocia á su padre y no dudaba que cumpliria su juramento.

Dejóse caer en un antiguo sillon salomónico y llevándose las manos al rostro, murmuró en voz baja:

—¡Pobre María!

CAPITULO IV

EL PRIMER SÍNTOMA

Octavio no fué aquella noche al teatro. ¿Y para qué, cuando sólo podia ser mensajero de malas nuevas?

María le esperaba con más impaciencia que nunca. Pasó el primer acto y se dijo:«Vendrá despues»; pero pasó el segundo y pasó el tercero, y el conde de Valaoz no se presentó en el cuarto de la actriz llenando de luz el alma de aquella pobre niña con su presencia y de alegría su corazon con el melodioso eco de sus palabras.

Entónces una sospecha cruzó por la virginal imaginacion de la niña:

—¿Le habrá despedido mi madre?—se preguntó.

Y sintiendo una emocion en todo su sér, volvió á decirse:

—¿Estará enfermo?

Esta sola idea la causó un profundo disgusto.

Angela miéntras mantenia una conversacion general con sus amigos, estudiaba á su hija; su exquisita penetracion de madre la tenia sobresaltada.

Al terminar la funcion, cuando subieron al coche que debia conducirlas á su casa, Angela maquinalmente cogió una de las manos de su hija.

Aquella mano ardia, tenia calentura.

Angela no pudo dormir; se levantó tres veces durante la noche y siempre al acercarse á la cama de su hija la encontró con los ojos abiertos.

María al ver á su madre que se acercaba con cuidado y procurando no meter ruido, le decia sonriéndose:

—No duermo.

—¿Por qué no duermes?—le preguntaba su madre.

—Lo sé yo por ventura; no tengo sueño, quiero dormir y no puedo.

Angela se acostaba sin entrar en una discusion sobre la falta de sueño de su hija; sospechaba la causa, pero no estaba en sus manos combatirla.

Al dia siguiente por la tarde un criado con la librea de los duques de Monte-escueto se presentó en casa de Angela con una carta.

Esta carta era de Octavio. La actriz para leerla fingió un pretexto y se encerró en su gabinete.

No dudaba que era portadora de malas nuevas.

La carta decia así:

«Sra. D.ª Angela Serrate.—Muy señora mia y distinguida amiga: He sido nombrado primer secretario de la embajada de Paris y parto esta noche. No tengo valor para despedirme personalmente de V. y de María, cuyo recuerdo llevo en mi alma; cumplo á V. mi palabra por doloroso que sea; Dios quiera que la ausencia borre de su memoria y de su corazon el naciente amor que conturba el espíritu virginal de ese hermoso ángel á quien tanto amo, Dios quiera que María sea tan feliz como merece serlo, Dios lo quiera.

»Debo á V. una explicacion y voy á dársela en esta carta de despedida.

»Ayer intenté persuadir á mi padre de que mi felicidad en la tierra consistia solamente en dar mi nombre á la mujer que amo, pero mi padre juzgó sin duda mis deseos como un capricho de la juventud que pasa y se desvanece y con la energía propia de su carácter se negó á darme su consentimiento; tuvimos lo que se llama una terrible batalla de familia, batalla que terminó con un juramento hecho por mi padre en presencia de los retratos de nuestra familia, que me llenó de espanto, porque conociendo al duque de Monte-escueto le creo muy capaz de llevar á cabo su juramento. Ruego á V. me dispense si no puedo decir ni una sola palabra sobre este asunto.

»Como si no fuera bastante la negativa y el juramento de mi padre para levantar un mundo de obstáculos entre María y yo, hoy he estado en palacio á despedirme de S. M. la Reina, y otra nueva valla se levanta ante mi felicidad.

»La Reina que me ha demostrado siempre un cariñoso afecto, me ha dicho:

«—Octavio, te he buscado una novia y quiero ser madrina de tu boda. Dentro de un año, cuando vuelvas de Paris, te casarás con la duquesita del Radio; ya sabes que es mi ahijada, su padre va de embajador á Paris, procura ir conquistando su corazon, lo cual no te será muy difícil.

»Despues de esto ¿qué puedo yo decir? mi padre y mi reina me cierran el camino de la felicidad.

»No volveré á ver á María, ¿pero será V. tan buena que de vez en cuando me dé V. noticias suyas?

»Su amigo, ya que no puede ser su hijo.—*Octavio Valaoz.*»

Angela se sintió conmovida leyendo aquella carta.

La ausencia de Octavio le daba alguna esperanza de que su hija le olvidaria. La pobre madre ignoraba que el amor que habia nacido en el alma de María era uno de esos amores que matan cuando no son correspondidos.

Trascurrieron ocho dias. Una noche María preguntó á su madre:

—¿Has reñido con el conde de Valaoz?

—Reñir yo, qué disparate, no, hija mia, ¿porqué me lo preguntas?

—Como no viene.

—¿Pues qué, no sabes,—añadió Angela afectando indiferencia,—que está en Paris?

—¿Se ha marchado?—preguntó María palideciendo notablemente.

—Sí, la Reina le ha colocado de primer secretario de la embajada, es un bonito destino para un jóven que se dedica á la carrera diplomática.

—¡Se ha marchado sin despedirse!....—repitió María como si diera vueltas en su imaginacion á una idea confusa.

Y como el silencio de su madre afirmó su pregunta, dejó caer la cabeza sobre el pecho exhalando un suspiro.

Angela fijó una profunda mirada en el abatido rostro de María y rodeando cariñosamente un brazo por su cintura la dió un beso en la boca diciéndole al mismo tiempo:

(Continuará)



LA FAVORITA, copia de un cuadro de Eduardo Richter



EL AMOR Y LAS FLORES, cuadro de Berta Wegmann

EL IDEAL

El doctor X..... fué un hombre verdaderamente extraordinario. Aun me parece que le veo: alto, seco, nervioso, enjuto de carnes, con su barba blanca, un gorro negro, casi puntiagudo, y una ancha toga de paño color de ala de mosca que al par que de recuerdo del profesorado le servia de abrigo en las noches de invierno, cuando sentado cerca de la lumbre leia silenciosamente en tanto que la lluvia golpeaba los vidrios y el viento combatía las puertas.

De carácter extremadamente bondadoso, con todos era amable; nadie pudo quejarse de no hallar en él consuelo para las contrariedades ó consejo en las dudas; trataba como á madres á cuantas mujeres honradas conocia; hijos suyos parecian, por el mimo con que los atendia, cuantos niños se le acercaban; los hombres eran para él, si buenos, hermanos respetables, si delincuentes, esclavos del error cuyas almas habia que reconquistar.

El Doctor escribió poco y pensó mucho; nada se conserva de sus obras; á publicarlas hubiera trastornado la marcha de la humanidad: sus afirmaciones, estudios y creencias le hubiesen quizá valido en pleno siglo XIX los honores de la Inquisicion. Pero el buen sabio, que daba prueba de serlo no aspirando á la celebridad por el martirio, me confió sus originales con expresa prohibicion de publicarlos, órden que yo respeto, sobre todo por no ver á la imprenta nuevamente calificada como instrumento de revoluciones.

No creo que tuviera escuela fija, ni que siguiera las huellas de filósofo alguno. Era ante todo observador, estudiaba los mil aspectos que la vida ofrece, lo analizaba todo, dudaba mucho y no negaba nada: como sus dudas eran grandes, sus afirmaciones eran raras, y su fe no andaba muy segura: gozaba más que haciendo el bien, perdonando el mal que recibia, y era, en fin, hombre de tales condiciones que si la razon fuera la que hiciese santos, se le hubiera canonizado ántes de morir. El pensador aparecia en él como una mezcla de escéptico y filántropo, era en resúmen tal y tan bueno que ántes que respeto infundia veneracion sincera.

El resúmen de sus proyectos, el compendio de sus ideas, seria largo y fatigoso para el lector; pero como muestra de las reformas que, á poder, hubiera introducido en el sistema del mundo y el órden de la Naturaleza, palabra que, dicho sea de paso, escribió siempre con ene mayúscula, hé aquí algunas: pensó que la limosna pudiera darse con la voluntad y no con el dinero; deseó la supresion del agradecimiento porque no existiera el sentimiento contrario de la ingratitud; quiso que la belleza radicase en el ojo y no en la cosa vista; dijo que el derecho debia ser tan fatal y necesario á la vida moral como son necesarias y fatales las leyes de la Naturaleza, y sostuvo que no sucediendo así, nadie debia venir al mundo sin conocer de antemano la legislacion á que viviria sometido y los medios que tendria de infringirla. En política reconocia á los más, todo derecho que no fuera contrario al de los ménos; en artes, rendia culto á la verdad poetizada y no admitia poesía fuera de lo natural y humano; lo único inagotable que habia á sus ojos era el bien, quizá por ser aquello de que se sentia más capaz y, dejando aparte su ciencia, era tan bueno, que cuantos le conocimos creíamos que no podria morir hombre como aquel sin que al cerrar los ojos se extinguiera alguna claridad en el espacio.

Una de las innovaciones con que más encariñado estaba se traducia en un gran empeño por aplicar á las pasiones y los sentimientos el método experimental, pensando que las facultades morales podrian analizarse colocando al corazon ó la cabeza en una serie de situaciones que fueran para la razon y el sentimiento lo que reactivos, crisoles y alambiques son para los cuerpos materiales.

Una tarde, que juntos discurríamos por el jardin de su casa, manifestéle las dudas que sobre el particular tenia, y queriendo convencerme de la bondad de su sistema—«Voy á contarte uno de mis experimentos,»—me dijo; y en tanto que cogidos del brazo paseábamos bajo los altos árboles que á un extremo de la propiedad se alzaban, habló de este modo:

—Si algo hay grande para nosotros en la vida, es seguramente el ideal á que aspiramos; de quien no le tenga podrá decirse que vegeta ó se mueve, pero no que vive: y ofreciéndose el amor á nuestra alma como bien supremo, claro es que el ideal de él emanado será tambien el ideal supremo, que cada uno concibe segun la nocion que del amor se forja. Desde aquella que le considera como un destello de la divinidad tomando morada en cuerpo humano, hasta la que mira en él una enfermedad que se cura con sangrías y paños de agua fresca, se han echado á volar desde que el mundo es mundo docenas y cientos de opiniones sobre el amor; es causa para unos, efecto para otros, dichas sin cuento para éste, innumerables infortunios para aquel, quién le ha llamado alma de todo lo creado y no falta quién diga que amor sólo es el traje que para presentarse en buena sociedad acepta la lujuria. Á mi juicio, amor es el ansia de gozar aquellas perfecciones con que la imaginacion y el deseo adornan á la realidad y en que creemos ver cumplido el bien que anhelamos, como cree verlo el árabe sediento y fatigado al mirar formarse en el horizonte del desierto el espejismo cuyas imágenes le pintan dulce remanso, sombríos árboles y cristalinas ondas. Al andar, que es el vivir, va desvaneciéndose poco á poco el fenómeno, óptico en un caso, moral en otro, y cuando el término de la carrera llega, ó no se encuentra el oasis, ó es tan distinto del que nos fingió la fantasía, que la razon le tiene por campo monótono y triste, cuando no por erial. Ve, sino, que en la esfera del amor, el mundo sólo conserva memoria de aquellas pasiones que se hicieron célebres por el infortunio de los enamorados: Píramo y Tisbe, Hero y Leandro, Julieta y Romeo, Abelardo y Heloisa, Isabel y Diego, Fausto y Margarita, Pablo y Virginia; no hay en cambio recuerdo de pareja á quien haya su ventura eternizado; ni en la historia, ni en la poesía. Será tal vez porque el mundo no para mientes en las dichas y sí sólo en las desgracias ajenas, pero ello es que son muchos los inmortalizados por su triste suerte y pocos ó ninguno los que cobraron fama de su propia ventura.

Pero dejémonos de historias y leyendas, que como cosas de tradicion pueden andar equivocadas, y vengamos á mi experimento.

Yo creia y quise convencerme de que en el ideal la mente se finge encantos tales que jamás en la realidad se ven cumplidos y que aunque así suceda aparecen á nuestros ojos ménos hermosos que los pintó la fantasía.

Tuve, allá en otro tiempo, un amigo, porque has de saber que á pesar de no hacer daño á nadie los he tenido, y era éste padre de la más gentil muchacha que pudo concebir el capricho humano: sus facciones guardaban aquella regularidad que, sin detrimento de la gracia, realza la belleza; sus ojos eran grandes como bien perdido, su mirada incierta como amor soñado, y su boca, piñon de grana humedecido en el néctar de los más castos besos, tan chica, que apénas dejaba ver como si fuese de él avara un tesoro de nácares que sólo descubria para dejar paso á una sonrisa más pura que la alegría de la luz, si ella pudiera contemplarse.

Mi amigo, cuyo nombre no hace al caso, deseaba casar á Rosa, éste era el de la chica, con un muchacho que, á decir verdad, ni era bueno ni malo, hermoso ni feo, tonto ni discreto, ignorante ni sabio; un ente, en fin, que parecia la personificacion de toda medianía y la encarnacion de lo que unos llaman vulgo y otros denominan *todo el mundo*. Rosa amaba como á los diez y seis años se ama, es decir, convirtiendo al sér querido en un modelo de perfecciones, á un jóven que para protagonista de novela romántica no tenia precio: era su físico como pudiera desearle el mejor escultor griego para la estatua de un Narciso, y en cuanto á lo moral, ni sentimiento mezquino ni idea pequeña; tal, al ménos, creia Rosa, condenada á sufrir horriblemente y puesta en la alternativa de ser desobediente á su padre ó desdichada para toda la vida. Veia de un lado la realidad desnuda y no bella, de otra parte su ideal realizado, y no ya el pensamiento de su mala fortuna, sino que hasta la incertidumbre de su porvenir la mortificaba en gran manera. Vino un dia á buscarme, me contó su cuita, su padre al siguiente hizo lo mismo, escuché á entrambos y tras largas reflexiones realicé el plan que habia concebido miéntras los atendia.

Cité una tarde á Rosa y la partí en dos, completando luégo cada una de las dos mitades con lo que la faltaba merced á procedimientos químicos, cuya explicacion no hace al caso ni te importa. Conseguí, pues, que en vez de una, las Rosas fueran dos, en un todo iguales á la primera, movidas por los mismos instintos y animadas de los mismos afectos.

Aquella noche, y miéntras dejaba aletargada en mi laboratorio á una de las Rosas, acompañé á la otra hasta casa de su padre, ignorante de cuanto yo fraguaba, y allí sabiendo, como sé, que, quien pide un consejo desea que se lo dén conforme á lo que proyecta, pues de lo contrario está dispuesto á no seguirlo, me encerré con mi amigo y le dije que, dejando á un lado escrúpulos de la niña, la casase con aquel en quien habia pensado, añadiendo que el cariño de un padre amoroso ve más y más claro que la imaginacion de una mozuela y que, sobre todo, nada puede el primero discurrir que redunde en perjuicio de la segunda. Dicho se está que aquel hombre obró como yo le aconsejaba y él queria.

Volvíme luégo á casa, llamé á la otra Rosa y le dije:—No es bien que á un tiempo mismo se marchiten en tí las ilusiones, la juventud y la hermosura: tu pobre padre, débil de espíritu y achacoso de cuerpo, quiere verte pronto casada, porque cuando él te falte pueda acorrerte otro; mas es el caso que ve las cosas ménos claras que tú, quizá por mirarlas á la larga distancia de sus años. El hombre que has elegido, en armonía con tus inclinaciones, te hará dichosa: sal de esta estancia, atraviesa el jardin, abre la verja, cruza el camino, y junto á los primeros troncos del bosque le hallarás más ansioso de hacerte venturosa que de ser feliz. Vé en paz, yo prevendré á tu padre; él te perdona; está tranquila, aunque no llegue su bendicion á tus oidos, pues por más que los hijos no la escuchen, los padres siempre la dicen de modo que Dios la oiga.

Excuso decirte,—continuó el Doctor,—que su amante la esperaba, pues yo le habia citado. Partió la niña, pasó el tiempo, los dias sucedieron á los dias, los meses á los meses y al cabo de algunos años, no muchos, cuando creí que podria dar fin á mi experimento, llamé á las dos Rosas procurando descubrir en sus semblantes algun indicio de cómo habian vivido.

La casada segun su propia eleccion acudió primero. «¿Cómo te ha ido?—la dije,—¿eres feliz? ¿cuál ha sido tu vida?»—«Cárlos es bueno,—repuso,—me quiere mucho y yo le adoro; renuncio á describiros la alegría que nos produjo vernos juntos y solos; fué tanta, gastamos en gozarla tanto esfuerzo, que apénas si nos queda ya placer para acordarnos de ella; el eco de nuestros primeros besos hizo enmudecer á las aves del bosque como admiradas primero y envidiosas luégo de aquellos sonidos escapados de dos almas que parecian gemir de placer al confundirse en una. . . . .

. . . .

Nuestra vida es la paz; una paz que nadie turba: el cariño y la afabilidad de Cárlos para mí son grandes. Yo le amo, como creo que debe una mujer amar á su marido, con un cariño que es consideracion y con un respeto que es dulzura; cuido más que de proporcionarle felicidades soñadas en hacer su vida lo ménos triste posible; procuro que halle en mí cuanto pueda desear y hago que desee mucho para dárselo todo; soy con él sumisa y obediente de tal suerte que vea en mí, no la obediencia ciega á lo que una fuerza impone, sino la conformidad de quien reconoce algo superior á sí mismo; no hago nunca á mi esposo responsable de sus genialidades y no procuro para que desista de sus sinrazones sino que llegue á conocerlas; le cuido en sus dolencias de tal suerte que mi solicitud y esmero le hacen á veces no echar de ménos la salud para pensar en cómo está asistido; procuro, finalmente, ántes que aparecer á sus ojos sin defectos dejarle conocer alguno y, juntamente, mi afan por corregirme para serle agradable. Por su parte, ya os lo he dicho, me adora y deja que yo lo entienda, de modo que ni un momento pueda ocurrírseme la idea de que él piensa que sea obligacion el querer. Consideracion y cariño ante las gentes, locura é idolatría á solas, tal es mi Cárlos para mí: me siento subyugada por él gozando en reconocerlo así y trato de ocultárselo algo para que no me llegue á mirar como muy inferior á sí propio. Para no cansaros; entre ambos, son idénticas las aspiraciones, iguales los deseos, conformes los gustos; no tan afines los caractéres que engendren monotonía en la existencia, ni tan opuestos que truequen la vida en batalla y en escaramuzas los dias.

Cuando hubo terminado,—prosiguió el Doctor,—yo la dije:—«Tu dicha es pues completa; nada tienes que desear: vuestra posicion es tal, que ni puede afligiros la pobreza ni daros la fortuna el vértigo que se siente en las alturas. Bien hice en aconsejarte que te casaras, y tú mejor en seguir mi consejo, ó, á decir verdad, el tuyo propio.—Y sin embargo,—me interrumpió Rosa,—no sé qué me falta, ignoro qué hay en mí que sin tener queja de Cárlos ni desear pretexto que la supla, siento como un anhelo vago, como si me faltara algo, como una necesidad no satisfecha, creciente siempre é insaciable, que me atormenta tanto más cuanto que, desconociendo su naturaleza, mal puedo aplicarla remedio. Tan sólo se me ocurre que acaso yo en los ensueños de muchacha me forjase un fantasma que evocado por la voz de mis caprichos, todos satisfechos, pues nada costaba á mi imaginacion acceder á lo que ella se pedia, me encuentro ahora con que Cárlos, áun siendo como es, no corresponde á aquel sér misterioso que surgió del fondo de mi corazon para viva satisfaccion de mis antojos.—Eso es,—la dije yo,—pero pues gozas cuanta dicha puede darte tu esposo, por su voluntad y su índole, bueno será

que te conformes, ya que no tienes cosa mejor que hacer.—Ella que era discreta calló y nos separamos.

Tras esta Rosa vino la otra y repetí mis preguntas: ¿Cómo te ha ido? ¿eres feliz? ¿cuál ha sido tu vida?

«Roque, me contestó ella, no puede ser mejor ni yo tampoco hacer más para agradarle: el que supuse tirano doméstico, hombre grosero, vulgarote, zafio y mal educado, es sensato, afable, cariñoso y culto. No es su inteligencia poderosa como mirada de águila, ni su carácter prueba de esa entereza que toma orígen en una excepcional grandeza de alma, pero el buen sentido y el corazon franco y leal suplen, sin que contínuamente se las eche de ménos, aquellas otras perfecciones. Comprendereis, por tanto, que solícito él en hacerme dichosa y no empeñada yo en ser desgraciada, mi existencia es tranquila como sueño de niño y pura como agua de montaña. En la vida práctica es donde veo el empeño de Roque porque nada me falte de aquello que supone pueda yo necesitar: si cree que sus gustos sencillos se avienen mal con mis aficiones, un tanto dadas á eso que los predicadores llaman pompas y vanidades del mundo, se doblega gustoso á mis caprichos, siempre que éstos en nada puedan perjudicarnos, y si mis ambiciones le parecen injustificadas, pues yo alguna vez las manifiesto así para ceder luégo á sus consejos, con tal dulzura me contraría que, á ser ellas ciertas, de fijo las olvidaria, gozando más en el cariño demostrado al negarlas que con su impremeditada y fácil concesion. En su manera de ser, la discrecion ocupa el puesto de otras cualidades, quizá más raras pero no tan preciosas, y Roque, en fin, me hace pensar en lo horrible que debe ser el matrimonio con un hombre inferior á él, sin que se me ocurra darme á la desesperacion porque haya otros más perfectos.»

Te doy la enhorabuena,—la dije yo, añadiendo, —esa es la recompensa de haber obedecido á tu padre.—Mas ella continuó:—«Es el caso que, á pesar de todo, me acuerdo algunas veces, muchas, ¿á qué negarlo? de aquel Cárlos hermoso, inteligente, altivo, en todo grande, en todo noble, que hubiera hecho de mis dias poemas de felicidad; y el pensar en él, sin que por supuesto en nada ofenda á Roque, es tal delicia, que ni se cansan los ojos de adorar su vision gratísima, ni en mi mente se debilita jamás un sentimiento confuso de dulce pesar que parece esperanza en dicha imposible y recuerdo de goce no cumplido.»

Callaron las dos Rosas, medité un momento, llevélas luégo al laboratorio, adormecí sus almas y, cerrando sus ojos, las volví á su primer estado; quiero decir que suprimiendo las dos mitades por mí creadas, reconstituí la Rosa primitiva. La hice renacer dejándola memoria de sus dos distintas existencias y la dije:—Eres libre, puedes seguir á quien te plazca; tu doble pasado es un sueño, mas tambien un aviso cierto de tu vida futura; ó Roque ó Cárlos.—Y entónces ella, sin vacilar siquiera dijo: —Roque; con él la realidad me parece ménos amarga de lo que yo creí y á su lado tendré siempre el consuelo de pensar en ese ideal que nadie alcanza, no tal cual es, sino como yo me lo figuro.

Y tenia razon, terminó el Doctor; que alcanzar una dicha es perder la esperanza de lograrla.

JACINTO OCTAVIO PICON

NOTICIAS GEOGRAFICAS

El Congreso de geógrafos alemanes reunido últimamente en Halle, ha adoptado las resoluciones siguientes:

1.ª Que se considere la geografía como una rama indispensable de la enseñanza en todas las escuelas superiores;

2.ª Que se adopte el sistema métrico;

3.ª Que las sociedades científicas formen un catálogo completo de todas las obras relativas á las ciencias geográficas.

* * *

El dia 1.° del pasado agosto ha empezado en Gottinga la serie de observaciones magnéticas que, por espacio de catorce meses, han de efectuarse el 1.° y el 15 de cada mes á las mismas horas que las de las expediciones internacionales enviadas á los polos Norte y Sur. Su objeto principal es el de averiguar el estado magnético de la tierra.

En Paris se verificarán tambien experimentos sobre la intensidad magnética, en un pabellon de madera y ladrillo, sin la menor partícula de hierro, construido en el jardin del Observatorio.

* * *

Los ingleses no se dan tregua en la tarea de dilatar sus dominios, eligiendo, con el tacto que los distingue, los lugares en que establecer sus nuevas colonias. Ultimamente han comprado á un jeque llamado Osman, un territorio situado al este de Aden, en las costas del mar de Oman, donde se proponen fundar una ciudad. Han querido trasportar á la ciudad en creacion algunos habitantes de Aden, una parte de los cuales ha emigrado á Moka, Hodeida y Djeddah.

* * *

En la isla de Cerdeña se ha descubierto una caverna llena de estalactitas, que, segun resulta de las primeras exploraciones, parece constar de quince galerías de extension extraordinaria: su estructura es por demás magnífica y sorprendente, habiendo columnatas que parecen de mármol blanco, pavimentos como de basalto finísimo y una riquísima variedad de colores y matices en todos sus ámbitos. Esta gruta se halla á orillas del mar cerca de Dorgali.

NOTICIAS VARIAS

En Paris se imprimen 1341 periódicos. De estos, 209 son financieros y comerciales, 88 pertenecen al número de las publicaciones ilustradas, 19 tratan de Bellas Artes, 10 están consagrados á ferro-carriles, 38 son pedagógicos ó de educacion, 61 tratan de jurisprudencia, 81 de modas, 97 de medicina, 30 de literatura, 17 de ciencias militares y 71 de política. Defienden la religion é intereses católicos 64; los protestantes 24; los judios ó israelitas 2. Al teatro se dedican 13, á la viticultura 8, á la fabricacion del papel 6, á las ciencias 41 y á las agencias de matrimonios 2. Entre los restantes los hay para la aeronáutica, y últimamente ha cesado en su publicacion uno destinado á hacer la guerra á los porteros. Se llamaba *L'Anti-Concierge.*

* * *

En el año 1621, por vía de ensayo sembráronse en los Estados-Unidos norte-americanos las primeras semillas de algodon. En 1748 se exportaron de Charleston siete pacas de algodon; en 1764 ocho de Nueva-York y tres en 1770 del mismo puerto. Actualmente, es decir, poco más de un siglo despues de la primera plantacion, los Estados Unidos exportan el asombroso número de *cinco millones* de balas.

* * *

Una sola casa italiana que exporta á Alemania legumbres, frutos, volatería y huevos desde Italia, carga actualmente más de 5,000 wagones de estos géneros, y ha contratado este mismo número para la temporada actual con la administracion del ferro-carril del San Gotardo.

CRONICA CIENTIFICA

EL CONDENSADOR PARLANTE

Poco tiempo despues de la invencion del teléfono, los Sres. Pollard y Garnier combinaron un aparato bastante singular al que dieron el nombre de *Condensador cantante*, y que consideramos necesario describir para explicar cómo se ha conseguido hacer que *hable.*

Compónese de un pequeño condensador comun formado de unas treinta hojas de papel superpuestas, por ejemplo, de papel de cartas, entre las cuales se colocan veintiocho hojas de estaño, puestas de tal modo que todas las hojas pares corresponden entre sí con uno de los extremos del cuaderno que forman y las hojas impares con el otro extremo. Se liga su conjunto cubriéndolo, encuadernándolo, por decirlo así, con dos cartones, y se fijan dos bornas de cualquier modo en los extremos de union de las hojas de estaño. Hecho esto se adaptan á dichas bornas las dos puntas del hilo inducido de una pequeña bobina de Ruhmkorff. El hilo inductor va unido á una pila y á un trasmitidor de Reiss que, cuando se canta delante de la placa, interrumpe la corriente cierto número de veces por segundo, segun el tono de la nota emitida á la embocadura del trasmitidor. Por efecto de estas interrupciones, desarróllanse en el hilo fino de la bobina corrientes inducidas muy enérgicas que hacen cantar al condensador, con bastante fuerza para que se le oiga en una sala.

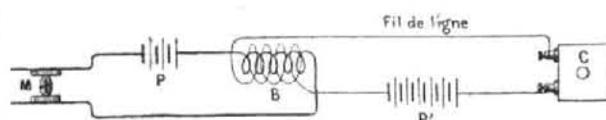


Fig. 1.—Montaje de una estacion telefónica con condensador parlante de M. Dunand

Sustituyendo el trasmitidor de *interrupciones* por otro de carbon ó un micrófono, como las corrientes que atravesaban por el hilo inductor no las sufren ya, sino que son *ondulatorias*, las corrientes inducidas que se desarrollan en el hilo fino de la bobina no ejercen accion alguna en el condensador, que subsiste silencioso.

Ahora bien; el doctor Cornelio Herz por una parte y M. Dunand por otra, han conseguido hacer *hablar* al condensador, obligarle á reproducir todos los sonidos articulados, exactamente como un teléfono Bell, adaptado á un trasmitidor de carbon.

Veamos en qué consiste el *condensador parlante* de M. Dunand, cuya descripcion es la que motiva este artículo.

Para ello, expongamos ante todo, en pocas palabras, las disposiciones del conjunto del sistema, que se indican con toda claridad en el diagrama, figura 1. En la estacion trasmitidora hay colocados en el mismo circuito un micrófono M, una pila P y el hilo inductor de una pequeña bobina B sin condensador: el, hilo inducido de la bobina B comunica con la línea y con una pila de pocos elementos P', estando adaptados los extremos libres á las armaduras de un pequeño condensador C que

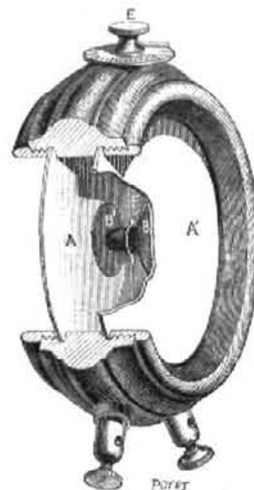


Fig. 2.—Micrófono de torsion

constituye el receptor. Hablando delante del micrófono, se hace variar ondulatoriamente la intensidad de la corriente inductora, se desarrollan en el hilo fino de la bobina corrientes inducidas que hacen variar la carga del condensador, y estas cargas y descargas del condensador le hacen hablar, sin que todavía se haya podido explicar satisfactoriamente la causa del fenómeno.

La pila P es indispensable para que el condensador articule; las corrientes inducidas desarrolladas en el hilo se agregan ó segregan de la corriente de la pila; la carga del condensador cambia de valor, pero conserva siempre el mismo sentido. Esta es, hasta la presente, la condicion *sine qua non* del condensador parlante, y todos los montajes que la reunen le dan la facultad de articulacion en mayor ó menor grado.


Fig. 3.—Condensador parlante arreglado para oir con ambos oídos á la vez

Ocupémonos ya de la forma práctica de los aparatos.

El micrófono empleado por M. Dunand tiene una forma nueva que parece ofrecer algunas ventajas. Compónese (fig. 2) de dos placas metálicas A A', encajadas en una anilla de madera, de modo que forman una caja herméticamente cerrada, en la cual está el sistema microfónico resguardado del aire y del polvo que con frecuencia ensucian los contactos de los micrófonos ordinarios. Cada una de estas placas lleva un disco de carbon BB' pegado en su centro. Entre uno y otro disco hay un pedacito de carbon en forma de aceituna y de

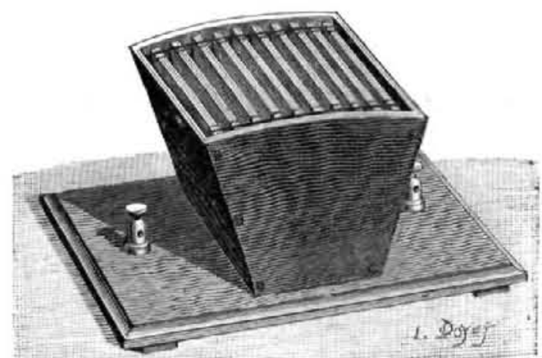


Fig. 4.—Condensador de abanico

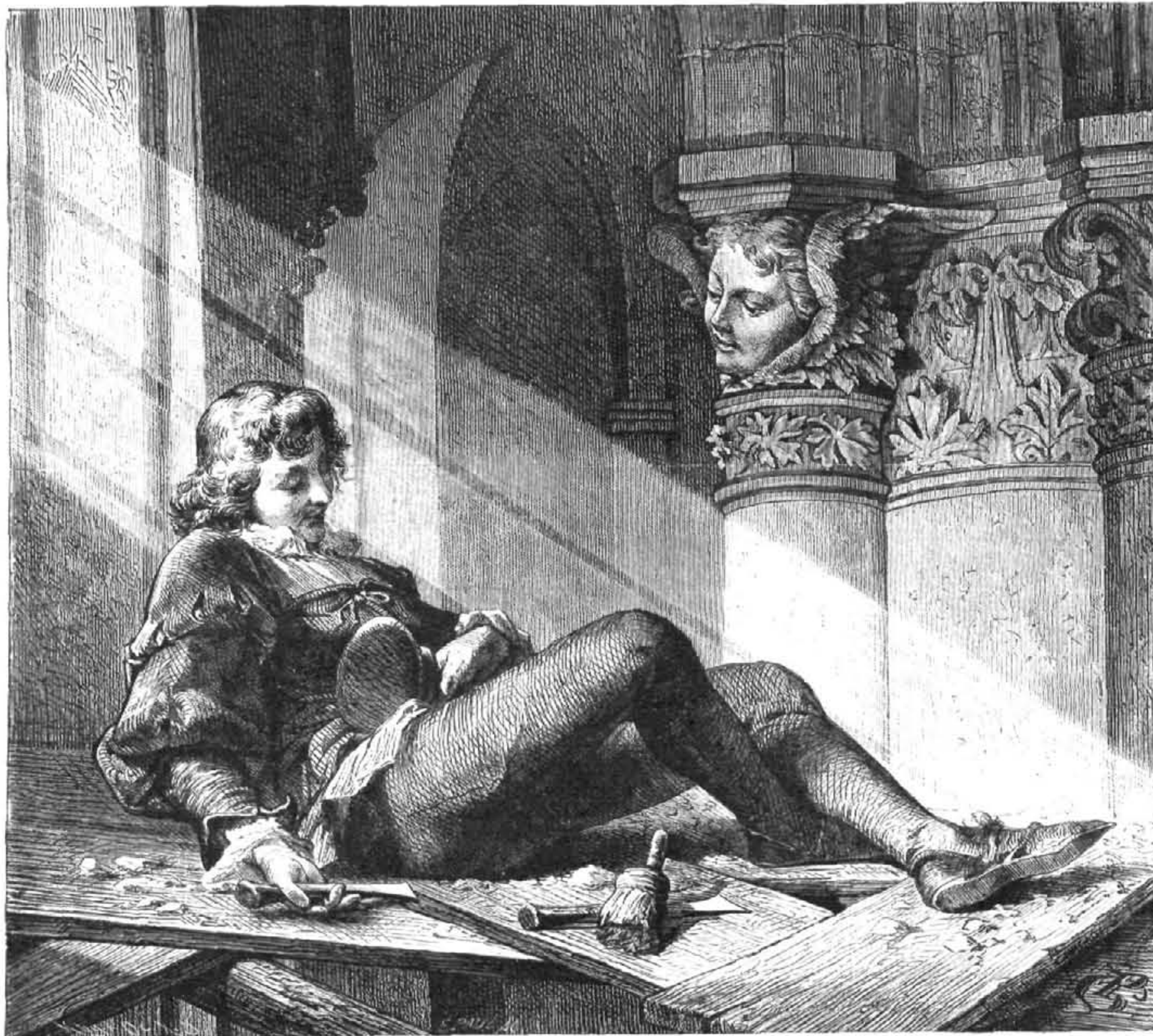
longitud *un poco mayor* que la distancia entre las caras internas de los discos de carbon. En la parte media de dicho pedazo de carbon hay enrollado un alambre de laton, teso en sentido diametral, sujeto á la anilla de

madera por uno de sus extremos y adaptado por el otro á un boton E. Retorciendo más ó ménos este alambre, se aplica el carbon en forma de aceituna con mayor ó menor fuerza contra los dos discos, y se hace el micrófono más ó ménos sensible. Un indice fijo en el boton E se mueve sobre un círculo con divisiones, graduándose fácilmente con él la torsion del hilo para adecuar la sensibilidad del aparato á la naturaleza de los sonidos que se quiere trasmitir. Prodúcense las variaciones de resistencia hablando delante de una de las placas, y dos personas que hablen, una delante de A y otra delante de A' pueden trasmitir un duo que el aparato receptor reproduce con exactitud y limpidez, sin que obste para ello la insuficiencia de los que hagan el experimento.

La pila P se compone de cuatro elementos Leclanché, montados dos en tension y dos en cantidad.

La bobina B consiste en un hilo inductor de medio ohm de resistencia y de un hilo inducido de 250 á 300 ohms.

La pila P' que sirve para cargar los condensadores receptores, se compone de un número variable de elementos Leclanché, segun sea el de los condensadores receptores empleado. Cuando estos sean dos (fig. 3), bastan de seis á ocho elementos; con el receptor de abanico (fig. 4), compuesto de doce condensadores distintos, montados en derivacion, se necesitan de 12 á 15 elementos, y entónces se puede oir la palabra á más de un metro de distancia.



EL SUEÑO DEL PICAPEDRERO, dibujo de P. Grot-Johann

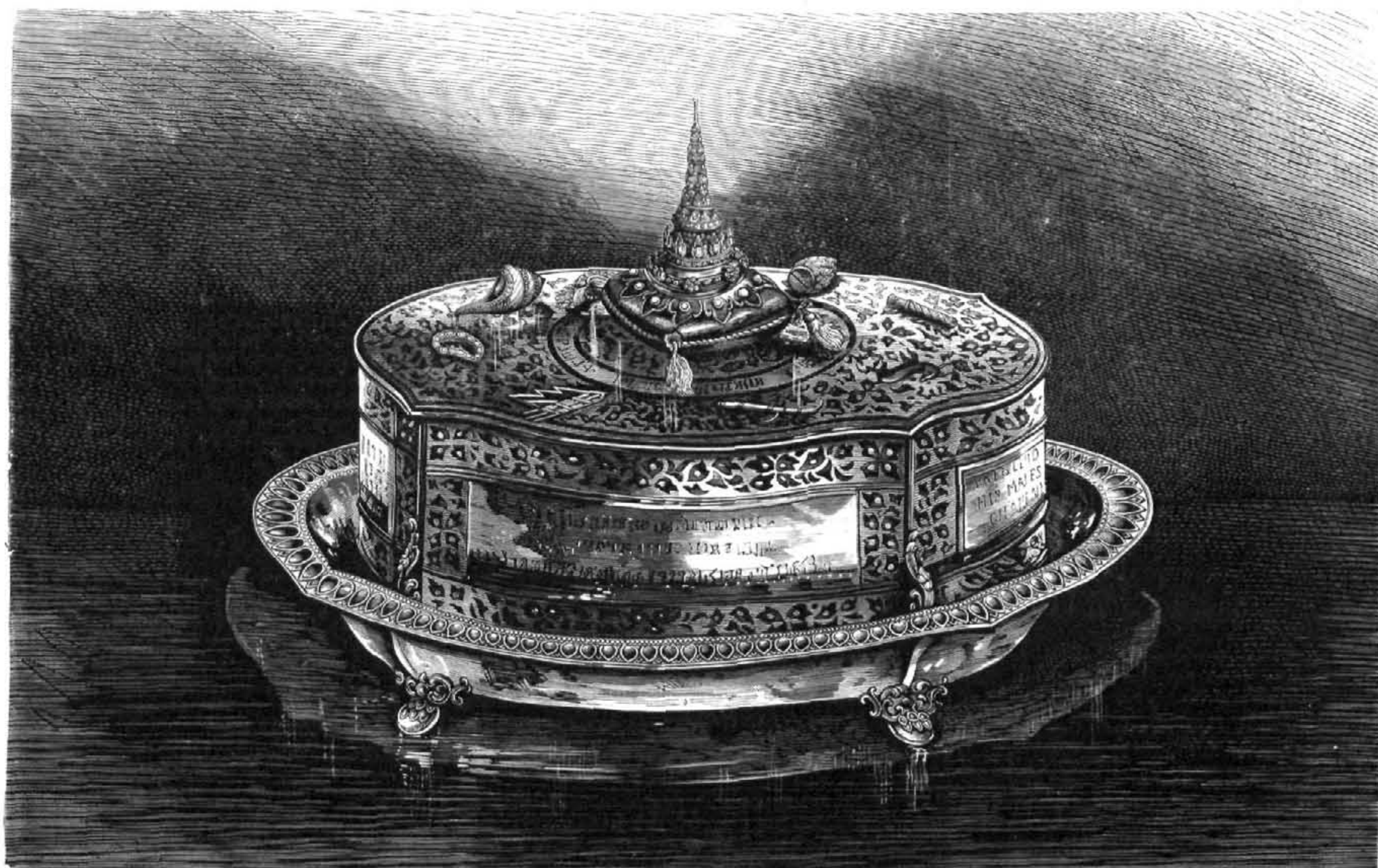
Todos los condensadores pueden servir de receptores, pero no todos producen efectos tan claros; los que han dado mejores resultados no tienen más que seis centímetros de lado. El modelo más sencillo se compone de treinta á treinta y seis hojas de papel de estaño separadas por otras de papel ordinario ó parafinado. Una planchuela de madera ó de ebonita, con un agujero en medio, aplicada á cada cara, da solidez al conjunto. A veces una de estas lleva un tubo de goma, de modo que pueden oir el aparato dos personas á la vez, ó escuchar una sola persona con ambos oidos. M. Dunand ha hecho tambien uso de dos condensadores en derivacion unidos por un ligero muelle que el oyente se pone en la cabeza, como se representa en la figura 3.

Cuando se quiere que oigan el aparato muchas personas á un tiempo, Mr. Dunand se vale de un receptor en forma de abanico (fig. 4), compuesto de dos pequeños condensadores montados en derivacion, colocados en la parte superior de una caja abierta y separados entre si por intervalos casi iguales á su espesor.

En tales condiciones, y con quince elementos Leclanché puestos en P' (figura 1), se puede oir el condensador á más de un metro de distancia, y con treinta elementos se distingue la voz en un radio de cinco á seis metros.

El condensador usado como receptor telefónico se caracteriza por la claridad y exactitud del timbre de la voz, no adulterado por el sonido propio de la placa vibrante, como en los teléfonos ordinarios de placa metálica.

En suma, los resultados obtenidos por M. Dunand son muy interesantes, puesto que, segun acabamos de decir, se puede oir ya el condensador parlante á cierta distancia; siendo de esperar que este físico no se detenga en el camino emprendido, y que perfeccionará aún más tan útiles aparatos.



JOYERO DE ORO ESMALTADO, regalado por el rey de Siam al príncipe heredero de Prusia

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LLAMAMIENTO DE LOS GIRONDINOS EL 30 DE OCTUBRE DE 1793, (CUADRO DE F FLAMENG)



AÑO I — BARCELONA 10 DE SETIEMBRE DE 1882 — NUM. 37

BLANCA, cuadro de C. Chaplin

SUMARIO

LA QUINCENA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—EL MARTIRIO DE LA GLORIA *(Novela de telon adentro)*, por D. Enrique Perez Escrich.—LA MAÑANA SIGUIENTE, por D. Luis Mariano de Larra.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *La muerte*, por D. Eduardo Benot.

GRABADOS.—BLANCA, cuadro de C. Chaplin.—¡EL CIERVO MUERTO! por X. R. Wehle.—IFIGENIA EN TÁURIDA, cuadro de E. Kanoldt.—JARRON CHINO DE BRONCE ESMALTADO, de estilo antiguo.—Lámina suelta.—LOS BORRACHOS, por Velazquez.

LA QUINCENA EN EL CARTEL

Llamóse primero *El gran Tamberlan*, luégo *El gran Tamerlan* y últimamente figura en los carteles del *Circo de Rivas* con el titulo de *El gran Tamorlan*, y sin duda con el tráfago que supone ese continuo cambiar de nombre, se descoyuntó algun tanto la cacareada produccion de los Sres. Santero y Cabiedes, exornada con música de los maestros Caballero y Nieto. Refiérese esta obra á un acontecimiento histórico y paga más tributo á la fantasía que á la historia. El público vése obligado á seguir los diversos pasos de una famosa embajada enviada á Persia por Enrique III de Castilla, y si bien unas veces se rie y otras admira la brillantez de trajes y *atrezo*, á menudo se extravia, pierde el hilo del argumento y por fin se cansa, sin que baste á levantar su atencion la música, por lo general llena de reminiscencias, y falta de inspiracion y originalidad.

Aprendan en este ejemplo los empresarios que gastan un caudal en montar una obra, fiándolo todo á la fascinacion que produce su aparato, y no cuidándose ni por pienso de su valor intrinseco.

Dábase en Paris la 500ª representacion de *La Mascotte*, por los dias en que se importó á España, pasando por Barcelona, esta favorecida opereta, tristemente vertida al castellano por autor anónimo que léjos de velar ciertas desnudeces holgóse en desembozarlas si cabe más que en el mismo original. Pero *La Mascota* (así se titula la obra estrenada en el *Español* de esta capital) vivirá largo tiempo, merced á la música de Andran, modelo de vivacidad, gracia y ligereza, una de esas músicas que se pegan al oido y se popularizan fácilmente.

El público madrileño ha concedido sus favores á la ópera bufa de Suppé *Bocacio*, cantada por primera vez, por una compañía italiana. Buen éxito ha merecido así mismo la intencionada revista *Cosas y casos* del jóven Angolote, estrenada en el *Teatro de Madrid*. Y nada más ha ocurrido que digno de notarse sea. Entre los acontecimientos que para dentro de poco se anuncian, cuéntase la representacion en el *Real* de la obra póstuma de Donizetti *Il Duca d' Alba*, y el estreno en el *Teatro de la Comedia* de dos obras tituladas *Los conocimientos* y *La Jaula*, originales respectivamente de D. José Marco y de D. Francisco Lopez García.

El teatro italiano acaba de experimentar sensible pérdida con el reciente fallecimiento, ocurrido en Gazzuolo, cerca de Mantua, de Pablo Giacometti, uno de los autores dramáticos más populares y queridos de aquel pueblo Habia nacido en 1816 y contaba por consiguiente 66 años. A los 20 dejó las Pandectas por el teatro: el triunfo que obtuvo con su drama *Rosilde* indújole á recorrer el camino del arte alfombrado de rosas y tambien de espinas. Dotado de poderosa inventiva y estimulado por la necesidad produjo mucho, de suerte que durante un largo periodo de tiempo dió anualmente cinco dramas á la escena. Tenia marcada propension á tratar en ellos candentes cuestiones sociales y se complacia en deleitar enseñando.

Entre sus numerosas obras se distinguen *Il Domenichino*, *Il pellegro Piola*, aplaudida en toda Italia, *Il Fisionomista*, refutacion de las teorias de Lavateur, *I Educatori del popolo*, *Elisabeta Regina d' Inghilterra*, *La colpa vendica la colpa*, muy popular, *Lucrezia Davidson*, conmovedora pintura de la gran poetisa americana, *Torquato Tasso*, una de las obras predilectas de Rossi, como lo fué de Salvini el melodrama *La morte civile* y de la célebre Ristori el drama *Giuditta*, que todos esos grandes actores pagaron tributo al esclarecido talento del malogrado *poeta de la libertad de Italia*, como solia llamarle Garibaldi.

Algunos teatros de importancia han abierto ya sus puertas aunque sin presentar novedades que sean dignas de consignarse. La *Opera* de Berlin reanudó á fines de agosto sus interrumpidas tareas con la obra de Brüll, *La cruz de oro*, chispeante de gracia seductora. La de Munich pondrá este año *Los Vikings* del compositor sueco Ivar Hallstræm, *Alfonso y Estrella* de Schubert y el *Cadí engañado* de Glück.

¿Por qué será que producciones de tan reputados compositores no se pongan en España?

El *Teatro Kroll* de Berlin llénase cada noche de un público numeroso, llevado de la curiosidad de oir al tenor Wachtel, que á sus sesenta años de edad canta invariablemente con el brio de un jóven á los veinte, la ópera *El Postillon de Longjumeau*. Una voz de tenor que alcanza edad tan madura es ciertamente privilegiada.

En uno de los teatros de aquella corte se estrenará este invierno un drama debido á *Cármen Silva*, seudónimo español, bajo el cual se oculta el nombre de una reina: Isabel de Rumania. Pocas habrá por cierto, como ella, que con la misma mano que empuñan el cetro, hagan correr la pluma sobre las cuartillas.

El acontecimiento de la semana es el gran festival de Birmingham, que se celebra cada tres años y cuenta ya más de un siglo de existencia. La fiesta es monumental, dura cuatro dias á razon de dos conciertos diarios, dos conciertos en los cuales se ejecuta generalmente música sacra. Nadie se horripila en aquella ciudad, ni en Inglaterra, de semejante despilfarro de armonía, ántes bien la sala *Town Hall* se llena y los asientos se cotizan á precios exorbitantes, de suerte que los productos de esta fiesta trienal, bastan á cubrir las cuantiosas atenciones de un gran establecimiento benéfico.

Y no hay porqué horripilarse, pues para los verdaderos amantes de la música no carece de atractivos la grandiosa fiesta: los compositores más notables, los artistas más aplaudidos se disputan el honor de figurar en ella. En 1846 Mendelssohn en persona dirigió en el festival de Birmingham su *Elijah*. Este año ha sido Gounod el héroe de la jornada. El célebre autor de *Faust*, que siente como el que más la música religiosa, venia elaborando hacia once años un oratorio, concebido en Roma y escrito luégo con varias intermitencias: titúlase *Redencion* y ha sido el más brillante floron de la soberbia fiesta.

Tiene esta obra un prólogo y tres partes: comprende aquel la creacion del hombre, su caida y la promesa de un Redentor. La primera parte refiérese á la Pasion y muerte del Salvador; la segunda á la Resurreccion y la Ascension de Jesús; y la mision de los Apóstoles difundiendo el Cristianismo por todo el mundo es objeto de la tercera. La música es digna de tan grandioso asunto: hay en ella majestad, vigor, relieve y colorido; los instrumentos y las voces combinanse produciendo efectos sublimes; y la ejecucion, confiada á una poderosa orquesta de 142 profesores, á una masa de cuatrocientos coristas de ambos sexos y á los solistas Sras. Albani, Patey y Maria Rose y á los Sres. Foli, Santley, Lloyd, Commings y King, empezó por despertar una atencion profunda, rayana en el pasmo y acabó provocando ruidosas tempestades de frenéticos aplausos. Pocas veces ha alcanzado Gounod, triunfo tan inmenso y tan legítimo.

Intercaladas con obras clásicas de reputadisimos autores estrenóse asimismo en el festival una cantata del compositor inglés Julio Benedict, otra cantata del danés Niels Gade, titulada *Graziella* y una tercera de M. Gaul que lleva el titulo de *Psyché*. Ninguna de estas obras tiene la soberana importancia que la de Gounod y sin embargo valen mucho y fueron excelentemente recibidas.

América sigue atrayendo hácia sí con la atraccion del oro, que es en estos tiempos el iman más poderoso, á las primeras notabilidades europeas. La Nilsson, contratada por Abbey, hará una excursion por los Estados Unidos, empezando por Boston; Tomás Salvini, el gran trágico italiano, partirá en breve para la América Meridional; la Patti vuelve á los Estados Unidos, contratada por veinte y cuatro mil francos cada funcion; y la Sarah Bernhardt, ante la halagüeña perspectiva de 600 libras esterlinas por representacion, olvida que el Brasil, á cuyo imperio va contratada por cuatro meses, es la habitual residencia del vómito y de la fiebre amarilla. Pero bah! ¿Quién se acuerda de tales cosas á la idea de acumular la friolera de un millon de francos en solos cuatro meses?

Las primicias de la temporada recien abierta en Paris son dos ó tres dramas de escasa importancia: uno de ellos se titula *La hija madre* y pertenece de lleno á la sensiblería; otro titulado *La criminal* es un conjunto monstruoso de inverosimilitudes. Callemos el nombre de sus autores.

El abominable crimen de Pecq, la mujer adúltera y el boticario asesino, han, aunque parezca mentira, tentado la codicia de un escritor que pretende llevar á las tablas lo que no deberia pasar de la sala de los *Assisses*. ¡Cómo ha de ser! En el arte se enrosca la industria, como la hiedra en el roble.

Consolémonos, ya que no todo han de ser desdichas. *Calendau*, el hermoso poema provenzal de Federico Mistral, va á convertirse en ópera; Lecocq, el sucesor de Offenbach, que en mi concepto vale mucho más que el autor de *Barba azul*, ha provocado el entusiasmo de los artistas de *Novedades* con la lectura de su obra nueva *El corazon en la mano*; y finalmente la *Opera cómica* dispónese á dar con el título de *Le fermier de Francoville* un acto inédito del malogrado Feliciano David.

Accidentes: gran explosion de gas en el *Teatro Real de Olham*, arrabal de Lóndres, con el aditamento de algunos artistas heridos gravemente.

Item más: desplome de una gran parte del techo del *Teatro Hamidié* de Constantinopla, durante una representacion muy concurrida: pánico indescriptible, ciento cincuenta heridos más ó ménos graves y ningun muerto.

En cambio el teatro *Zizinia* de Alejandria ha permanecido incólume entre un sin número de edificios arruinados por las bombas civilizadoras de Inglaterra.

Si sucederá con los teatros lo propio que con los hombres, que unos vienen al mundo con estrella y otros nacen estrellados!

Para concluir, ahi va una frase de un pobre músico del regimiento de Canarias, condenado uno de esos dias á tocar un paso doble, sin parar un instante, durante las tres horas que duró una de las apuestas del famoso andarin Bargossi:

—Dios mio, decia enjugándose el sudor, tén compasion de mí: acabo de tocar la friolera de seis leguas.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

BLANCA, cuadro de C. Chaplin

Blanca puede ser muy bien el tipo de una belleza favorita del artista, algo más que un simple retrato; es decir, la personificacion de un ideal, pues en realidad la expresion de esta figura reposada y melancólica no puede ser más noble ni más bella.

La especialidad de Chaplin, su autor, son los retratos de mujer, entre los que sobresalen sus cabezas de estudio y es por lo mismo el pintor favorito de las damas. Pero trabaja tambien como grabador y litógrafo, y puede asegurarse que por este nuevo concepto no es ménos digno de estima.

¡EL CIERVO MUERTO! por X. R. Wehle

Los grandes señores de la Edad Media, cuya existencia trascurria entre cuatro ennegrecidos torreones, hubieran muerto de tristeza indudablemente, á no quedarles el recurso de andar á la greña entre vecinos, cosa que se efectuaba la mayor parte de las veces por pura distraccion y á falta de mejor manera de pasar el tiempo. Mas, como ni áun así era posible ocupar todas las horas de la vida, de ahí que la caza, guerra en pequeño, viniera á ser una necesidad de los tiempos medios, y que el derecho ó privativa de matar un ciervo en determinados bosques, fuera tan ó más apreciado y disputado que el derecho de ahorcar á un villano ó el de percibir algunas monedas en sustitucion de las primicias de la mujer del prójimo.

No es de extrañar, por lo tanto, que el caballero de nuestro cuadro haga resonar estrepitosamente su cuerno de caza, participando á sus compañeros de monteria la muerte del ciervo. Una pieza mayor no es cosa de matarse todos los dias, ni en todos los bosques. Por esto el baron feudal de ayer y el baron mercantil de hoy invitan varios amigos á presenciar el suceso y á tomar parte en él. Con tan plausible motivo los jinetes lucen sus más briosos corceles, los buenos tiradores su destreza en las armas de fuego, los elegantes su traje de caza á la última moda, y el dueño del castillo la habilidad de su cocinero y el buen asurtimiento de su bodega. La monteria de hoy no disiente gran cosa de la de ayer, áun cuando de dia en dia aumenta más el número de los que prefieren á matar un ciervo en el bosque, comerse descansadamente un filete de él en la mesa de una fonda. Francamente, no me atrevo á condenar el gusto de los últimos.

IFIGENIA EN TAURIDA, cuadro de E. Kanoldt

El arte clásico ha sido y será eterno foco de belleza al que en todos tiempos acudan los artistas; y las grandes concepciones de la tragedia griega y sus gigantescas y poéticas figuras, hermosas personificaciones de la pasion ó el sentimiento, vivirán eternamente en los cielos del arte y en los horizontes de la vida.

La figura de Ifigenia ha merecido por este concepto el favor de pintores y poetas, de poetas como Racine y de genios poderosos como Goethe: un verso de este ha inspirado la hermosa composicion de la página 293, composicion en la que el lector echará de ver que no trató el artista de personificar exclusivamente á la melancólica Ifigenia: por el contrario, ha intentado traducir la impresion que produce la mujer abandonada á cuyos gemidos contestan sólo las rugientes olas y ante cuyas miradas se extiende un horizonte inundado de negros celajes: el aspecto imponente del templo que destaca sobre las rocas y las masas de fúnebres cipreses contribuyen á dar á esta composicion un carácter de tristeza que se aviene perfectamente con el estado de la protagonista.

JARRON CHINO DE BRONCE ESMALTADO, de estilo antiguo

Este curioso jarron de esmalte llamado *cloissoné*, es decir, soldado al metal que lo compone por medio de la superposicion de otras tiras ó alambres de oro cuyas mallas están rellenas de esmalte, pertenece á la magnifica coleccion del rey de Bélgica. Como se ve por el grabado, consiste en una ancha vasija cubierta de esmaltes que representan plantas, flores, pájaros y mariposas de brillantes colores, los cuales resaltan aún más merced á los filetes de oro que cruzan en todas direcciones la superficie entera de la vasija.

No es posible fijar la fecha de su fabricacion, pero debe ser muy antigua, y nos ofrece un exquisito ejemplo del arte chino, de ese arte que sin dejar de representar las figuras en toda su realidad, les imprime no obstante el sello característico de la aficion de los chinos á las formas abultadas, á la obesidad, por decirlo así; como si desconocieran que el equilibrio y la armonía de las proporciones es lo que comunica mayor atractivo á los objetos de arte y lo que tanto realzó en lo antiguo á los artistas griegos, cuyas obras nos seducen y sirven de modelo por su correccion, delicadeza y verdad.

Por esto el jarron de nuestro grabado, sin dejar de ser una admirable muestra de la habilidad, paciencia y aptitud artística de los chinos, parece pesado en su conjunto y no inspira ese sentimiento de agradable y plácido asombro que causan otras obras mucho ménos perfectas en su construccion y en sus detalles.

LOS BORRACHOS, por Velazquez

Del eminente D. Diego Velazquez de Silva, decia Mengs, artista tambien de primera fuerza, que sus cuadros aparecen como ejecutados por la simple voluntad del autor, como si dijéramos á impulsos de un simple

¡fiat! ¡Tan exactamente reproducen á la naturaleza y tan fielmente obedecen los pinceles de Velazquez á la potente concepcion del gran maestro de la escuela española! El cuadro que hoy reproducimos, que es sin duda el más popular y admirado de los de Velazquez, demuestra de un modo inimitable hasta dónde puede la verdad ser trasladada al lienzo por el arte. Los tipos de esos borrachos no pueden ser más gráficos; sus rostros tienen impresa la huella del vicio, y sin que la escena degenere en repugnante, da una idea perfecta del embrutecimiento de los personajes que la componen.

Aun cuando el arte del grabado no alcanza á hacer sentir la impresion causada por el colorido de Velazquez, en cuyos efectos y manera especial de producirlos por nadie ha sido igualado, ni siquiera por su inmortal discípulo Bartolomé Estéban Murillo; sin embargo, la lámina que hoy publicamos, no sólo es debida á la mejor plancha que ha reproducido este cuadro, sino que, como reconoce un ilustrado critico extranjero, el autor de este grabado es el único artista que ha comprendido y hecho comprender el género pictórico del autor de *las Hilanderas* y del *Cuadro de las lanzas.*

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

Novela de telon adentro

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—No quiero que estés triste, olvida á Octavio; tu posicion y la suya se hallan tan distantes que debes borrar de tu memoria su recuerdo; el heredero del duque de Monte-escueto no puede ser para tí más que un buen amigo.

—Sí, mamá, dices bien, él es mucho y yo no soy nada; procuraré olvidarle; confieso que he tenido un sueño ridículo, la ausencia de Octavio me ha despertado de este sueño, más vale así, tal vez aún es tiempo.

Desde esta noche comenzó el más cruel martirio para Angela. Todo su amor, todos sus desvelos, toda su ternura se estrellaban ante la profunda tristeza de su hija, nada la alegraba, nada la distraia, pero tampoco nunca pronunciaba el nombre de Octavio.

Angela comenzó á temer que aquel amor reconcentrado, mudo, podia ser fatal para María y entónces consultó á un médico, á uno de esos hombres que ejercen el sacerdocio de la medicina como ciencia y como filosofía, y que se fijan en los males del cuerpo sin olvidar los del alma.

El médico enterado de la sencilla relacion que le hizo la madre, estudió con profundo detenimiento á la hija. Todas las noches á la hora en que tenia costumbre de visitarla Octavio comenzaba la calentura de María.

El médico dijo á la madre:

—Señora, yo encuentro grave la alteracion periódica del pulso de esta niña producida por una afeccion moral; contra estos males no hay medicamentos en la botica y áun creo que la ciencia sea impotente para reanimar esta sensitiva humana que languidece, que va perdiendo la vida, como un perfume que se evapora, como una luz que se apaga. Necesita para adquirir la fuerza vital, el vigor y la normalidad del pulso, recibir una gran impresion de placer, de alegría; disipar de su mente tenaces ideas que la corroen y esto, señora, triste es decirlo, no está en mis manos el conseguirlo.

—Pues bien, amigo mio, esa expansion, esa gran alegría es imposible,—contestó Angela derramando un mar de lágrimas,—el corazon me dice que mi hija se morirá y se morirá pronto.

—No deben perderse nunca las esperanzas, viaje V. con ella, sáquela V. de Madrid, distráigala V.

—Es inútil, la tristeza la acompañará por todas partes; su alma vivirá entre sombras careciendo de luz y de alegría; sin embargo, haré lo que V. me dice, emprenderé un viaje con mi hija tan pronto como termine mi compromiso con la empresa del Teatro Español.

Llegó el mes de mayo, la temporada cómica terminó, y aunque Angela fué solicitada por varias empresas para los meses de verano, rechazó todas las proposiciones.

¿Qué falta la hacian á aquella madre la gloria y el lucro, viendo á su hija avanzar poco á poco hácia la muerte?

Angela, una mañana, afectando una alegría que estaba muy léjos de sentir, se colocó á María sobre sus rodillas y colmándola de caricias, le dijo:

—Vamos á emprender un viaje que por lo ménos durará dos meses, nos daremos una vida de princesas, te compraré los trajes más bonitos; durante nuestra expedicion no tendré más voluntad que la tuya.

—¿Y dónde iremos, mamá?—preguntó María reanimándose ante los planes que la exponia su madre.

—Adonde tú quieras.

—Iremos á Paris,—añadió María.

—No, á Paris no, iremos á Italia, á Inglaterra, á Alemania, donde tú prefieras; pero Paris está borrado de nuestro itinerario.

—Entónces me es igual, iremos donde tú digas,—añadió María á quien todo era indiferente ménos Paris.

Aquel pobre ángel herido de muerte, pensaba sólo en la capital de Francia, porque allí le habian dicho que residia el poético sueño de su vida: Octavio.

Angela estuvo viajando tres meses por el extranjero con su hija. Recorrió las más artísticas capitales de Italia y los puntos más pintorescos de Suiza. Madre enamorada procuraba distraer el pensamiento fijo de María, llevándola de sorpresa en sorpresa; pero ¡ay! María miraba sin ver las maravillas del arte, de la naturaleza, de la civilizacion, que pasaban ante sus ojos como un torbellino, sin distraer ni un solo instante su imaginacion.

Regresaron á España sin que el estado de salud de María mejorara gran cosa.

De vez en cuando Angela sin que lo supiera su hija escribia á Octavio dándole cuenta del triste estado en que se encontraba la enferma.

En sus cartas llenas de temores, de inquietudes, de inagotables fuentes de ternura maternal, nunca faltaban párrafos por el estilo: «Mi hija se muere, ¡oh! si V. la viera languidecer dia por dia, inclinar su hermosa y pálida frente hácia la tierra como si buscara una fosa donde descansar de las penalidades de la vida..., si V. la tuviera á su lado como yo, si V. la amara como yo la amo, cómo es posible que la dejara morir.»

Octavio amaba á María con todo su corazon, y á estas cartas de la madre, contestaba con otras en que demostraba bien claramente lo grande y puro de su amor, pero no se atrevia á desobedecer á su padre, porque estaba seguro que cumpliria su juramento.

La amenaza de parricida que pesaba sobre la cabeza del conde de Valaoz le impidió más de una vez correr al lado de María y decirla:

—Ya estoy aquí, soy tuyo.

En una carta Octavio le decia á Angela:

«¿Porqué no ve V. á mi padre? ¿porqué no le cuenta, como V. sola puede hacerlo, toda la inmensa desesperacion, todo el espantoso dolor que su negativa nos causa?

»Si mi padre se ablandara ante las súplicas de V., si nos concediera su apoyo, el compromiso que tengo con la Reina yo buscaria la manera de salvarle: la Reina es una señora de gran corazon, que me perdonaria la faltara á la palabra por salvar de la muerte á la única mujer que amo.»

Angela vacilaba, temia, la daba miedo tener una entrevista con el duque de Monte-escueto.

Llegó el invierno; el Teatro Español abrió sus puertas. Angela quiso romper su escritura para dedicarse solamente al cuidado de su hija, pero la fué imposible; la empresa, los autores, el arte en fin, la necesitaban, y allá en el fondo de su conciencia oia una voz que la decia: «Sufre y trabaja.» Tú eres el sol de la escena, alúmbrala con los rayos de tu genio, sufre, sé mártir, muere si es necesario, pero muere coronada de laureles y aturdida por el estruendo de los aplausos y de los bravos.

A principios de noviembre María sintió notablemente el cambio de estacion. El invierno se presentaba muy crudo. El médico notó que aquella languidez, aquella anemia podia convertirse en una tísis.

María se constipaba con frecuencia, tenia tos, presentando para la ciencia síntomas alarmantes.

El médico dijo:

—Miéntras dure esta destemplanza, esta niña no debe salir de noche de casa, sobre todo en las noches crudas y desapacibles.

Angela vivia por entónces muy cerca del teatro, en una casa de la calle del Lobo.

—Pero qué va á hacerse esta pobre criatura toda la noche en casa,—dijo Angela.

—Señora, para ciertas naturalezas delicadas, el cambio repentino de temperatura no es conveniente, y aunque se tomen grandes precauciones y la distancia que hay que atravesar sea corta, el ambiente de la calle es muy distinto que el ambiente primaveral de un gabinete alfombrado y con una buena chimenea; es preciso, por lo tanto, evitar estos cambios.

Angela cedió á los consejos del médico; pero aquella reina de la escena, aquella mujer espiritual cuya conversacion siempre amena é ingeniosa, era solicitada por los hombres más ilustres, más distinguidos de Madrid, cambió completamente de carácter. El teatro era para ella un martirio, los elogios una mortificacion, los aplausos un ruido enojoso.

Cuando se repartia una obra nueva deseaba que la dejaran sin papel, porque así podia pasar más tiempo al lado de su hija. ¿Pero qué autor al presentar su obra á una empresa no desea que la primera actriz tome parte en ella? Sabido es que los autores, como se dice en ese *caló* de telon adentro, están siempre dispuestos á echar sobre su obra *la Biblia.*

Desde la noche en que el médico prohibió la salida de casa á María, Angela sólo deseaba que la dejaran descansar, porque una noche libre era para ella una gran felicidad; la dedicaba á cuidar su tesoro, su pobre avecilla, su ángel enfermo.

Los amigos de Angela notaban algo, pero este *algo* no trasporaba más que como un débil asomo de los terribles dolores que despedazaban el alma de la gran actriz.

Una noche al volver á su casa, entró como siempre sin quitarse el abrigo ni la nube que rodeaba su cabeza, en su alcoba; allí habia mandado poner la cama de su hija.

Angela siempre que se trataba de ver á su hija procuraba ganar un minuto; algunas veces cuando el cambio de la decoracion era un poco entretenido, la iba á ver en los entreactos; aquello era una inquietud incesante, continua como la sangre que circula por las arterias.

La noche que nos ocupa, María se hallaba sentada en su cama. La doncella habia puesto dos almohadas para tenerla un poco incorporada.

Ya hemos dicho que de algun tiempo á aquella parte Angela vivia siempre en perpétuo sobresalto. Al ver á su hija y á la doncella sobre cuyo pecho se apoyaba la cabeza de la enferma, preguntó:

—¿Qué es eso?

—No te asustes, mamá,—contestó María sonriéndose de un modo dulce,—me ha dado un gran golpe de tos y me ha parecido que estaria mejor sentada que acostada.

Angela se fijó en las lágrimas de Inés y en un pañuelo blanco que tenia en la mano.

Aquel pañuelo estaba manchado de sangre.

Angela sintió un gran dolor en el corazon. Aquella sangre de un hermoso color de rosa la habia hecho palidecer y un estremecimiento agitó todo su cuerpo.

La infeliz madre no tuvo valor para preguntar nada; parecia como si temiera una contestacion afirmativa de sus angustiosos temores.

Se quitó el abrigo, lo arrojó sobre una silla y luégo dijo:

—Vamos, ya estoy aquí, hija mia; qué desgracia tan grande es pertenecer al teatro; todas las madres del mundo, por pobres, por miserables que sean, pueden pasar al lado de sus hijos cuando están enfermos, las horas que quieren, pero una actriz, ¡oh, una actriz!.... tiene que hacer comedias aunque se le rompa el corazon en pedazos.

Y Angela al decir esto parecia que el alma se le escapaba por los labios.

Luégo hizo una seña á Inés y la dijo muy bajo:

—Que vayan á buscar al médico.

El médico llegó á la una de la noche, pulsó á la enferma, se enteró de lo que habia ocurrido, vió los esputos de sangre del pañuelo y movió de un modo poco satisfactorio la cabeza.

Angela salió de la alcoba seguida del médico.

Una vez en el gabinete le cogió bruscamente las dos manos, se quedó mirándole como si quisiera leer en lo más profundo de su pensamiento y le preguntó en voz muy baja:

—¿Se muere? ¿no es verdad?

Angela hizo esta pregunta de un modo imposible de describir con la pluma.

El médico se conmovió ante aquellos ojos, aquellos labios y aquellas facciones desencajadas que le hablaban á la vez, que le interrogaban, que le pedian un milagro.

—Señora, es muy doloroso para mí hablar á una madre con la ruda franqueza de la ciencia. El estado de esa pobre niña se va agravando de un modo fatal. No soy yo el que puede salvarla, sino el que está en Paris.

Angela se dejó caer en una butaca, se quedó anonadada como el reo á quien leen la sentencia de muerte.

El médico procuró dirigirla algunas palabras de consuelo, intentó reanimar en aquel dolorido corazon la muerta esperanza, luégo recetó algo para combatir la tos y detener los esputos de sangre, ofreciendo volver á visitar á la enferma á las ocho de la mañana.

Aquella noche Angela no se acostó; fué la enfermera solícita de su hija, y supo mostrar con una firmeza heróica lo grande de su alma, lo inmenso de su amor, ocultando á su hija los terribles sufrimientos de su corazon.

A las nueve de la mañana escribió una carta á la



¡EL CIERVO MUERTO! cuadro de X. R. Wehle



IFIGENIA EN TAURIDA, cuadro de E. Konald

empresa del teatro suplicando la dispensaran de asistir al ensayo, pero aunque no estaba buena haria la funcion por la noche.

Estos grandes dolores sólo pueden apreciarlos los actores; se hace la comedia, el labio sonrie, la fisonomía demuestra el placer, el timbre de la voz la perfecta tranquilidad del espíritu; todo exteriormente es felicidad, alegría; el público aplaude y se rie, y sin embargo, los pobres hijos del teatro llevan muchas veces la muerte en el alma.

(Continuará)

LA MAÑANA SIGUIENTE

Uno de nuestros más ilustres autores dramáticos, uno de esos ingenios privilegiados por el éxito, uno de esos pocos séres humanos que logran en su vida cuanto puede dar de sí el acierto y la fortuna, y alcanzan más allá de su tumba la inmortalidad debida á su mérito indiscutible; uno de los pocos hombres, en fin, en quienes ni la calumnia de sus contemporáneos se ceba, ni á los que la envidia de sus émulos desacredita, el feliz, el célebre, el glorificado D. Pedro Calderon de la Barca, puso por título á una de sus poco conocidas creaciones, la filosófica frase siguiente: «*Gustos y disgustos son, no más que imaginacion.*» Quiso probar, aunque sin conseguirlo, en dicha obra, que la mayor parte de los sucesos de la vida humana; que casi todos los acontecimientos de la existencia del hombre, adquieren las proporciones gigantescas que el espíritu sobrexcitado las presta; revisten la importancia exagerada de la imaginacion del que los sufre, y que si fuera posible que no abandonara nunca al sér humano la razon fria y serena, casi todas las desgracias dejarian de serlo; casi todas las desventuras serian quizá indiferentes alternativas del pequeño oleaje que agita el mar de las pasiones en este globo sub-lunar, llamado desde hace tantos siglos, «valle de lágrimas.»

¿Quién de entre nosotros, hoy sobre todo, que el espíritu crítico se ha apoderado de todas las inteligencias, no ha creido pequeñas y de fácil solucion las desdichas ajenas, no sin creer las propias mayores que las de todos sus semejantes? ¿Quién no ve una locura en todas las resoluciones violentas de su vecino, y quién no es más loco mil veces que el vecino criticado, cuando en causa propia tiene que resolver el problema?

El rey de la creacion, la hechura predilecta del Creador, el hombre, en fin, á pesar de la grandeza de su alma hecha á la imágen y semejanza del Omnipotente, á pesar de su espíritu profundo y de su imaginacion creadora, es tan pequeño, tan limitado, tan mezquino, que casi nunca acierta al juzgar las acciones de sus semejantes, y que siempre desbarra al considerar las suyas. Cuanto mayor y más ilustrado es su criterio, cuanto su sensibilidad es más exquisita y cuanto más su educacion le hace pertenecer de hecho ó de derecho á la clase privilegiada de los que piensan ó sienten, mayores son los escollos de que rodea su vida; más grandes las trabas que atajan sus deseos, más menudas las mallas de la red social que le hace eterno esclavo de preocupaciones establecidas, de costumbres consagradas, de absurdos sancionados y de disparates ilógicos é inhumanos que con el nombre de leyes todo el mundo obedece y nadie en su fuero interno respeta.

La contrariedad, esa es la verdadera causa de todas las aficiones humanas que adquieren despues el nombre de pasiones; sin ella no hay capricho que se elevara á la categoría de deseo, no hay idea vaga que llegara nunca á ser idea fija, no hay sueño del espíritu que ascendiera jamás á ser aspiracion del alma.

Correr tras de lo imposible, desear lo irrealizable, conseguir lo vedado, poseer lo prohibido, ese es el afan del hombre, ese su anhelo, esa su felicidad y su ventura. Felicidad y ventura, por supuesto, que una vez alcanzadas dejarían de serlo, y cuya realizacion por hecho fácil y prosaico, ni seria anhelada, ni constituiria desgracia ni fortuna, felicidad ni desventura. Estas verdades tan sencillas, que por su misma trivialidad parecen carecer de importancia, son, sin embargo, la verdadera clave de ese cúmulo de crímenes, aberraciones, calaveradas y absurdos que hacen de la vida social un caleidóscopo agitado, cuyas extrañas combinaciones de luz y de colores fascinan nuestra imaginacion y hieren dolorosamente nuestra vista.

Sublime es la naturaleza cuando con un número pequeño de idénticas facciones ha hecho diferentes todas las fisonomías de los séres humanos: maravillosa es, cuando con un limitado número de sentimientos y de afectos, no ha conseguido hacer un alma idéntica á otra, pero áun hubiera sido más grande, en mi humilde juicio, si hubiera repartido por igual y en exactas y medidas proporciones la única cosa de que casi todos carecemos, en mayor ó menor grado, la razon. Si esta fuera patrimonio de todos, en igual peso y medida; si esta pudiera desempeñar en la vida humana el papel exacto y correcto que desempeña la falsilla á través del papel blanco, para hacer derechos los renglones humanos, fuera la vida una cosa sumamente correcta, y el mundo, como vulgarmente se dice, una balsa de aceite. Pero ¡ay! que así como cada hombre tiene idénticas facciones que el hombre de enfrente, sin parecérsele en nada; así como ama y aborrece sin que aborrezca y ame como el hombre de al lado, así tambien tiene su razon fabricada sin duda para él solo y con la cual reglamenta sus acciones de modo completamente distinto al de sus semejantes. Razon, juicio y críterio que, impresionados por la idea, la pasion ó el sentimiento que los agitan, razonan, obran y piensan como en idéntica circunstancia no harian los demás y que hacen de cada hombre un sér único y distinto de la masa social que le rodea. Más claro, si es que la claridad es cosa fácil en cuestiones filosóficas; cada hombre es por sí solo un conjunto de afectos y de juicios, lógicos siempre dentro de su modo de ser, pero ilógicos y absurdos á la luz del juicio ajeno; que no hay gusto por generalizado que esté que sea comun á todos, ni idea por vulgar que parezca, que se conciba de igual manera en dos séres humanos.

Esto es sin duda lo que nuestro dramático insigne quiso probar en su comedia, al afirmar que en el mundo «GUSTOS Y DISGUSTOS SON, NO MÁS QUE IMAGINACION.»

¿Qué tiene todo esto que ver con el título de nuestro artículo? ¿Qué analogía existe entre estas reflexiones filosóficas y «LA MAÑANA SIGUIENTE?» No culparemos en manera alguna de poco perspicaces á nuestros lectores, porque así como nos es difícil á nosotros mismos saber de antemano las sendas que hemos de recorrer ántes de llegar al punto deseado, así les es á ellos imposible conocer nuestro punto de parada, por más que adivinen nuestro itinerario. Como se enredan las palabras en una discusion improvisada, así se enredan las ideas en una reflexion preconcebida, y revueltas y agitadas en nuestro cerebro, no sabríamos distinguir acertadamente cuáles eran hijas nuestras, cuáles hijas de inteligencias superiores, y cuáles, que es lo más comun, hijas de padres desconocidos. ¿De quién es hija la nuestra? No lo sabemos. Si al curioso lector le agradase la idea, tómela por hija suya; quizá gane ella mucho con cambiar de padre y yo no poco con ahorrarme otro hijo.

* * *

Julia acababa de cumplir veintitres años; sus negros ojos, de una expresion indefinible, mezcla de soñadora melancolía y curiosidad provocadora, eran su mayor encanto: no es esto decir que sus sonrosados labios, su nariz correcta, su garganta de cisne y su cabello rizado, no fueran primores suficientes para agradar y mucho, á los que tenian la dicha de mirarla.

Su dulce trato, su amena conversacion, su chispeante ingenio, cautivaban continuamente á los que tenian la fácil fortuna de tratarla, y la distincion de sus maneras, la elegante y estudiada modestia de sus trajes y el buen gusto de sus adornos, excitaban constantemente la envidia de las mujeres, y formaban siempre á su alrededor un círculo cada dia más numeroso de hombres distinguidos por su fortuna, por su posicion ó por su talento. Su gracia era incomparable; su figura esbelta y distinguida; sus manos encantadoras; ¡pero sus ojos! esos no habian podido nunca llegar á ser copiados, esos no podian haber sido jamás vistos con indiferencia, esos eran el verdadero talisman irresistible de Julia.

Estaba casada hacia tres años con un importante hombre político, de esos que tienen el privilegio de amoldarse á todas las situaciones, cambios y peripecias de la cosa pública; con uno de esos séres egoistas que logran hacer de todos sus amigos escalones para su fortuna; con uno de esos hombres capaces de comerciar con su honor al menudeo, haciendo la vista gorda á todas las coqueterías más ó ménos graves de su mujer, siempre que puedan redundar en provecho propio; con uno de esos hombres, en fin, que no conceden á la mujer desde su pretenciosa superioridad, iniciativa, ingenio ni talento, y no ven nunca en ella más que un sér imperfecto, inútil é indiferente, al cual se unen por adquirir en la sociedad los derechos graves de padres de familia y de hombres serios, sin comprender por eso ni los deberes que tal cargo lleva consigo, ni la necesidad que de atenciones, estimacion y afecto necesita más que de nada el sér á quien dan su nombre. De aquí esa multitud de matrimonios que parecerian clandestinos á no haberlos santificado la Iglesia y que no son más que un continuo divorcio, oculto á los ojos del mundo por el respeto á las consideraciones sociales. Uno de estos matrimonios, que abundan más de lo que parece en las grandes capitales, y que con la máscara de buen tono son verdadera lepra de la sociedad que los tolera y áun elogia, era el de Julia. Nada tiene de extraño que una mujer anulada y despreciada en su misma casa, atendida y solicitada sin cesar fuera de ella, con pocos años, ardiente imaginacion y perfecciones materiales, necesitara, como compensacion de su desgracia ignorada, dar pábulo al amor ó al capricho de los mil hombres que la rodeaban y caer tarde ó temprano en una de esas intrigas en donde siempre se pierde la honra, ó en una de esas pasiones en donde suele perderse la honra y la vida.

Es la mujer casi siempre de blanda cera á las impresiones primeras que del amor ó del honor reciben, y claro es que Julia, que hubiera sido sin duda una excelente esposa á haber dado con un hombre de sentimientos elevados, no pudo ménos de encanallar su alma y de torcer su espíritu, casada con un sér abyecto y despreciable. Burlándose de todos los afectos poéticos del alma, rebajando al terreno del más trivial materialismo todos los arranques de la pasion, y tomando por exageraciones novelescas todos los dulces afectos; teniendo siempre en sus labios una sonrisa de burla para todas las acciones heróicas, ó una palabra de desden para todo lo sublime y generoso, el alma de Julia era uno de los más terribles escollos con que pudiera tropezar un hombre verdaderamente enamorado. Entre todos sus adoradores tuvo la desgracia de verla y amarla uno de esos hombres que, aunque escasos, hay todavía por el mundo y á quien, por fortuna para ellos, la vida práctica de la moderna civilizacion hará muy pronto desaparecer del todo. Enrique de Sandoval (y perdónennos nuestros lectores si ocultamos bajo este nombre el de uno de nuestros más célebres abogados) habia llegado á conquistarse desde los veinticinco años una reputacion extraordinaria: de carácter leal y franco, de imaginacion viva y ardiente, de talento brillante, de instruccion sólida y sobre todo de alma superior y delicada, era una de las conquistas que más podian honrar el catálogo amoroso de la encantadora Julia. Tiene el destino á veces caprichos inconcebibles, y complácese en poner en contacto casi siempre naturalezas contrarias y caractéres desemejantes. Lo que para Julia y Enrique debió ser sólo una aventura galante de esas que no dejan rastro ni consecuencia en la vida, fué, sin embargo, compromiso serio y lazo que sólo habia de desatar la muerte. Rendida aquella alma fria á la perseverante admiracion de Enrique; halagada quizá por ver esclava suya la superioridad de alma y de sentimientos del hombre que la pretendia y ansiosa tal vez de conocer una pasion leal é inmensa, ella, que jamás habia visto á su lado más que el desprecio irritante de su marido y el deseo material de sus admiradores, cedió entre aturdida y preocupada al amor apasionado de aquel hombre. En la primera época de sus relaciones pudo él abrigar la loca idea de haber despertado aquel corazon dormido, de haber hecho vibrar en aquella alma helada las fibras del sentimiento, de haber encontrado un sér gemelo al suyo, de haber sacado en fin de la sima del descreimiento aquel espíritu de exterioridades encantadoras y de fondo perverso. ¡Loca ilusion! Cuando el alma de la mujer no es verdaderamente superior; cuando una vez se ha albergado en ella el escepticismo, pronto vuelve á encenagarse en su falta de creencias y á necesitar la atmósfera viciada de sus miserables instintos. Entónces empezaron para el pobre Enrique todos los sufrimientos de un amor mal correspondido y de una pasion peor interpretada. La lucha contínua de su espíritu desesperado, su eterno padecer, su desatinado empeño de borrar de su corazon aquel inmenso cariño ó de querer asimilar al suyo aquel sér superficial y frívolo, minaron su salud y trastornaron su inteligencia.

Olvidándose del mundo entero, reconcentrando todas sus facultades en aquella idea fija y dejando absorber su vida, hora por hora, minuto por minuto, por la imágen adorada de una mujer que sólo veia ya en su amor una traba constante á las aficiones de su vida, la existencia de Enrique fué un tormento insoportable. Las exageraciones de su pasion sólo excitaban el sarcasmo en quien la inspiraba y Enrique, que empezó por olvidarse del mundo entero, siguió olvidándose de sí mismo y acabó por olvidarse de Dios y de su alma. Una noche, que como casi todas las que pasaba cerca de Julia formando parte de la numerosa tertulia que la rodeaba constantemente, creyó ver en ella más hastío de su presencia, cruzó por primera vez en su mente la

idea del suicidio. ¡Desdichado el hombre que cree ver en la eterna calma del sepulcro el único remedio á sus males! No hay por lo comun fuerzas humanas que logren contrarestar tan halagüeño, aunque equivocado pensamiento. No sufrir más ¡es tan hermoso! Separarse de Julia dirigiéndola una mirada de esas que llevan impreso el sello de la muerte y que no fué ni siquiera contestada por ella; llegar á su casa, besar las cartas y el retrato de aquella mujer á quien no habia de volver á ver y levantarse la tapa de los sesos, fué cuestion de media hora.

Cuando Julia estrechaba la mano de todos sus apasionados, cuando sus alegres carcajadas resonaban aún en las puertas del café de Fornos, Enrique habia dejado de existir. Su último pensamiento, el que le habia hecho grato el postrer momento de su vida, habia sido llevar á aquel corazon de hielo una impresion eterna; creia que aturdida el alma de Julia por aquella catástrofe de que habia sido causa, encerraria en el remordimiento su existencia futura y que ya que su imágen viva no habia bastado á hacer sentir á aquel corazon de roca, su memoria muerta la haria conocer en fin, que puede haber en las pasiones humanas algo de grande y de sublime.

***

A la mañana siguiente circulaba de boca en boca la noticia; uno de sus amigos se apresuró á dársela á nuestra heroína. Su rostro en vez de palidecer, como siempre que la sangre afluye al corazon, se tiñó de un vivo encarnado, hijo de la sorpresa ó del temor de que la emocion sentida pudiera delatarla, y pocos momentos despues ya eran varios los que en union de su marido, comentaban, referian y hasta ridiculizaban el suicidio del pobre jóven. Por muy ocultas que hubieran permanecido para el mundo aquellas relaciones, no faltaban algunos que las sabian, muchos que las sospechaban, y muchos más que las suponian. Ni uno solo de los concurrentes dejó de dar á Julia el pésame por aquella muerte, más ó ménos embozadamente; y comprendiendo ella en un momento el partido que en provecho de su reputacion podia sacar de su serenidad y sangre fria, animó de tal modo la conversacion que insensiblemente y sin darse nadie cuenta de ello, se encontraron todos al cuarto de hora hablando de las carreras de caballos. Dos horas despues, el elegante carruaje de Julia, escoltado por ocho ó diez *gentlement riders*, tenia que detenerse en la calle del Barquillo para dejar pasar un entierro. En el asiento más alto del charaban, Julia reia á carcajadas con sus acompañantes, de los ridículos penachos negros de los caballos que arrastraban el coche mortuorio, y allá dentro..... en el féretro negro, dormia Enrique el sueño eterno, con el cráneo destrozado.

Tal es del mundo la eterna comedia. ¡Cuántos suicidios no se llevarian jamás á cabo, si pudiera el hombre ver desde su tumba lo que sucede en la tierra que abandona á *la mañana siguiente!*

LUIS MARIANO DE LARRA

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Hace tres años que el infatigable explorador Stanley se ocupa en erigir, á expensas del rey de los belgas y á partir de la desembocadura del Congo, una línea de estaciones que forman los primeros jalones de un gran camino comercial llamado probablemente á un brillante porvenir. Segun las noticias recibidas recientemente en Europa, están ya organizadas del todo cuatro estaciones, las de Vivi, Yzangea, Teuyengs y Stanley's Pool, y se ha empezado á construir un camino entre ellas. Las estaciones son embriones de ciudades, no belgas, sino africanas; tienen sus casas, sus huertas, y su bandera que es azul con una estrella de oro. Cada estacion tiene un jefe, un sub-jefe y uno ó dos sustitutos blancos; el resto de su poblacion se compone de zanzibaritas contratados por cuatro años y de indígenas. Cuando haya quedado terminada la gran via de comunicacion, se completará el trabajo de esos primeros exploradores, ejecutado bajo los auspicios del rey de los belgas, y la industria y el comercio europeos tendrán el campo libre para penetrar hasta el corazon del continente africano. Miéntras tanto, los progresos son ya considerables: Stanley ha llegado á la entrada de la gran meseta central, habiéndose fundado, como hemos dicho, cuatro establecimientos, estando próximo á fundarse el quinto, y surcando ya muchos vapores el caudaloso rio del Congo, tanto tiempo desconocido y cuyo curso se ha trazado áun no hace cinco años.

***

Segun la estadística oficial alemana, existen en Lorena, en 378 municipios, 266,000 habitantes cuyo idioma materno es el francés y en la Alta Alsacia 37,000 habitantes en 24 municipios; ó lo que es lo mismo, 402 municipios y 303,000 almas.

Las localidades de la Alta Alsacia en que está autorizada la enseñanza del francés, son Mulhouse, Colmar, Altkirch, Cernay, Massevaux, Dannemarie, Thann, Guebwiller, Soultz y Rouffach.

***

El Océano Pacífico es muy profundo en toda la extension de las costas del Perú.

A escasa distancia del litoral, á 148-163 kilómetros, el capitan Belknap ha medido 6,159 metros de profundidad por 11°,51' de latitud sud y 5,786 por 11°,53'.

Estas profundidades son las mayores que hasta el dia han podido consignarse en el Océano Pacífico del Sud. Exceden de la de 5,422 metros que ha medido el navío *Gazela* en 1875 por 35°,21' de latitud y 153°,8' de longitud oeste (Greenwich).

NOTICIAS VARIAS

CÁLCULO INTERESANTE.—Para que nuestros lectores se formen una ligerísima idea de lo que cuesta una guerra, bastará que se fijen en el importe de los tiros disparados por la escuadra inglesa contra Alejandría, segun los datos comunicados por el Almirantazgo inglés.

Cada tiro disparado por los cuatro cañones de 80 toneladas del *Inflexible*, cuesta 625 pesetas; los del *Monarch* y *Temeraire* resultan á 175 pesetas; los del *Alexandra* á 250; los del *Sultan* á 200, los del *Superb* á 400, y los del *Penélope* á 70. Las cañoneras *Beacon*, *Cygnet*, *Condor* y *Dexcoy* han tirado con piezas de calibre menor, cuyos proyectiles no cuestan más que 50 pesetas cada uno.

El total de estas sumas asciende á 2,122 pesetas ó sean cuatrocientos veinticuatro duros: falta sólo multiplicarlo por el número de disparos que ha efectuado cada buque en un dia para apreciar en su justo valor la enorme suma á que ascienden estos bélicos ejercicios.

***

Con motivo de haber recibido el título de abogado un negro, el primer individuo de color que figura en la magistratura de Montevideo, sus compañeros han celebrado un suntuoso banquete en el que no han escaseado los brindis en honor de la raza y del nuevo magistrado.

CRONICA CIENTIFICA

LA MUERTE

La antigua Grecia no gustaba de oir el triste nombre de la MUERTE. El atildado y pulcro sentimiento estético de los helenos preferia indicar la cesacion de la vida por medio de imágenes indirectas; y, así, solian los griegos sugerir su idea simbolizándola en un Amor que apagaba contra el suelo la luz de su antorcha; ó bien hablando del sueño de un niño, aletargado en lecho de adormideras; ó bien refiriéndose á una rosa brotando de un sepulcro; ó bien, y con más frecuencia, aludiendo á un jóven hermosísimo con las sienes ceñidas por la flor del amaranto.

Fenicia, Cartago, Hesperia.... pintaron á la MUERTE con corazon de bronce, con alas negras, y con una red ominosa en las manos para envolver en sus terribles mallas á las víctimas.

La MUERTE se recostaba, á fin de dormir con más descanso, en el negro regazo de su Madre, que era la Noche; y de aquel sueño surgian los afanes, las inquietudes y los dolores, la senectud, y el fraude que habitaba en el Cócito, uno de los cinco hediondos rios del infierno, donde tenia constantemente sumergido todo el cuerpo, dejando fuera únicamente la fealdad del espantable rostro.

Al mundo moderno tambien le ha parecido bien recurrir á las imágenes, y ha simbolizado á la MUERTE en un esqueleto armado de guadaña, que se complace en ir segando la flor de cuanto tiene existencia.

Así, la fantasía y el sentimiento solamente ejercitaban su actividad para explicar esa misteriosa trasformacion, en cuya virtud se disgregan los elementos de los cuerpos organizados; y, en verdad, que el sentimiento no podia ser el agente más á propósito para conducir la inteligencia á conclusiones racionales: que, de cierto, no es fácil ver claro, cuando tenemos inundados en lágrimas los ojos.

Al fin una filosofía bien poco profunda, empuñó el martillo de las desilusiones y quebrantó en sus altares las fantásticas imágenes de la MUERTE. La MUERTE, segun ella, es la NADA; y despues de la vida nada resta. Espronceda ha inmortalizado en cuatro felices versos la finalidad de filosofía tan desconsoladora.

La vida es la vida. Cuando ella se acaba
Acaba con ella tambien el placer.
¿De inciertos pesares porqué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Pero los sistemas filosóficos, á pesar de sus linajudas pretensiones y rutinarios desdenes, tienen que rendirse ante la evidencia de plebeyos descubrimientos patentizados por los peones de las ciencias de observacion.

La balanza de los químicos evidenció que, cuando un cuerpo se desorganiza, no hay aniquilacion, sino trasformacion de productos; que existe aislamiento de componentes, pero no destruccion de su materia; que todo se renueva, pero que nada se aniquila. Un bosque arde: mas los elementos que lo constituian se espareen por la atmósfera, ó quedan en las cenizas. El Vesubio sepultó á Pompeya y á Herculano; pero el volcan no tuvo poder bastante para reducirlas á la nada.

Un paso más en los hombres de las ciencias naturales, y una nueva teoría habia de hacer su aparicion en el mundo: la doctrina de la CONSERVACION DE LAS FUERZAS.

Así como las estructuras de la Materia se trasforman, pero sin destruccion de sus elementos, así tambien los modos de la Energía cambian, pero sin que se aniquile nunca la Energía.

Dos gases desaparecen, hidrógeno y oxígeno, pero en su lugar se ostenta un líquido: agua. Un aerolito cae: su velocidad inmensa desaparece; pero su Energía se convierte en calor, y en deslumbrante fuego y trueno tremebundo. La luz del sol se va, mas su energía queda en el carbono de las plantas. La pila eléctrica se gasta al excindir los compuestos; pero la fuerza allí gastada se trasfiere á los componentes, para el dia en que de nuevo se combinen. Un hombre invierte su fuerza en elevar un grave, pero la fuerza del hombre se recobrará cuando se deje descender al grave.

Y hé aquí que de esta doctrina grandiosa de la CONSERVACION DE LA MATERIA Y DE LA ENERGÍA hacen salir nuevamente sabios de gran fuerza intelectual la terrible idea de la MUERTE.

Véase su argumentacion.

Un cuerpo caliente irradia su energía á los cuerpos circunstantes, y va perdiendo calor hasta que todos quedan á la misma temperatura. El agua pasa de un recipiente alto á otro más bajo, hasta que el líquido queda en los dos á igual nivel y en equilibrio. La electricidad fluye de un conductor á otro, hasta que en ambos es idéntica la potencial.

Pues bien; partiendo de los movimientos actuales, esos nuevos ministros de la MUERTE llegan á la doctrina de un equilibrio universal: á la ESTÁTICA de todos los mundos: á la parálisis de todos los movimientos.

Los soles existentes al rodar de los siglos, se irán apagando por las etéreas regiones, despues de irradiar todas sus energías; pero sus recíprocas atracciones, persistentes aún y nunca muertas, los impulsarán sin luz por los desiertos del Espacio hasta chocar los unos con los otros: el golpe inmenso producirá tanto calor que los astros se desharán en vapores, y de ellos surgirán nuevas nebulosas, orígen de nuevos soles, que tambien su energía incalculable volverán á irradiar perdiendo su luz,.... hasta que, habiéndose realizado toda cuanta trasformacion quepa en lo posible de movimientos, disgregaciones y vida durante enorme alternacion de tiempos inconcebibles, queden al fin embargadas unas por otras las potencias todas del Cosmos, equilibradas unas con otras como iguales y contrarias todas las fuerzas existentes; sin lugar para nuevas estructuras; nada libre ni susceptible de trasformar ni de ser trasformado; todo sumido en eternal reposo y en catalepsia universal.

Para estos profesores no es la MUERTE un absurdo inconcebible: no es la cesacion del sér: no es la NADA. Es la PERPETUIDAD DEL EQUILIBRIO: es la cesacion de todo movimiento por estar media naturaleza postrando en perenne é inquebrantable quietud á la otra media: es el mundo dividido en dos bandos é invirtiendo su incalculable energía en producir el reposo eternamente: es un estorbo universal de fuerzas mutuas: la paralizacion del infinito!!

En verdad que la fantasía no inventó nunca DOGMA de crueldad mayor. Era espantable la imágen de un esqueleto, SIN CARNE, SIN CORAZON...., segando el mundo sujeto á su guadaña: era triste la imágen del Amor apagando contra la tierra la antorcha de las ilusiones: triste, muy triste una rosa saliendo de una tumba: tristísima una frente juvenil donde arden pensamientos apasionados circuida de guirnalda mortuoria; pero nada tan desconsolador como el dogma del EQUILIBRIO UNIVERSAL; porque apagar una antorcha y segar en flor las flores de la ilusion, no es la estancacion perenne de las fuerzas, no es un reposo eterno, no es una catalepsia inquebrantable: ¡siempre es accion! ¡es vida! ¡es MOVIMIENTO!!

Por fortuna estos terribles sabios olvidan que no todas las FORMAS DE ENERGÍA son posibles simultáneamente. Un proyectil choca con ímpetu tre-

mendo contra el blindaje de una fragata acorazada: el movimiento de traslacion de la gran masa de acero cesa con el golpe; pero su energía se trasforma en calor del hierro de la coraza, que luégo se disipa por la atmósfera. La luz del sol que vino á la tierra cuando no existia áun el hombre en nuestro globo, fijó su energía en el carbono, que, durante millones de años, ha estado durmiendo en el seno de las hulleras; y aquella antiquísima energía solar, almacenada en el carbon de piedra, nos sirve hoy para volar en el tren expreso sobre los férreos carriles, ó para vencer al huracan en medio del Océano embravecido; ó bien para animar los benéficos talleres de la industria. Esas formas se han sucedido en el tiempo, pero no fueron posibles á la vez.



JARRON CHINO DE BRONCE ESMALTADO, DE ESTILO ANTIGUO

Y si esos sabios admiten tiempo infinito, ¿cómo es que ya no ha sucedido la cristalizacion universal? Y, si el infinito es inconcebible, ¿cómo pretenden sujetar á fórmulas finitas lo que ni siquiera es imaginable?

La gravitacion universal, en fin, nos prohibe pensar que el universo pudiera ser algo como la mar yerta de los polos: una parada inmensidad.

La gravitacion universal es tan propia para conservar los mundos, como para destruirlos y devolverles la existencia. Toda radiacion que vaya al Espacio impedirá que su temperatura descienda lo que sin ella bajaria; y, cuando en época ignorada, ocurran colisiones entre soles apagados ó encendidos, el colosal choque creará, fundiéndolas, nuevas nebulosas, génesis dinámicas de nuevos sistemas planetarios, que, á su vez, utilizarán el calor del piélago infinito. El grandioso sistema de la CONSERVACION DE LA ENERGÍA, no conduce, por tanto, á las oscuras cavernas de la MUERTE, sino á la renovacion perenne de la vida; y nuestras concepciones cosmológicas gravitan irresistiblemente hácia la creencia en inacabables ciclos de exuberante REPRODUCCION de las formas de energía ya desaparecidas, y subsiguiente gradual DISIPACION, alternados perpétuamente, y sin término jamás.

¡Siempre trasformacion y equivalencia! ¡Estática nunca!

¡Absurdo, por consiguiente, la CRISTALIZACION DEL INFINITO!

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



BACO CORONANDO Á LOS BORRACHOS (CUADRO DE VELAZQUEZ)



AÑO I — BARCELONA 17 DE SETIEMBRE DE 1882 — NÚM. 38

JUDIA DE TANGER, por J. F. Portaels

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—EL MARTIRIO DE LA GLORIA *(Novela de telon adentro)*, *continuacion*, por D. Enrique Perez Escrich.—LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA *(Leyenda)*, por D. Cecilio Navarro.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *La inmortalidad del sol* (III *y último)*, por D. José Echegaray.

GRABADOS.—JUDÍA DE TÁNGER, por J. F. Portaels.—EL PERRO DESOBEDIENTE, por A. Kaudnitz.—PAISAJE, por F. Urgellés.—PEQUEÑA MENDIGA, *estatua en yeso*, por Felice Villani.—LA MADEJA SE ENREDA, copia de un cuadro de A. Moradei.—Lámina suelta.—EMPEÑO DE HONRA, por M. Schmid.

LA SEMANA EN EL CARTEL

Al movimiento de descentralizacion literaria-teatral iniciado por Cataluña hace poco ménos de veinte años, acaba de unirse Galicia, el hermoso país de las rías, cuna, por decirlo así, del idioma nacional. Algunos poetas líricos, entre los cuales ocupará siempre un lugar muy distinguido doña Rosalía Castro de Murguía, habian moldeado sus inspiraciones en aquel dulce y apacible dialecto; faltaba empero llevarlo del libro á la escena, y esta atrevida empresa acaba de realizarla el señor D. F. de la Iglesia con su excelente drama *A fonte do xuramento* (La fuente del juramento) representado con éxito muy plausible en el *Teatro del Liceo brigantino de la Coruña* por una compañía de aficionados entusiastas.

¿Se habrán echado con esta obrilla, hermoso cuadro de costumbres gallegas, no exento de originalidad ni de interés, los cimientos de un nuevo teatro provincial? No lo sentiríamos nosotros, que admitimos de buen grado la expresion de la belleza donde quiera que se presente y sea cual fuere la forma de que aparezca revestida. Tanto más rica será la literatura nacional, cuanto más variadas sean sus manifestaciones. En materias literarias la autonomía provincial no sólo es legítima, sino tambien digna de encomio, pues así como los celajes y las perspectivas de una comarca tienen notas típicas y perfiles característicos que halagan al pintor experto y cautivan al *amateur* inteligente, así los idiomas y los dialectos poseen una expresion y un colorido especial que se prestan, con indiscutible ventaja sobre cualquier otro medio, á la pintura de las costumbres y de los tipos de un país determinado. El arte no es, no será nunca la uniformidad niveladora que todo lo sujeta á estrecha pauta, sino la libre y expansiva expresion de lo bello, reflejo de la múltiple é infinita variedad de la naturaleza.

Ménos afortunada que Galicia ha sido Cataluña durante la última semana. *La dona d'aygua*, parto de dos inteligentes autores, ha sido, segun feliz expresion de un periódico satírico, no *mujer de agua*, como aquellos pretendian, sino *mujer al agua*. Tendamos caritativamente el velo del olvido sobre tan desdichado engendro.

En el *Teatro de Recoletos* de la corte, el poeta Marquina ha dado á la escena con el título de *Palabra de aragonés* un bonito cuadro de costumbres con caractéres bien dibujados, abundantes chistes y una versificacion vigorosa y fácil.

Algunos teatros de invierno han comenzado sus tareas y los demás se disponen á imitarles. Es cierto que las novedades escasean; pero en cambio los anuncios son bastante tentadores. La *Zarzuela* cuenta, entre otras, con una produccion del popular Barbieri titulada *La sotana y el manteo;* el *Español* con un drama de Valentin Gomez *El celoso de sí mismo* y otro de Echegaray, de costumbres contemporáneas, que lleva el título de *Crueldades del deber;* y *Apolo* tiene en cartera un drama de Leopoldo Cano *La moderna idolatría*, y otro de Valdivia *La muralla de hielo.* La atraccion del *Teatro Real* será sin duda la representacion de *Mefistófeles* cantado por la Theodorini y por Masini y Nanetti y ensayado y dirigido, á lo que parece, por su jóven autor Arrigo Boito.

Tales son las novedades que se anuncian.

En Adria (Italia) acaba de estrenarse una ópera del maestro Villafiorita, titulada *Jolanda*. Es una produccion agradable que ha tenido un éxito muy satisfactorio, á juzgar por los telégramas recibidos de aquel punto. De ella nos ocuparemos con mayor extension, al recibir más amplios detalles.

El maestro Verdi, retirado á su pueblo natal, comparte sus tareas agrícolas con la confeccion de su nueva partitura *Otello* y con la refundicion de su *Don Carlo.* Es esta última una de sus obras ménos populares, y el célebre maestro propónese hacerle recorrer el florido sendero de *Aida* y tantas otras, áun á trueque de suprimir un acto entero y de cambiar por completo gran número de pasajes. No cabe desconocer que al maestro Verdi sóbranle medios para realizar su propósito, que es, despues de todo, destello de cariño hácia un hijo de su genio, que no por mal comprendido deja por eso de ser muy estimable.

Tambien los primeros teatros de Lóndres han abierto nuevamente sus puertas, algunos para poner las mismas obras con que las cerraron, y otros dando á conocer producciones francesas mejor ó peor aderezadas, segun el gusto de los paladares británicos.

Que los ingleses son excéntricos sábelo todo el mundo, incluso los moradores de Alejandría; no es, pues, de extrañar que en la misma metrópoli se sucedan las mayores extravagancias. Por el momento se anuncia la aparicion de una *troupe* javanesa, compuesta de cuarenta hombres y cuatro mujeres, que tocan las más extrañas melodías con instrumentos especiales á usanza de aquel lejano país. Y cual si esto no bastara, en breve empezará sus funciones una compañía de ópera cómica, procedente de los Estados Unidos, compuesta exclusivamente de mujeres: actores, músicos y hasta el director de orquesta pertenecen al sexo femenino.

¡Y pensar que Europa envía sus mejores artistas á la República americana, para recibir de allí tamañas originalidades!

Con la 17.ª representacion han terminado en Bayreuth las del *Parsifal*, y digan lo que quieran los detractores de Wagner, esas funciones se han contado por triunfos, reportando á las gavetas de la empresa un considerable beneficio. Todas ellas se han visto concurridas en extremo, habiendo afluido á la corte de Wagner filarmónicos de todas las partes del mundo. ¿Qué otro compositor puede envanecerse de haber suscitado tamaño interés?

En Paris han comenzado los estrenos.

Una picaresca comedia que dejó por concluir Teodoro Barrière y que debe su última mano á Gondinet, uno de los autores modernos más divertidos, interminable sucesion de equívocos y gracejos, ha hecho desternillar de risa al público del *Vaudeville.* Titúlase esta produccion *Tête de linotte*, y sin duda figurará durante mucho tiempo en los carteles.

Lydie, episodio de una de las más populares novelas de Balzac, torpemente hilvanado por M. Miral, fué recibido con desagrado en el *Teatro de las Naciones.*

En cambio, con el drama *Le mariage d'André*, puesto en el Odeon, se han revelado dos nuevos autores, MM. Lemaire y De Rouvre, jóvenes ambos, y á fuer de tales atrevidos hasta la temeridad, hasta la imprudencia. Sostenia Dumas un dia que era sumamente fácil dar con grandes situaciones dramáticas, y que lo difícil estribaba en desenlazarlas, citando el ejemplo de dos jóvenes recien casados, que el dia de la boda se encuentran con que son hermanos. ¿Cómo desenredar esta situacion por todo extremo interesante? Los autores de *Le mariage d'André* han dado con la solucion, monstruosa sí, pero que revela un buen caudal de ingenio. Andrés es el hijo natural del padre de su novia Adriana: lo averigua pocos momentos despues de la boda; ¿cómo cortar el espantoso nudo? Los autores se valen de la confesion de la madre de Adriana: ella tambien faltó á sus deberes conyugales, y Adriana no es hija del padre de Andrés. El adulterio redimiendo el incesto: confesemos que el medio es asaz repugnante. Pero los autores son noveles, sienten el teatro, saben interesar y el público les absolvió con sus aplausos.

No todos los actores toman la escena por campo de sus trabajos. Una desgraciada actriz de la *Comedia francesa*, Mlle. Feyghine, rusa de nacimiento, jóven y hermosa, que debutó con éxito escaso la última primavera y aceptó luégo los frívolos galanteos de un almibarado duque, ha puesto fin á sus dias de la manera más novelesca, disparándose un pistoletazo en el pecho en presencia de su amante. Los periódicos de Paris no hablan estos dias de otra cosa. ¡Deplorable suceso y más deplorable costumbre la de la prensa parisiense!

La muerte, trabajadora infatigable, se ha cebado en algunos hombres de mérito que ilustraban la música y el teatro. Cuéntanse entre las víctimas el notable actor ruso Teodoro Bourdine, feliz intérprete de un sin fin de papeles y una de las columnas más firmes del teatro moscovita; Edmundo Membrée, compositor francés, autor de *L'Esclave*, *François Villon* y otras óperas bien recibidas, y finalmente, el compositor aleman Cárlos Vosz, que dió á luz más de trescientas piezas para piano, algunas como la titulada *La Pluie de perles*, tan populares que figuran en el repertorio de casi todos los pianistas de ambos hemisferios. Descansen en paz.

Y líbrenos Dios de dejar á nuestros estimadísimos lectores bajo la triste impresion de la muerte, pasando como pasan aún en el mundo cosas divertidas.

Verbigracia, la salida de cierto empresario aleman de un teatro de provincia, que al disponer la representacion de la ópera *Fausto* y no teniendo á mano la rueca ni el torno que ha de manejar la poética Margarita en el tercer acto, concibió al empezar la funcion una idea luminosa que se apresuró á poner en práctica.

Figúrese el lector qué cara pondría la ***prima donna*** cuando fué á cantar la lánguida balada del Rey de Thule y se encontró delante de su asiento, en vez del torno, con ¡una máquina de coser!

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

JUDIA DE TANGER, por J. F. Portaels

La mujer judía es generalmente hermosa, á menudo rica, frecuentemente buena, por lo comun discreta; pero tiene, á los ojos de los más, un grandísimo defecto, el de ser judía. Su severa belleza lleva impreso el sello de una raza proscrita; su dote se supone casi siempre producto de la avaricia de un padre sin entrañas; su bondad es calificada de hipocresía y hasta su discrecion es atribuida á malas artes ó aplicada á nada buenos intentos. La judía de Tánger, con formar parte de un pueblo que dista mucho de pertenecer á los más cultos, no goza de mayor consideracion, ni es tratada con más respeto. De aquí el carácter del pueblo judío: á fuerza de aislamiento, ha debido formar una raza aparte; á puro ser despreciado, ha tenido que vengarse de tanto desprecio; odiado por todos, á todos ha venido envolviendo en un mismo odio. ¿Tiene explicacion esa inquinia, ese estigma impreso sobre la frente de todo un pueblo, áun por otros pueblos al parecer más degradados? ¿Se comprende que hasta la mujer turca, la *cosa*, el instrumento de placer de su dueño, se crea superior á la mujer judía? ¿Pesará aún, con efecto, la maldicion altísima sobre los hijos de los hijos de aquellos que pusieron la mano impía en el divino cuerpo del Nazareno?... La civilizacion progresa y cunde, las costumbres se suavizan, la tolerancia se propaga; y sin embargo, el judío es siempre la yerba que el pié aplasta, cuando el hierro no la arranca de la tierra, que generosamente la produjo al lado de la humilde violeta y del laurel pomposo..... No es extraño, por lo mismo, que la hermosa judía de nuestro grabado revele cierta tristeza impropia de su juventud y de sus galas: el desprecio de las gentes es una herida que va recta al corazon.

EL PERRO DESOBEDIENTE, por A. Kaudnitz

—Señor perro,—parece decir la hermosa jóven de este cuadro,—es V. un haragan y un desaplicado..... ¿Olvida V. que cuando yo dejo caer el guante, la obligacion de V. es recogérmelo y hacer entrega de él con toda la galantería de que es capaz un perro de buena familia? ¿No se hace V. cargo de que muchos y muchos galanes se darian por muy satisfechos con que pudieran ponerse en lugar de V.? Yo le educo y le acaricio y le tolero á V. muchas impertinencias suponiendo que ha de ser V. agradecido y dócil á mis mandatos; pero si persiste V. en su desobediencia y corresponde á mis caprichos con obras de perro, me veré precisada á tratarle como tal y relegarle á la cuadra ó á la portería. Con que, téngalo V. entendido y cuenta con otra.

—Señorita, los perros, no por ser perros dejan de tener ojos que ven y algo que Vds. llaman corazon y siente. Si la mano que arroja el guante fuera ménos bella, yo viera el guante y no la manó; si su rostro de V. fuera ménos agraciado cuando de mí se queja, yo atendiera á la queja y no al rostro; si en lugar de dejar caer sobre mí cariñosas frases, dejara caer una tanda de latigazos, yo cuidara del látigo y no me embelesarian las palabras.

Este inverosímil diálogo, que puede prolongarse hasta lo infinito, da una idea exacta del argumento de este precioso cuadro.

PAISAJE, por F. Urgellés

Acerca de los pintores de paisaje hay una opinion de todo punto infundada. Creen algunos profanos al arte que cabe ser un buen paisajista reproduciendo fielmente en colores sobre tela uno ú otro de los mil cuadros que la naturaleza, esa artista sin rival, expone constantemente en la galería del mundo. En esta aparente verdad hay un verdadero error. Si la mision del paisajista se redujese á reproducir servilmente la naturaleza, ninguno como la máquina fotográfica debiera titularse artista. No; el arte pictórico no consiste en la servil reproduccion; donde no hay algo del genio, donde falta el *quid divinum* que se trasparenta en un buen cuadro, como el *quid divinum* se trasparenta en la creacion, no hay belleza, no hay poesía; hay, á lo sumo, líneas y colores, que por sí solos, no son pintura. Para reproducir artísticamente á la naturaleza hay que sentirla poéticamente, como la sintió Virgilio; hay que comprender el lenguaje misterioso de los vientos y de los arroyos, el enigma de los perfumes y de las hojas, el secreto de la luz y de las sombras.

Urgellés ha recorrido el campo y penetrado en el bosque; ha pasado muchas horas soñando al borde de las corrientes cristalinas y se ha arrobado en la contemplacion de los horizontes tras de los cuales nos formamos la idea de que existe el más allá de nuestra existencia. Hé aquí porqué de su paleta salen paisajes encantadores, entre ellos el que hoy tenemos el gusto de publicar en nuestro periódico.

PEQUEÑA MENDIGA, estatua en yeso por Felice Villani

Hé aquí una composicion por demás sobria y hermosa: la expresion de la tierna mendiga lleva un sello en el que resplandece una belleza melancólica y suave: no podria expresarse con más sencillez la personificacion de la infancia desvalida; pues si en el cuerpo de la niña se revela la dejadez y abandono de una vida vagabunda y miserable, en su frente meditabunda y en su mirada absorta se vislumbran las tristes previsiones de un porvenir oscuro y trabajoso.

LA MADEJA SE ENREDA, copia de un cuadro de Arturo Moradei

¿Qué diantre habrá dicho ese jóven de picaresco semblante á esa muchacha de agraciado rostro? Desde luégo puede afirmarse que cuando ella se oculta para disimular el acceso de risa que la acomete, la cosa dicha no es para oida de una muchacha honesta. La risa inocente no tiene por qué esconderse, y estamos seguros de que si pudiéramos examinar el original de este cuadro, nos hallaríamos con que la púrpura del rubor tiñe las mejillas de la rapaza. ¿Se habrá propasado á mayores su compañero? No seria difícil que la misma actitud que guardaba y guarda junto á la lista devanadora, le hubiera inspirado la idea de cerrar los abiertos brazos y aprisionar entre ellos el talle de la moza; lo cual ¡pese á la moralidad privada! no parece haberla sabido del todo á ofensa. No es de extrañar, por lo mismo, que la madeja se haya enre-

dado y que cuelguen de ella varios cabos sueltos: lo difícil será atar esos cabos, si no se restablece el órden.

Por lo demás, este precioso cuadro, de correctísimo dibujo, respira vida, juventud, frescura. Pocas veces el sentimiento que domina en los personajes ha sido puesto de relieve de una manera más tangible; pocas, poquísimas veces ha estado tan feliz un artista confiando á la risa la expresion del estado de ánimo de sus personajes. Los del cuadro de Moradei rien que es una bendicion..... No permita Dios que la madeja acabe de enredarse y que las risas de hoy sean el prólogo obligado de las lágrimas de mañana!.....

EMPEÑO DE HONRA, cuadro de M. Schmid

No hay como la dueña de la posada del Cuervo para aderezar un pisto, ni tampoco quien con más gentileza sirva el pienso á una caballería, ni quien con tanta seguridad lleve en cada mano mayor número de vasos de cerveza. Jóven y no fea por cierto, lo mismo permite á un huésped cualquier inocente chicoleo, que á puño cerrado contiene los desmanes de los licenciosos. Quiere decir, que la posadera lo mismo sirve para un barrido que para un fregado. Llega el dia de la fiesta y ármase una partida de bolos, cuyo premio es un hermoso cordero que está diciendo ¡comedme!... Pues ya tenemos á la posadera terciando en la partida y batiéndose con los primeros jugadores del pueblo. Los circunstantes se interesan en los lances de la contienda y sin perder la gravedad alemana, que ántes se perdiera la de la tierra, demuestran claramente el extraño efecto que les causa el empeño de la garrida moza. Esta, miéntras tanto, no parece grandemente afectada por la general atencion de que es objeto, y con un aplomo y hasta indiferencia que demuestra la tranquilidad de su espíritu, disputa á los más diestros el apetecido premio. Es cuestion de honra; en todo y por todo la posadera quiere llevarse la palma; la cocina y la plaza pública han de ser teatro indistinto de sus triunfos; y aunque sea el laurel del boliche aspira á ceñirlo á todo trance.

Tal es el asunto del cuadro que publicamos en nuestro *Album*, asunto ejecutado con una verdad irreprochable y una gracia que lo avalora á los ojos de todo buen amador del arte.

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

(Continuacion)

CAPITULO QUINTO

UNA MADRE

Angela pidió el carruaje para las diez, se vistió con refinado esmero y se dijo:

—Ha llegado la hora de que la madre, olvidándolo todo, hasta su honra si es preciso, intente el supremo recurso para salvar á su hija.

Y subiendo en el coche, dijo:

—Calle de Atocha, casa del señor duque de Monte-escueto.

. . . .

El duque de Monte-escueto se habia levantado á su hora acostumbrada, pero más alegre que otros dias.

Esta alegría era natural, lógica, tratándose de un cortesano como el señor duque, porque en la recepcion que habia tenido lugar la noche ántes en palacio, la reina de España le habia concedido el alto honor de bailar con él un rigodon y decirle en voz baja y cariñoso acento:

—Duque, ya puedes ir preparando los regalos de boda para tu hijo y para tu nuera, porque en cuanto venga el mes de abril los caso; la luna de miel es más agradable en esa época de los perfumes y de las flores; luégo me los llevaré á las jornadas de Aranjuez y de la Granja, porque hasta que no consigamos hacer de Octavio un embajador, quiero que estén á mi servicio.

Es preciso ser cortesano de pura sangre para comprender la importancia y el efecto de las anteriores palabras.

El duque se retiró de palacio muy contento, y como la alegría es expansiva, al levantarse le refirió á su ayuda de cámara todas las bondades que habia tenido con él su soberana.

A las diez y media terminó su *toilette* (subrayamos esta palabra francesa á pesar de haberla admitido la Academia).

Cuando el duque terminó el aseo de su persona, ó como decian ántes, su tocado, ya se disponia á matar el tiempo leyendo los periódicos hasta que le llamaran á almorzar, cuando entró un criado á anunciarle que una señora deseaba verle.

El duque habia sido muy galante con las señoras y conservaba siempre un buen recuerdo de todas aquellas con quienes habia tenido íntimas relaciones.

En sus mocedades, el duque habia adquirido la fama de espléndido, entre esas pobres muchachas que por satisfacer sus deseos de lujo se prestan á entretener agradablemente el ocio de los ricos. Aun siendo viejo, siempre que alguna de sus antiguas queridas le pedia su proteccion, se hallaba dispuesto á darla un buen consejo y un billete del Banco de España, como una recompensa de los tiempos pasados.

El duque dió órden para que entrara la señora que deseaba verle, y se levantó de su butaca dispuesto á recibirla como cumple á un caballero que no olvida nunca las leyes de la galantería.

Angela, con el velo del sombrero echado sobre el rostro, se presentó en la puerta del gabinete.

El duque hizo una seña al criado para que se retirara.

Al viejo aristócrata le bastó una mirada para comprender que tenia delante á una dama distinguida; aquel traje negro, de un gusto, de una elegancia irreprochable, aquella figura esbelta le indicaban claramente que aquella mujer no pertenecia á la clase vulgar de la sociedad.

El duque saludó con una ligera inclinacion de cabeza, y entónces Angela se levantó el velo.

Todo el mundo conocia en Madrid á su actriz favorita; el duque se conmovió al verla.

Angela era una mujer que se hallaba en toda la fuerza de su hermosura, y aquella mañana, como obedeciendo á un resto de coquetería, Angela se hallaba más bella que nunca.

—¿Usted en mi casa, señora?—dijo el duque saliendo al encuentro de la actriz y cogiéndola una mano para conducirla al sofá.

—Señor duque, vengo á pedirle á V. la vida de mi hija, de mi pobre María que se muere.

Y Angela, al decir esto, cayó de rodillas á los piés del duque y le besó las manos humedeciéndolas con sus lágrimas.

Este principio reveló al anciano aristócrata el profundo dolor de aquella madre, y levantándola del suelo, la condujo hasta el sofá, diciéndola con acento verdaderamente conmovido:

—Vamos, señora, tranquilícese V.; ¿qué pasa?

Esta pregunta fué una esperanza para Angela; habia notado que la voz del duque se conmovia, luego se interesaba por ella.

—Tengo una hija, señor duque, una hija á quien amo con toda mi alma; ella es el único lazo que me une á la vida, ella es mi tesoro, mi alegría, mi encanto; por ella dejaria que arrancaran á pedazos la carne que cubre mis huesos; esta hija se muere, está muy enferma; es una pobre flor que se dobla, que se marchita; una débil avecilla que plega las alas para morir; un hombre puede darla la vida, la lozanía que la falta; ese hombre es Vd., es el noble duque de Monte-escueto, es el noble caballero que tengo delante y á quien vengo á pedirle que salve á mi hija.

—¡Yo, señora!—contestó el anciano, reponiéndose y recordando que aquella mujer era una gran artista, y tal vez estaba representando una comedia.

—Usted, señor duque, V. sólo; salve V. á mi hija y yo me ofrezco á ser su esclava; salve V. á mi hija, y yo, que durante veinte años de mi vida, yo que he tenido el honor en más que la existencia, yo que he sabido conservar en el teatro la pureza de mi alma y de mi cuerpo, si V. salva á mi hija le ofrezco desde este instante no tener más voluntad que la suya, ni hacer otra cosa que aquello que me imponga y mande el duque de Monte-escueto.

El anciano aristócrata miró con recelo á la actriz, pues cometió la vulgaridad de creer que aquello era una farsa.

Esta opinion vulgar es una de las desgracias que acompañan á las mujeres de teatro.

—Sepamos qué es lo que yo puedo hacer para salvar á esa niña que se muere y á quien yo no conozco.

Angela comprendió la importancia de las palabras que iba á contestar, pero no vaciló en decirlas.

—La salvacion de mi hija, señor duque, consiste en que V. dé su consentimiento para que el conde de Valaoz pueda casarse con ella.

Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios del anciano.

—¿Y esa niña enferma,—dijo,—esa sensitiva moribunda recibirá la salud casándose con mi hijo?

—Es el único remedio que puede salvarla; yo comprendo que á V., señor duque, parecerá esto extraño, atrevido, tal vez ambicioso; pero yo soy una madre agobiada bajo el peso de los dolores, veo que mi hija se muere porque ama á Octavio, y Octavio está léjos y Octavio no puede decirla: «te amo,» porque su padre le ha prohibido ese amor y él, hijo obediente, respeta la prohibicion de su padre aunque le despedace el alma.

—¿Y son los médicos los que han dicho que la salvacion de esa niña consiste en que autorice yo á mi hijo para casarse con ella?

—Lo digo yo que veo más que la ciencia en la enfermedad de mi hija.

—Pues bien, señora, yo tengo no sé si la desgracia ó la fortuna de pertenecer á esa raza de hombres que no creen, que no han creido nunca que nadie se pueda morir de amor, y aunque deploro el triste estado de esa pobre jóven, que no conozco, pero que compadezco de todo corazon, ya comprenderá V., señora, que ni puedo ni debo sacrificar el porvenir de mi hijo uniéndole á una mujer, todo lo bella, todo lo pura, todo lo santa que V. quiera, pero que se halla muy distante del heredero del duque de Monte-escueto. Además, S. M. la reina se ha dignado elegir entre las damas de la corte una jóven, la duquesa del Radio, para esposa de mi hijo Octavio: anoche la reina me indicó que eran sus deseos que este matrimonio se efectuara en el próximo mes de abril. Los deseos de mi soberana son para mí órdenes inapelables: me veo por lo tanto, imposibilitado de acceder á las súplicas de V. que no quiero calificar respetando su dolor.

Las últimas palabras del duque causaron un daño terrible á la actriz.

—Yo quisiera,—añadió Angela conteniéndose,—poder expresar á V. lo que pasa en mi alma, hacerle ver las tétricas sombras que cruzan por mi pensamiento; sé que mi peticion es absurda, ridícula, hasta insolente. ¿Quién es mi hija para aspirar, ni áun en sueños, á ser la esposa del noble heredero del ilustre duque de Monte-escueto?.... ¿Cómo es posible que una pobre muchacha hija de una cómica, se atreva á pretender nada ménos que á llamarse condesa de Valaoz?.... Esto no puede escucharse sin que una carcajada asome á los labios, sin que se tenga por una pretension ridícula..... todo..... todo lo que V. pueda decirme me lo he dicho yo muchas veces de antemano. Pero mi hija ama á Octavio, es su primer amor, le ama, y aunque V. no lo crea, señor duque, mi hija es bastante tonta, bastante simple para morirse de amor, y así como V. no concibe ni puede dar crédito á esa afeccion del alma que mata, tampoco creerá que mi hija ama á Octavio, no porque sea hoy conde de Valaoz y mañana duque de Monte-escueto, no porque pertenece á la primera nobleza de España y es poseedor de una inmensa fortuna, sino porque es Octavio, porque es el hombre que Dios ó la fatalidad ha puesto ante su paso para que se apoderase de su corazon; le amaria aunque fuese un mendigo, moriria por él aunque fuese un criminal repugnante rechazado por la sociedad y perseguido por las leyes.

Y Angela exhalando uno de esos gritos que por ser hijos del alma, sólo con el alma pueden expresarse, añadió:

—¡Ah! dichosa yo si Octavio fuese pobre, dichosa yo si pudiera decirle: «Ama á mi hija y dispon de las economías que su madre ha podido reunir en veinte años de trabajo.» Si V. no comprende esto, tanto peor para V. señor duque.

El anciano aristócrata habia escuchado con estoicismo, con una frialdad impropia de las circunstancias las inspiradas palabras de la actriz.

—Una madre,—añadió Angela,—cuando se trata de salvar á su hija, no retrocede ni ante peligros ni ante obstáculos; tengo en mi abono para escudar en parte lo que V. llamará absurdas pretensiones el amor puro, desinteresado que Octavio siente por mi hija; la ama porque la conoce; sabe que es un ángel que con su amor y su ternura rodearia de felicidad su existencia; pero Octavio, para caer á los piés de María y llamarla su esposa, necesita ántes el consentimiento de su padre y no es posible que el noble duque de Monte-escueto, no es posible que el ilustre anciano que no tiene sobre la tierra más lazos que su hijo, le sentencie á la desesperacion por el resto de sus dias.

—Imposible, imposible,—exclamó el duque á quien aquella escena comenzaba á disgustar.

Angela cayó postrada á los piés del anciano y con los ojos llenos de lágrimas y el acento suplicante, se abrazó á sus rodillas, exclamando:

—¡Oh! no puedo creer, no puedo creer que el corazon de un noble sea tan duro que permanezca empedernido ante las dolorosas súplicas de una madre. Mi hija se muere, señor, mi hija se muere y V. puede salvarla con una palabra; pronuncie V. esa palabra y luégo disponga V. de mí á su antojo, seré su esclava, su manceba, mi cuerpo servirá de alfombra á los piés del duque de Monte-escueto; insultaré al público desde la escena si así me lo manda, me hundiré un puñal en el corazon si me lo ordena; una palabra, una palabra señor duque; no es posible que un padre deje sin consuelo á una madre que ve morir á su hija.

—Imposible, señora, imposible; yo no puedo faltar á mi palabra y jamás daré mi consentimiento para un enlace de esa naturaleza.

—¿Pero no ha oido V., señor, que mi hija se muere?

Angela pronunció esta frase de un modo que el



EL PERRO DESOBEDIENTE, por A. Kaudnitz

PAISAJE, por F. Urgellés

duque se irguió como si hubiese escuchado una amenaza.

—Acabemos, señora; no puedo acceder á sus súplicas.

—¿De modo que mata V. la última esperanza de una madre? ¿que mis súplicas, mi humillacion, todos los ofrecimientos que mi alma ha hecho asomar á mi boca no han logrado conmover ni una sola fibra del corazon del noble duque de Monte-escueto?

—Señora, ruego á V. que termine esta entrevista.

—Sí, va á concluir, señor duque,—añadió Angela enjugándose las lágrimas y fijando en el anciano una de esas miradas que tienen algo de muerte,—la nobleza no existe sólo en los pergaminos ni en los escudos que la vanidad coloca sobre los umbrales de una puerta; yo no he solicitado nunca la amistad del noble conde de Valaoz; él solicitó la mia y buscó persona que le presentara á la actriz, ¡ah! maldita la hora en que yo estreché la mano del noble hijo del duque de Monte-escueto! Yo debí comprender que Octavio era de otra raza que la mia, pero ya es demasiado tarde; hoy mi pobre hija se halla luchando entre la vida y la muerte, víctima de la debilidad de un hijo y de la dureza incomprensible de un padre, pues Octavio es débil y sacrifica su felicidad, temeroso de que V., señor duque, lleve á cabo un juramento inexplicable. Nada espero, sé que es inútil suplicar más, pero óigalo V. bien, señor duque, y reténgalo en la memoria. Yo tengo la profunda conviccion de que V. puede salvar á mi hija y que Octavio puede salvarla tambien demostrando un poco de carácter para rechazar las exigencias de su padre; si mi hija muere, entónces que Dios tenga piedad de todos.

(Continuará)

LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Leyenda

POR DON CECILIO NAVARRO

I

Corria el año XX de la egira, principio de una edad de oro fuera de la cultura antigua, y de otra edad de hierro dentro de nuestra era, que llevaba ya corridos 640 años de gracia.

Continuando la propaganda armada, ó sea la guerra santa iniciada por Mahoma y seguida por Abu-Beker con tanta fortuna como audacia, Omar Almumenin, *la Espada del Profeta* y *la Columna del Coran*, habia enviado á los cuatro vientos sus guerreros, hijos del desierto, los cuales, tan llenos de valor por su fé, como de fe por las promesas de la ley, esperaban conquistar toda la tierra triunfando, ó todo el cielo muriendo por su causa.

Y eran dignos caudillos de tan intrépidos como fanáticos soldados Abu-Obeidah, Kaled, Sahad y Amrú, *el hijo del rayo*, como lo llamaban á gritos los suyos vencedores, el hijo de mil padres, porque no tenia ninguno conocido, como en voz baja lo llamaban los vencidos.

Conquistada en breve tiempo la Siria, en cuya empresa habia hecho poco Amrú para lo que en su afan guerrero deseaba, y queriendo ir sin sujecion á ajenos planes hasta donde su ambicion ó codicia lo llevara, hubo de desplegar un dia de súbito la enroscada sierpe de su ejército camino de Egipto y fué aisladamente á medir sus pocas, pero fuertes armas, con las innúmeras del emperador Heraclio, que extendia su brazo y su opresion hasta la tierra madre del sagrado Nilo.

«Si no has salido aún de Siria, al recibir estas mis letras, no pises, leon del desierto, no pises tierra de Egipto, le escribia Omar entre temeroso y confiado. Pero si la has pisado ya, añadia, sigue adelante, que si Heraclio es Heraclio, Alah es Alah, y yo Omar y tú el leon del desierto.»

Amrú, que ya sospechaba el contexto de las letras del Emir, recibidas dentro de Siria aún, aplazó su lectura hasta pisar tierra de Egipto, y pudo así continuar su marcha sin visos de desobediencia. Y luégo, atravesando con increible rapidez todo el país que media entre el Arrich y Ménfis, muy pronto se halló á la vista de la ciudad codiciada.

Era la ciudad de Alejandro.

Mas bien que el caudillo árabe extremara sus esfuerzos, y bien que no acudiera Heraclio á su puesto de honor militar y político, y que no estuvieran de parte de éste los coftos, que eran media poblacion, no pudo Amrú entrar tan pronto como él quisiera en la ciudad cercada.

Pero lo que está escrito, escrito está, como él decia, sin descansar por eso en su fatalismo; y despues de catorce meses de laborioso y porfiado cerco, lo que habia de ser fué.

Alejandría está ya sujeta á la media luna bajo la cimitarra y bajo el Coran. El árabe Amrú, medio desnudo y descalzo, se asienta bajo el dosel de los cultos y letrados Tolomeos, y turmas y kábilas de bárbaros, descalzos y casi desnudos tambien, pero bien armados, profanan á pié y á caballo el último asilo de las letras griegas.

Con todo eso, la poblacion de Alejandría no está consternada sino á medias. El estado de Egipto, bajo el yugo del imperio, hacia necesario y fatal este hecho histórico. En esta region coexistian, sin fundirse ni confundirse nunca, dos poblaciones diversas y áun contrarias: los griegos y los coftos, los imperiales y los egipcianos, egiptanos ó *gitanos*. A los primeros correspondian de derecho todas las funciones, todos los honores y honorarios oficiales; á los segundos pertenecian de hecho todos los vejámenes, todas las servidumbres, las exacciones todas de la opresion y de la fuerza.

Las ideas religiosas estaban tambien separadas por la misma línea divisoria. Los imperiales eran católicos ó herejes, segun soplaban los vientos de Bizancio; miéntras los coftos, por espíritu de oposicion ó antipatía, eran herejes ó católicos, siguiendo la contraria, en pugna siempre con la creencia oficial ú opinion reinante.

Ni habia que exceptuar al clero, que alto y bajo entraba en esta pugna, no ya siguiendo, sino iniciando el movimiento.

En esta hostilidad, creciente siempre, si los unos habian llegado al extremo de la opresion, los otros habian agotado su paciencia y sólo faltaba ocasion para el rompimiento.

Las armas de Amrú trajeron esta ocasion; y hé aquí porqué atravesó el Egipto sin obstáculo, si bien lo encontró ya á las puertas de la metrópoli, donde las armas de Heraclio mantenian la resistencia con el apoyo de los griegos, teniendo á raya á los coftos.

Desvanecidas las esperanzas de auxilio por parte del imperio, los más comprometidos hubieron de ponerse á buen recaudo huyendo del vencedor; y ahora, siguiendo una oposicion fatal, los griegos que no habian huido estaban pesarosos, miéntras los coftos, que no temian más á Omar que á Heraclio, ni pesarosos ni alegres, estaban casi indiferentes.

Habia hombres en las calles, pero no habia movimiento, ruido, animacion. Y es que los hombres no eran muchos, y griegas y coftas, las mujeres todas con sus niños estaban en sus casas; no en las puertas casi cerradas, sino en las ventanas entreabiertas.

II

Habian pasado algunos dias y era la apacible hora de la siesta.

Amrú no dormia sino de noche, poco y con un ojo no más, por decirlo así; pero consagraba la hora apacible y serena á la plática amistosa, á los asuntos ligeros, dejando los graves ó importantes para ántes ó despues.

Y ahora departia con sus íntimos.

Entre tanto, un anciano de venerable y simpática presencia, calvo, de blanca y larga barba, macerado por la disciplina del estudio y de la virtud tambien, abatido no tanto por el peso de los años como por la pesadumbre de algun grave temor, y descubierto de cabeza, pero cubierto desde los hombros hasta los piés con amplio y negro manto, salia á paso reposado del *Serapion* y enderezaba hácia el *Bruchion*, acompañado, ó mejor dicho, precedido de otros dos ni ancianos ni mozos, pero casi respetables, ménos por sus luengas barbas que por su gravedad rígida y dogmática, y si no casi desnudos, descalzos, sí, de pié y pierna al uso de su país, que no era ciertamente el del primero.

Ni una palabra de ninguno de los tres vino á turbar el silencio de la asombrada ciudad, turbado y áun perturbado á veces por los gritos y relinchos de los hombres y caballos del desierto.

Paso á paso y mudos por su parte, llegaron los tres hombres misteriosos al palacio de los reyes (sin reyes, ni majestad, ni decoro, ni alegría) y dejáronlos pasar, por contraseña entendida, los soldados de la guardia, resollando como tigres, mirando como panteras y sentados los más ó enroscados, por decirlo así, como serpientes.

Y pasaron hasta una gran estancia, donde se detuvo el uno por indicacion de los otros, que áun pasaron más adentro á través de un pabellon de damasco corrido ante una puerta.

Despues de un largo espacio, plegándose otra vez el pabellon entre las manos de muchos, fueron saliendo á la primera estancia hasta diez ó doce hombres.

Uno de ellos se distinguia entre todos. Alto, huesoso, de frente deprimida, de ojos negros y vivos, de nariz aguileña, de pómulos salientes, de barba lampiña, de labios delgados y disyuntos en manera que dejaban ver todos sus dientes, largos, blanquísimos de suyo, pero muy más sobre un fondo tan oscuro, curtido, amojamado, venia á ser un tipo de raza árabe, no pura, como quiera que habia sido engendrado en las entrañas de una mujer, que no seria muy buena, cuando se llamaba en Medina, su patria, á voz de todos, la *Kaba*, ó mujer mala.

Era el caudillo vencedor, medio desnudo como sus soldados, y sin más insignias jerárquicas que lo más abigarrado de la poca tela con que más bien adornaba que cubria su desnudez. La base ó armazon de su turbante era una honda de guerra al rededor de su cabeza; pero en familia, despojábase de la toca y se quedaba solamente con la honda.

Era el leon del desierto..... era Amrú.

Otro se distinguia tambien por su tipo alejandrino y togado; pero todos los rasgos de éste y de los demás se borraban ante los acentuados y salientes del personaje descrito.

Amrú, mirando al anciano, llevó la mano derecha á la boca, luégo á la frente, despues al sétimo cielo ó paraíso (hoy perdido) y le hizo la zalema, especie de cortesía muy más humilde que la reverencia, trasmitida á los moros de España y continuada hasta hoy entre los de Marruecos en el ceremonial de los actos oficiales.

El anciano le devolvió la reverencia simplemente ó sin los otros ademanes, porque no era mahometano.

—¿Quién eres? le preguntó luégo Amrú en su propia lengua, sentándose en un cojin y autorizando para hacer lo mismo á los demás de su séquito.

—Soy el bibliófilo Miguel, contestó modestamente el anciano, en árabe tambien.

—O el amante de libros, terció diciendo en són de comentario una voz bastante flaca.

—¿Cómo no has venido ántes? volvió á preguntar Amrú.

—Porque ántes no me has llamado tú, y sin ser llamado, temí que ante el hombre de guerra, fuera inoportuno el bibliófilo, que es siempre hombre de paz.

—¿Eres tú el de los libros?

—Sí.

—¿Cómo no has entregado los que en mi nombre te pidieron?

—¡Oh! Aunque el más modesto de nuestra corporacion, he asumido íntegra la responsabilidad del gran tesoro que guardo por ausencia de mis colegas, que huyeron con los imperiales para sustraerse al peligro de tus armas vencedoras. Y por mi conciencia y por mi honor, no debo entregar á Juan ni á Pedro bienes del estado sin órden escrita del jefe del estado.

—¿Quién es el jefe del estado?

—Nadie ¡oh vencedor! nadie puede negar que es Amrú en representacion de Omar.

—Alah lo quiso así.

—¡Loado sea Alah! exclamaron á la vez los demás árabes.

—¿Y qué tesoro es ese de que hablabas? preguntó el codicioso Amrú entrando en interés.

—¡Oh! la biblioteca, contestó Miguel con énfasis.

—¿Qué biblioteca?

—*Biblios, liber*, libro, y *theke, repostorium*, alhacena, lugar en que se guarda alguna cosa, saltó diciendo el erudito á quien nadie preguntaba, en griego, en latin y en árabe.

—No, no es eso, Juan, dijo el anciano con desden.

Y luégo, sin dirigirse á nadie, añadió solemnemente:

—Biblioteca es el *Sancta Sanctorum* del templo de la inmortalidad, porque en ella viven los muertos ilustres que nos dejaron escrito su pensamiento: el pensamiento es el alma del hombre y el alma es inmortal.

—¿Y dónde pones la espada del vencedor? preguntó el caudillo.

Hubo una pausa de silencio.

Luégo contestó Miguel:

—En el mismo templo; pero no en el santuario del templo.

—¿Y porqué no?

—Porque en él no cabe más que el libro.

—¿Y porqué no sobre el libro?

—Porque debe estar debajo.

—Si el libro es el Coran, dijeron á la vez Tharik y Hazen, los dos mufties que habian acompañado á Miguel.

—No excluyo el Coran, contestó el anciano.

—Pero en primer lugar, ya que no se excluyan todos ante el libro de los libros.

Miguel movió la cabeza en expresion negativa.

—¡Cómo! exclamaron los ulemas con escándalo. Pues ¿hay, ni puede haber jamás libro superior ni igual al que escribió el Profeta bajo la inspiracion de Gabriel, infalible mensajero de Alah?

Miguel no se atrevió á pronunciar la afirmacion categórica; pero meneó otra vez la cabeza, ahora en expresion afirmativa.

El escándalo subió de punto en todos los islamitas, ménos en Amrú, el cual habiendo sido al principio enemigo de Mahoma y combatido burlescamente su doctrina, no tenia aún convicciones muy profundas en la materia, por más que hubiera abrazado al fin tan santa causa.

—¿Y cuál es ese libro? preguntaron los dos doctores de la ley, siempre á la vez como si fueran uno solo.

Miguel miró tímidamente al vencedor y sorprendiendo en la expresion de su rostro cierta complacencia, aunque vaguísima, incoercible, digámoslo así, como un flúido, se sintió con valor para contestar á la pregunta.

—No es uno solo, dijo.

—¡No es uno solo!

—No, son muchos.

—¡Muchos!

—Sí.

—Y ¿cuáles son, cuáles?

El anciano cerró entónces los ojos y abriendo á la vez la boca, dejó salir por ella, corriente y sonoroso, este raudal divino:

—Sócrates, Platon, Aristóteles, los Sénecas, los Plinios, Tales, Solon, Bias, Pítaco, Cleobulo, Periandro, Aulo Gelio, Quintiliano, Longino, Quinto Curcio, Demóstenes, Tulio, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Salustio, Livio, Tácito; y Homero, Virgilio, Píndaro, Horacio, Sófocles, Eurípides, Aristófano, Menandro, Plauto, Terencio, Esopo....

Ni hubiera concluido tan pronto esta sarta de perlas, que trazas llevaba de ser todo un índice, á no haberla cortado, llenos de santa indignacion, los dos muftíes, los cuales tras mil protestas y abrenuncios, se levantaron diciendo:

—Con llevar nombre cristiano, ni siquiera pone en su boca, lecho de ese impuro rio de paganismo, á Moisés ni á Jesús, profetas, como el divino Mahoma, aunque inferiores.

—No puedo hablar de religion con vosotros.

—Pero tú ¿qué eres?

—Bibliófilo, contestó Miguel evasivamente.

—¡Es un blasfemo!

—¡Un renegado!

—¡Todo el fuego del infierno sobre él!

—¡Sobre él la maldicion de Eblis apedreado!

Y esto diciendo y sin hacer cosa de zalema ni al mismo Amrú, se salieron de la estancia, llenos de santa indignacion.

Medió un largo espacio de pavoroso silencio, durante el cual pudo observar Miguel que habia desaparecido del rostro del caudillo la complacencia, el flúido de complacencia que ántes lo bañara.

Y temió.

Pero álguien temia más que él y áun temblaba: Juan el gramático.

Luégo dijo Amrú:

—¿Sabes, griego, que has puesto en peligro tu vida?

—¡Oh, ilustre vencedor, digno representante de Omar! exclamó Miguel con imperceptible ironía. Me entrego á tu generosidad y clemencia.

—¿No sabes que no hay más Dios que Alah y que Mahoma es su profeta?

Miguel se tranquilizó. *(Continuará)*



PEQUEÑA MENDIGA, estatua en yeso por Felice Villani

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Se tienen ya detalles definitivos y fidedignos de la matanza del doctor Creveaux y sus compañeros por los indios tobas, durante la exploracion del rio Pilcomayo y sus afluentes emprendida por el animoso doctor.

Este salió de la mision de San Francisco á las 9 de la mañana del 19 de abril, dando principio á su navegacion por dicho rio. Aquel mismo dia llegaba á Irua, donde tuvo su primer encuentro con los indios á los cuales hizo algunos regalos. La mision continuó el dia 20 su viaje, y tomó un indígena llamado Calluis para que le sirviera de guia hasta Teyo, en cuyo punto los indios se presentaron ya en mayor número, siendo casi todos tobas y chiriguanos. Recibieron á los viajeros con amistosas demostraciones y se brindaron á acompañarlos hasta Caballo-Repoli.

Aquí empieza á mostrarse, con todas sus fatales consecuencias, la malhadada confianza del doctor Creveaux. Miéntras él y sus compañeros descansaban, los indios se confabularon y resolvieron matar á los viajeros. Avisado el doctor Creveaux de esta determinacion por el indio que le habia servido de guía hasta Teyo, no quiso dar crédito á sus palabras, contentándose con responder que habia ido allí con buenas intenciones y que los tobas no podian atentar contra su vida, puesto que sólo les habia hecho bien.

Los tobas aplazaron la ejecucion de su proyecto y acompañaron á los confiados viajeros hasta Caballo Repoli, con grandes protestas de amistad, y cuando la mision llegó allí en sus lanchas encontró un crecido número de salvajes reunidos al parecer en aquel punto con objeto de festejar á los exploradores. El doctor Creveaux saltó á tierra á instancias de los indios, y como éstos le rogasen que dejase sus armas en las embarcaciones so pretexto de que ellos estaban desarmados, el desgraciado doctor mandó á sus compañeros que pasasen á la orilla sin sus fusiles.

Apénas estuvieron en tierra, los exploradores se vieron rodeados de salvajes que les ofrecian víveres con vivas muestras de alegría. Cuando los viajeros se preparaban á comerlos, muy satisfechos de las buenas disposiciones de los indios, cayeron éstos furiosamente sobre ellos y los asesinaron á todos. Terminada la matanza, los salvajes corrieron á asaltar las lanchas, haciendo prisionero en ellas á un misionero llamado Ceballos, así como el cocinero. El prefecto de Tarija ha anunciado posteriormente que Ceballos ha sido restituido á su convento.

Actualmente no queda en poder de los indios más que un tal Blanco, argentino, aprisionado tambien por los indios cuando se apoderaron de las embarcaciones; Romero Rodriguez, boliviano, y Ernesto Hansat, marino francés, que formaban tambien parte de la expedicion, lograron huir en el momento de la matanza, y emprendieron la direccion Norte, hasta Ituyuro. Los indios los persiguieron sin resultado, y casi se tiene la certeza de que han conseguido salvarse. Un indio *lenguaraz*, ó intérprete que acompañaba á la mision, ha podido asimismo librarse de la muerte.

El gobierno argentino ha enviado una expedicion en busca de los restos de las víctimas. El periódico *El Trabajo*, de Tarija, indica con exactitud el sitio de la matanza. Teyo forma parte de un pequeño territorio perteneciente á la tribu de los tobas y situado en la orilla izquierda del Pilcomayo, á los 22°23′ latitud Sur y 63°20′ longitud Oeste de Paris.

***

El rey de Italia ha firmado el decreto en el que consigna la poblacion de derecho de la monarquía italiana, con arreglo á los resultados del censo del 31 de diciembre de 1881. La poblacion de derecho, que comprende los individuos ausentes, asciende á 28.952,512. La de hecho es de 28.459,711.

CRONICA CIENTIFICA

LA INMORTALIDAD DEL SOL

III Y ÚLTIMO

La primera parte del problema quedaba resuelta en nuestro artículo precedente. El sol navega por el espacio, decíamos, y el espacio es piélago infinito generosamente abastecido de hidrógeno, oxígeno y carbono, ya libres, ya formando vapor de agua, hidro-carburos ú óxidos de carbono; de suerte, que es, ni más ni ménos, que si una locomotora viajase por desmontes de carbon de piedra. ¿Se acaba el combustible? pues al paso se encuentra y el fuego del hogar es inagotable.

Así el sol va tomando de las regiones estelares las materias necesarias para alimentar su calor y su luz, y como el espacio es infinito y por todo él se extiende esa sutil atmósfera, resulta con toda evidencia que jamás puede faltarle provision, ni se apagará nunca, ni nunca la noche envolverá con su negro manto el luminoso globo.

Pero nos falta un punto que tratar, y una parte del problema que resolver.

La materia para la combustion existe, todo el espacio está lleno; pero ¿cómo se recoge? ¿cómo se lleva á la superficie solar? ¿cómo de ella se arrojan los productos de la combustion para que la masa solar no aumente, ni se turbe el concierto planetario?

En una palabra; tenemos medios de alimentacion, pero ¿cuál es el régimen de esta alimentacion? ¿qué fuerzas, qué séres, qué benéficas potencias se encargan del trasporte, estimulan la combustion y arrojan los sobrantes, lo que pudiéramos llamar el humo solar?

Esto en el ejemplo de la locomotora, que há poco indicamos, es por todo extremo fácil.

¿Se necesita combustible? pues la locomotora se detiene: bajan el maquinista y el fogonero, se acercan con picos y palas á una de las laderas del desmonte, arrancan unos cuantos pedazos de carbon, vuelven con ellos, los arrojan en el hogar y la locomotora sigue, y por la chimenea se va el humo á la atmósfera. Y adelante por el desmonte hasta que falte más carbon, que el almacen no se agota ni se acaba el oxígeno del aire.

Pero ¿cuál es el maquinista del sol? ¿qué picos se clavan en la sutil atmósfera de los espacios planetarios? ¿cómo se trasportan los bloques gaseosos de las masas celestes al mar de fuego del rojizo astro? ¿dónde está la gigantesca chimenea del inmenso hogar? ¿por dónde va el negro penacho?

Pues allí está todo lo que echamos de ménos, segun el insigne físico, autor de la nueva teoría: el invisible maquinista, las sutiles herramientas, los bloques de combustible, el trasporte de sus masas, la fantástica chimenea, y el humo que sale á borbotones. Sólo que las cosas suceden en la naturaleza, en el fondo de los fenómenos, siempre del mismo modo, por muy diversas maneras, segun las circunstancias, y nosotros, pobres séres, esclavos de la rutina, desconocemos la unidad admirable de las leyes, cuando cambian sus apariencias y sus formas. Creemos que sólo se puede llevar un objeto de una parte á otra asiéndolo con manos humanas; que no pueden desmontarse montañas sin palas, picos y dinamita; que no hay sensibilidad sin filetes nerviosos, ni pensamiento sin cerebro. ¿Qué sabemos de todo esto? ¿ni á qué aventuramos negaciones absolutas por experiencias contingentes?

Pero volvamos á nuestro objeto, es decir, á la inmortalidad de nuestro sol.

Su masa colosal es como un iman esférico y atrae cuanto á su alrededor se extiende, lo mismo las masas de los planetas, que esos átomos de oxígeno, de hidrógeno y de carbono que llenan el espacio: tendremos, pues, constantemente, precipitándose hácia toda la redondez del astro los mencionados gases. Y hé aquí cómo se verifica el trasporte del combustible al hogar: la atraccion del sol es la potencia que realiza esta primera parte de la faena, como su calor radiante, segun explicábamos en nuestro precedente artículo, fué el que descompuso en los espacios planetarios el vapor de agua, los hidro-carburos y los óxidos de carbono. Si la comparacion en que venimos apoyándonos sirviera, diríamos aún, que el calor radiante del sol, el que ántes se creia perdido para siempre en la inmensidad, es el que separa y destaca de la masa gaseosa los elementos de la combustion, el oxígeno, el carbono y el hidrógeno, como la palanca de hierro y la pala del maquinista arrancaron del fantástico desmonte, verdadera mina al descubierto, los bloques del carbon.

Y ya tenemos realizadas las dos primeras operaciones.

1.ª Extraccion y preparacion de los materiales por medio del calor radiante, el cual verifica en el espacio un trabajo prévio de disociacion, sin contar con que podrán utilizarse con los elementos disociados todo el hidrógeno, todo el carbono y todo el oxígeno que ya existieran préviamente en estado de libertad, como del desmonte podrian recogerse los bloques ya desprendidos.

2.ª Trasporte al sol de los tres elementos mencionados, ora sean productos de la disociacion, ora existiesen de antemano libres; trasporte verificado, decimos, por la fuerza atractiva de la masa solar, en forma de corrientes que van de lo exterior hácia la superficie del astro y se condensan sobre todas las regiones de su redondez.

Ya tenemos formando parte de la atmósfera solar al oxígeno, al hidrógeno y al carbono; pero la presion es enorme, y si libres llegaron al sol los átomos de estos tres cuerpos, las condiciones de su equilibrio químico serán esencialmente distintas de aquellas en que se hallaban en el espacio interestelar. Cuando la presion es débil la disociacion es fácil; presiones enormes aproximan por el contrario unas sustancias á otras y favorecen, dicho sea en términos generales, su combinacion. Sin

penetrar en este problema, que es más complejo de lo que parece, podemos por hoy decir, que aproximando el sol, al llamar hácia sí á los tres cuerpos mencionados, unos átomos á otros, provoca su combinacion, y que al fin resultarán vapor de agua, al combinarse el oxígeno con el hidrógeno; hidro-carburos diversos al unirse el hidrógeno con el carbono, y carbono más ó ménos oxigenado por la reunion de estos dos cuerpos.

Y ahora refresquemos nuestras memorias, y repitamos lo dicho en nuestros precedentes artículos. Un cuerpo que se eleva á lo alto de una torre, y que allí espera momento oportuno para caer, es una *energía potencial, un trabajo motor almacenado*, y al descender desde su altura, *devolverá* todo el trabajo que hubo de consumirse en su elevacion. Pues de igual suerte cada átomo de oxígeno y cada átomo de hidrógeno que el calor radiante separó en el espacio, al disociar los elementos del vapor de agua, son como la tierra y el peso separados por toda la altura de la torre, y cada par de átomos, los de hidrógeno y carbono, los de oxígeno é hidrógeno, los de carbono y oxígeno, con su distancia intermedia, torre invisible que los separa, constituyen un enorme depósito de energías latentes. Al sol llegan, con su atmósfera se confunden, la enorme presion solar reciben, y al fin se precipitan unos sobre otros dichos átomos, devolviendo al sol en el calor desarrollado por sus múltiples choques, otro tanto del que las radiaciones solares emplearon en disociarlos; calor que creimos perdido, y que por este admirable mecanismo vuelve á la masa solar y conserva en ella la luz, el calor y la fuerza.

Y ya tenemos resuelta otra parte del problema: la combustion dentro del astro de los elementos que vinieron á conservar su energía y á reparar sus pérdidas; mejor dicho, la combinacion de tales elementos dos á dos, porque volverán á formarse vapor de agua, hidro-carburos y óxido de carbono, y la compensacion entre



LA MADEJA SE ENREDA, copia de un cuadro de A. Moradei

la energía solar que los rayos del astro se llevaron, y la que vuelve á la enorme masa bajo forma de energía química potencial, será perfecta y acabada.

Nos queda, para recorrer todos los términos del problema, el último y el más difícil y ménos estudiado á nuestro juicio.

¿Cómo el sol, para conservar invariable su masa, é invariable tambien el equilibrio del sistema planetario, expulsa los residuos de todas las combinaciones indicadas, residuos que llamamos, por darles algun nombre gráfico, *el humo solar?*

Segun M. Siemens, por virtud de su rápido movimiento de rotacion y de la fuerza centrífuga que resulta: veamos cómo.

La cantidad relativa de átomos de oxígeno, hidrógeno y carbono que se acumulen en los dos polos del sol, debe ser, segun la nueva teoría, superior, muy superior á la que se condense en el ecuador solar; porque en éste la fuerza atractiva está contrabalanceada por la fuerza centrífuga que es considerable, al paso que esta última en las regiones polares ó es nula ó es mínima. Pero el equilibrio atmosférico del sol no puede subsistir con semejante distribucion de la nueva materia, de donde resulta que el exceso de gases de ambos polos bajará por toda la superficie solar hácia la zona del ecuador, en la que, recogido por la fuerza centrífuga, será expulsado del astro, volviendo á los espacios interplanetarios. En resúmen; el sol hace oficios de un enorme ventilador: recoge atmósfera planetaria por ambos polos como por dos tubos de succion, y la arroja por la línea ecuatorial despues de haber recogido toda la energía que en potencia trajeron los átomos disociados, es decir, libres de oxígeno, hidrógeno y carbono. Excusando críticas y omitiendo objeciones, resumamos todo el ciclo del fenómeno.

1.° El calor solar irradia todo alrededor del astro y parece perdido para siempre en las profundidades de lo infinito; pero los hidro-carburos, el vapor de agua, el óxido de carbono, etc., de los espacios planetarios, detienen estas radiaciones y transforman su vibracion, ó sea su fuerza viva, que es luz y calor, en energía potencial, descomponiendo aquellas sustancias.

2.° La masa del gigantesco astro absorbe los cuerpos disociados, principalmente por las regiones polares, los condensa, los oprime, los somete á enormes presiones y provoca su combinacion. De esta combinacion resulta un desprendimiento de calor, y en él encuentra su elemento de vida la energía solar.

3.° La fuerza centrífuga del ecuador llama á sí el exceso de atmósfera de los polos y expulsa los productos de la combustion. Eran vapor de agua, hidro-carburos, óxidos de carbono en el espacio: la radiacion solar consumiendo su calor los convirtió en oxígeno, carbono, hidrógeno, elementos libres: en el sol, cuando á él llegaron, volvieron á sus primitivas combinaciones, devolviendo la energía empleada en descomponerlos; y bajo su primitiva forma, como vapor de agua, como hidro-carburos, como óxidos de carbono, volverán á la atmósfera planetaria.

El ciclo queda cerrado, vuelven las cosas á su estado primitivo, el sol ha conservado su calor, y su inmortalidad está asegurada, porque la compensacion entre sus pérdidas y sus ganancias es perfecta y matemática.

No tan perfecta ni tan matemática, sin embargo, como pudiera creerse; pero aquí debemos terminar y es imposible que entremos en nuevas explicaciones, pues no las consentiria la índole de este artículo. Contentémonos con haber prolongado por muchos miles de siglos la vida del soberano astro, y limitemos la sed inextinguible de lo eterno y de lo absoluto que nos devora, á las condiciones que la realidad impone á cuanto existe en esta nuestra vida humana.

JOSÉ ECHEGARAY

IMP. DE MONTANER Y SIMON



EMPEÑO DE HONRA, (CUADRO DE MATÍAS SCHMID)



AÑO I — BARCELONA 24 DE SETIEMBRE DE 1882 — NÚM. 39

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BUENAS NOCHES! dibujo de J. R. Wehle

ADVERTENCIA

Con el próximo número recibirán nuestros abonados, como lámina suelta, un magnífico grabado, reproduccion de un cuadro titulado *Botin de guerra*, original del estudioso pintor D. Enrique Serra, y cuyo asunto y ejecucion merecerán, como esperamos, el beneplácito de las personas inteligentes.

A esta lámina seguirán próximamente otras de varios artistas españoles, entre ellas *El último bríndis*, de Leopoldo Roca, *La Favorita*, de Masriera, una *Cabeza de estudio*, de Pradilla, y otras no ménos notables.

SUMARIO

La semana en el cartel, por J. R. y R.—Nuestros grabados.—El martirio de la gloria *Novela de telon adentro. (Continuacion)*, por D. Enrique Perez Escrich.—La biblioteca de Alejandría, *(Continuacion)*, por D. Cecilio Navarro.—Praxiteles segun el Hermes de Olimpia por D. Luis Carreras.

Grabados.—¡Buenas noches! dibujo de J. R. Wehle.—Cuarteto, cuadro de Anselmo Feuerbach.—Safo, copia de un cuadro de E. Kanoldt.—Hermes con el niño Dionisio.—Busto del Hermes de Olimpia.—Guerrero circasiano, por Fortuny.—Lámina suelta.—Las ruinas de Atenas, por A. Regier.

LA SEMANA EN EL CARTEL

Pobre, más que pobre, estéril ha sido la presente semana para la escena española: una obra nueva anunciada en Madrid ha debido aplazarse por una repentina indisposicion del actor Sr. Zamacois. En provincias nada, ni un mal sainete. Esperemos á la semana próxima, quizás lograremos mejor fortuna que en la presente.

Excelsior es un baile del italiano Manzotti, que despues de recorrer poco ménos que triunfalmente los principales escenarios de aquella península, ha acabado por atravesar las fronteras: actualmente se aplaude en Trieste, y se está montando en Paris. Califícanlo los críticos de baile histórico y filosófico, y por pretencioso que parezca semejante calificativo tratándose de un baile, ello es que el autor, valiéndose de las piernas de los danzantes y del aparato escénico, propónese representar y representa á gusto del público la lucha del progreso con la reaccion y de la civilizacion con la barbarie, de suerte que las más notables creaciones de la cultura material de estos dos últimos siglos hállanse representadas en *Excelsior*, coreográficamente.

En el *Manzoni* de Milan hánse estrenado estos últimos dias dos obras nuevas, la una, *I Moasca*, de Alberto Anselmi, es una enojosa y soporífera leyenda de la Edad media, desprovista por completo de interés dramático. En cambio, la otra de P. Fulco, titulada *Quel che non siamo*, es una oportuna comedia destinada á ridiculizar ese afan que se entra en muchas familias del dia, de estirar la pierna más de lo que permiten las sábanas, y seria en verdad una obra excelente, á tener los dos últimos actos á la altura de los primeros.

Ha hecho su aparicion en el *Toole's Theatre* de Lóndres la actriz americana Miss Fanny Davenport con una traduccion del drama francés *Diana de Lys*. El público londonense guardaba el mejor recuerdo de Aimée Desclée, inteligente intérprete de esta misma obra; pero la actriz *yankee* en nada le ha cedido, haciendo de la protagonista una creacion completamente distinta.

La Patti ántes de dirigirse á América ha tomado parte en un concierto de beneficencia á beneficio del hospital de Swansea (Escocia) que ha reportado la no despreciable suma de 4,000 duros limpios de polvo y paja. ¡Cuántas lágrimas pueden enjugarse con las notas de una divina garganta!

Planquette, el afortunado autor de *Les cloches de Corneville*, obra popularizada en España con el título de *Las campanas de Carrion*, se encuentra en Lóndres con objeto de dirigir personalmente el estreno de su nueva obra *Rip Vom Winkle*, que será puesta en el *Comedy Theatre*. Ya no se contenta Francia con exportar sus obras, sino que de algun tiempo á esta parte exporta tambien á sus autores.

En Ostende se ha dado un notable concierto por una jóven cantante de gran porvenir, Janina de Zaremska, con el concurso de artistas tan aventajados como el famoso Wieniawski, Jeno Hubay y Edmundo Jacobs. Con esta solemnidad ha tenido fin la temporada de aquella favorecida estacion balnearia.

Le monde où l'on s'ennuie, preciosa comedia de Pailleron, ha franqueado las fronteras de Alemania, siendo acogida con extraordinario aplauso en el *Teatro Wallner* de Berlin.

Han abierto ya sus puertas algunos coliseos de San Petersburgo, llevando la iniciativa el *Teatro Ruso*, con el estreno de un drama diplomático titulado *El negocio*, triste pintura de las costumbres cancillerescas, con su correspondiente salsa de triquiñuelas y corrupciones. Aunque el autor ha tenido buen cuidado en atribuir á otra época algo distante la accion de su obra, el público reconoce en ella incidentes y áun personajes de los tiempos actuales. No deja de ser algo atrevido tal empeño en un país como el de los Czares y de los nihilistas.

Enrique Becque es un escritor francés de indisputable mérito: conocido por algunas producciones que vieron la luz en los teatros de la *Puerta San Martin*, del *Vaudeville* y del *Gimnasio*, eslo de hoy más en mayor grado, por su último drama *Les Corbeaux* (Los cuervos) estrenado en la *Comedia francesa*. Los cuervos son esos séres humanos de rapiña que se arrojan sobre una familia desolada al perder el jefe que la sostenia, sumiéndola en la miseria y en la deshonra. El drama de Becque, ya ántes de representarse habia excitado grandemente el interés del público: se sabia que algunos teatros lo habian rechazado temerosos de ponerlo: se hablaba además de que durante el curso de los ensayos habian surgido frecuentes diferencias entre el autor y el director de escena, acerca de la crudeza de algunas situaciones y el atrevimiento de ciertas frases. La obra por fin se ha representado y el publico áun no ha salido de su asombro. Trátase de un drama realista; pero realista sin entrañas, escrito con indudable talento y saturado de exquisita observacion; pero lúgubre, antipático y desalmado. Los *cuervos* que se arrojan sobre la familia Vigneron, el notario, el consocio del difunto, la futura suegra de una de las hijas de éste, son tipos exagerada, redomadamente malos; no lo son tan sólo por sus perversos instintos; lo son por sus modales, por su lenguaje, por el inútil cinismo de que hacen gala. El mismo desenlace, que consiste en un casamiento de conveniencia de una de las hijas de Vigneron, con un vejete lúbrico, principal autor de la ruina de la familia de aquella, no sin que ántes la haya solicitado por querida, deja el corazon helado.

¡Ah! No es este el realismo que ha de formar escuela. La verdad no está reñida con la belleza y á expensas de la belleza vive el arte verdadero.

Una noticia para terminar.

Acaba de fallecer en Baltimore una religiosa que llevaba el nombre de Sor Inés Gubert. Rubinstein la habia oido cantar y no hablaba de ella sino con entusiasmo. Segun el gran concertista, era la voz de esta mujer la más maravillosa que se haya oido en el presente siglo.

El empresario Strakosch, el descubridor de la Patti y de la Donadio, llegó á ofrecer á Inés Gubert la suma de 250,000 francos por una jira de conciertos que habia de durar sólo seis semanas; la cantante inédita renunció á la celebridad y á la fortuna, yendo á sepultar su tesoro, á la edad de veinte años, en el claustro de Georgetown, donde ha fallecido.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

¡BUENAS NOCHES! dibujo de J. R. Wehle

Las horas que trascurren placenteras son escasas, y al parecer más breves que las demás horas. En los coloquios entre enamorados apénas deben ser de treinta minutos. No más largas han de haberles parecido á esos interesantes jóvenes que envueltos entre las sombras de la noche, han paseado sus esperanzas á bordo de una frágil barquilla. Mucho nos tememos que el cargamento naufrague. El misterio con que se retira la tórtola, el cuidado que pone en ahogar el rumor de sus pasos, la ausencia de toda persona respetable que se interponga entre el deseo y la ocasion, son indicio vehemente, casi pruebas terminantes, de que la inconsiderada pasion, mucho más que el deber, determina la conducta de esos amantes. ¡Ay si la barca zozobra! La más negra oscuridad de la noche no será bastante para que uno á otro se escondan la vergüenza y el remordimiento impresos en su semblante.

Esta cita clandestina, esta escapatoria de la niña mal guardada, forma el asunto del precioso cuadro que hoy reproducimos. El conjunto es agradable; los detalles están ejecutados con tanta verdad como buen gusto. Las figuras son expresivas en sumo grado y el todo produce una impresion singular que nos inclina á perdonar ó más bien á compadecer á esos jóvenes que, tal vez sin apercibirse de ello, se han colocado en una pendiente donde no es fácil que se detengan cuando quieran.—Hasta mañana.....—parecen decir. Casi casi deseamos que ese mañana se aplace hasta tanto que la imprudencia haya cedido su preponderancia á la reflexion.

CUARTETO, cuadro de Anselmo Feuerbach

La idea que preside á esta composicion es por todo extremo sobria y sencilla: el artista ha simbolizado en ella la inspiracion musical, esos acordes celestiales que trasportan nuestro ánimo á regiones soñadas y que son como un presagio de la inmortalidad. ¡Cuán bien traducen en su expresion y en sus actitudes esos sentimientos las cuatro figuras! La abstraccion que revela el semblante de las primeras y el recogimiento retratado en las dos restantes sintetizan admirablemente un verdadero poema musical.

En cuanto á los instrumentos y á los trajes de las lindas concertistas, nos recuerdan los celebrados tiempos del *cinquecento* y la hermosa señora del Adriático.

El cuadro de Anselmo Feuerbach presenta en su conjunto las condiciones del género decorativo, al que pertenece esta obra.

SAFO, copia de un cuadro de E. Kanoldt

La historia, y sobre todo la triste muerte de la infortunada poetisa griega, han sido fuente de inspiracion para distintos artistas. Con efecto, prescindiendo de que algunos biógrafos nos dicen que la amante de Faon no tenia que agradecer gran cosa á la diosa de la hermosura, el tipo de Safo es altamente interesante para todo artista que conozca la antigüedad helénica. Poetisa de primera fuerza, coronada en distintas ocasiones con el laurel conquistado en los olímpicos juegos, naturaleza apasionada hasta el mismo delirio, correspondida momentáneamente por un hombre á quien adora, remontando unas veces su vuelo hasta el empíreo y cayendo otras veces en el fango de infames amores, abandonada por quien no supo comprenderla, fanatizada por los interesados en su pérdida, maldita de los mismos que la elevaron con sus aplausos al pináculo de la gloria; se decide á buscar en el fondo de los mares procelosos la paz de su alma horriblemente torturada por las divinidades infernales. Empuña la lira de oro, la única compañera que áun obedece su voluntad; trepa á la famosa roca de Léucade, al pié de la cual se estrellan las olas bravas del mar Jónico; entona su último canto, el canto que han imitado, interpretado ó inventado tantos poetas, y se lanza al abismo que ahoga las malhadadas pasiones de la célebre griega.

El cuadro de Kanoldt es imponente; todo en él parece rugir á un tiempo, el mar, el cielo, la tierra. Hasta la figura de Safo, con ser de escasa importancia para tan grandiosa composicion, responde perfectamente al estado de la protagonista y de la naturaleza que la rodea.

GUERRERO CIRCASIANO, por Fortuny

Tienen las obras de este insigne artista un sello especial que permite sean reconocidas á simple vista, áun por los ménos inteligentes en pintura. Y aunque sean sólo simples apuntes, bocetos, ó estudios sobre cualquier tema, los rasgos especiales con que están trazados, la soltura, la facilidad, el atrevimiento si se quiere, revelan á las claras que son producto de aquel genio. Sólo así se concibe que, dibujos que pasarian por incorrectos á firmarlos otro nombre, se elogien y celebren cuando llevan el de Fortuny; que este es el singular privilegio de que goza el talento de artistas tales como el pintor español.

El tipo de guerrero circasiano que hoy reproducimos, es uno de los estudios en los que se revelan las cualidades de observacion y facilidad que poseia su autor.

LAS RUINAS DE ATENAS, cuadro de A. Regier

Grandiosa perspectiva la que ofrecen esos monumentos destrozados que ilumina el esplendoroso disco del sol! Allá en lo alto, en la soberbia Acrópolis, los restos del Partenon, sus columnas de pentélico mármol sosteniendo el roto arquitrabe y destacando sobre el cielo puro y radioso del Atica; en la llanura y en primer término, las ruinas del templo de Júpiter Olímpico, fustes mutilados, capiteles de delicadísima labor entre los que brotan las plantas trepadoras. Y este conjunto majestuoso y poético engrandecido por una perspectiva encantadora, por la luz matinal que presta sus tintes rosáceos al mármol y su azul desmayado al cielo. No podia trasladarse al lienzo con mayor delicadeza el sentimiento que causan las ruinas. El glorioso recuerdo de la civilizacion griega, las hermosas obras del arte helénico lucen como el disco que aquí las ilumina; pero brillan con fulgor nunca extinguido en los cielos del arte, ni en los horizontes de la historia.

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

Novela de telon adentro

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

Y Angela revolviéndose con la majestad de una reina ofendida, salió del gabinete sin saludar al noble duque de Monte-escueto.

El anciano permaneció un momento indeciso.

Aquella amenaza habia levantado un eco en su pecho, conmovido su corazon, pero de pronto recobrando la serenidad soltó una carcajada y dijo:

—¡Bah! esto es una escena teatral y nada más; fingen admirablemente estas mujeres.

Y despues de esto se encaminó tranquilamente al comedor.

CAPITULO VI

LA ÚLTIMA ESPERANZA

La infeliz madre llegó á su casa con el corazon hecho pedazos; su pena, su sufrimiento eran más grandes porque se veia precisada á disimular delante de su hija.

Nada podia esperarse del orgullo del duque de Monte-escueto. ¿Qué camino le quedaba á Angela para intentar la salvacion de su hija? Escribir á Octavio todo lo ocurrido, el conde era jóven y la juventud obedece más á los impulsos generosos que al frio cálculo.

La actriz le escribió una carta detenida, detallándole la escena que habia tenido lugar entre ella y el duque, y despues terminaba su larga epístola con el siguiente párrafo:

«Sí, amigo mio, nada podemos esperar del duque de Monte-escueto y mi hija se muere.

»¡Qué dolor tan grande para una madre!

»Si V. viniera, si V. la reanimara con su presencia, con sus promesas, aunque no se realizaran nunca..... en fin, yo estoy loca..... soy una madre egoista que lo sacrifica todo por salvar á su hija..... perdóneme V. y compadézcame, porque si mi hija muere,

me dice el corazon que yo moriré tambien. ¿Para qué quiero vivir si ella me falta?»

Angela, despues de un dia tan terrible en que tan rudas batallas habia mantenido, en que tantas lágrimas habia derramado, tuvo que ir al teatro *á hacer la comedia*, á escuchar las impertinencias de sus admiradores, á fingir la sonrisa en los labios cuando se lleva la muerte en el alma.

La actriz no puede encerrarse con su dolor durante las horas que el público la reclama, que pertenece á los espectadores.

Angela codiciaba la oscuridad, el silencio, y se veia obligada á vivir en medio de la luz y el ruido.

Por aquel tiempo, uno de los poetas más notables de Madrid terminó una obra dramática de la que se venia ocupando ventajosamente la prensa.

La lectura de esta obra fué un acontecimiento literario. La empresa reunió á toda la compañía y el autor á una docena de amigos, la mayor parte de ellos notabilidades literarias y académicos de la lengua.

Se leyó el drama en el clásico saloncillo del Teatro Español; aquel saloncillo, templo del arte, que tantas eminencias han pisado, en donde el ingenio, la gracia y el talento tuvieron por espacio de mucho tiempo su nido predilecto.

Angela no podia faltar á la lectura, puesto que la obra era de *dama*, como se dice en el lenguaje de bastidores para designar la importancia del protagonista.

El autor era un gran maestro en los efectos teatrales; figuraba en primera línea entre los poetas dramáticos y tenia reconocida habilidad para sacar partido de los actores escribiéndoles *para ellos*.

El papel destinado á Angela, es decir, de la protagonista de la obra, habia procurado reunir todos los recursos artísticos que poseia la gran actriz; era una de esas creaciones que se destacan del fondo de la obra, era un papel lleno de efectos dramáticos, de color, de animacion, de vida, lo que se llama un aria coreada. Escenas de incomparable ternura, situaciones dramáticas, rasgos de gracia, de coquetería, de abandono, gritos de dolor, todo ese claro oscuro que formaba la base de la gran reputacion artística de Angela.

Siempre que el papel de la *dama* salia á escena, la accion dramática recobraba una gran animacion y los que oian la lectura no podian ménos de decirse por lo bajo:

—¡Cómo estará Angela en ese papel!

Angela escuchaba la lectura del drama escrito expresamente para ella aprobando con un ligero movimiento de cabeza, pero sin pronunciar ni una sola palabra.

En otro tiempo, aquel papel la hubiera enloquecido de alegría, pero la pobre actriz habia cambiado mucho, y además, ¿qué podia importarle una obra de repertorio, cuando estaba firmemente resuelta á retirarse del teatro si su hija moria?

Cuando el actor vive del arte y por el arte, añadir un título á su repertorio lo considera de alta importancia, porque el repertorio es la piedra angular sobre la cual descansa el edificio de su reputacion, pero la pobre Angela habia perdido el entusiasmo, trabajaba como trabaja una máquina sin voluntad propia, sin entusiasmo y por no dejar á la empresa sin su primera *dama* al principio de la temporada, puesto que comenzaba el mes de diciembre.

Cuando el poeta concluyó la lectura del último verso de su drama, un grito de entusiasmo, de aprobacion universal resonó en derredor suyo.

Comenzaron los abrazos, los parabienes, las enhorabuenas anticipadas. El empresario loco de alegría y viéndolo todo bajo el halagüeño prisma de la ganancia, se frotaba las manos pensando que aquella obra le llenaria dos meses el teatro, tiempo suficiente para preparar con calma otro par de dramas.

El autor, á pesar de la explosion de entusiasmo que á los oyentes habia producido su obra, como era hombre muy práctico *en el oficio*, oia con cierta reserva los augurios, vaticinios y cálculos fabulosos de sus admiradores y miéntras les daba las gracias recurriendo al repertorio de sus más encantadoras sonrisas, se decia para su capote:

—Despues de todo, lo que importa es que la noche que se estrene mi obra traigan *los morenos buen vino*.

Sabido es que *los morenos* son los espectadores que acuden la noche del estreno y deciden el éxito de la obra.

Cuando el autor se vió un poco desahogado de los que le rodeaban para felicitarle, se dirigió hácia donde estaba la primera actriz y la dijo:

—Vamos á ver, Angela, ¿está V. contenta con su papel?

—Si yo fuera escritora de talento á la vez que primera actriz no podria escribirme un papel más á mi gusto. Es un *traje* que me está perfectamente, *me ha tomado V. bien la medida*,

—Sin embargo, Angela, permítame V. que la diga valiéndome de los derechos que me concede nuestra antigua y buena amistad, que de todas mis obras esta es la que V. ha escuchado con más indiferencia. En otras lecturas V. siempre al terminar solia decirme de un modo inimitable: «Permítanme Vds. que en testimonio de agradecimiento le dé un abrazo á mi autor por el papel que me ha escrito;» yo esperaba hoy ese abrazo á que V. me tiene tan mal acostumbrado y el abrazo no ha venido.

Angela se sonrió dulcemente y abrazó al autor diciéndole en voz baja:

—¡Ay, amigo mio, cómo cambian los tiempos!.... ¡mi pobre hija se muere!....

Y Angela enjugándose las lágrimas, añadió:

—En fin, ya procuraré llegar á la altura del hermoso y simpático papel que V. ha tenido la bondad de escribirme, pero si así no sucede, no me guarde rencor, amigo mio, y compadezca á esta pobre madre.

Sabido es que el tiempo no se detiene por nada.

Llegó el mes de diciembre y comenzaron los ensayos de la obra nueva.

El invierno, duro, seco, desapacible; los bruscos cambios de temperatura tan peculiares como funestos de Madrid comenzaron á producir sus terribles efectos en las naturalezas débiles y en las enfermedades crónicas.

Las heladas eran terribles: María no podia salir de casa, pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, se levantaba durante algunas horas para sentarse junto á la chimenea procurando que la habitacion tuviese un temple primaveral, que no bajara nunca de 18° Reaumur.

Verdaderamente daba lástima ver aquella pobre niña, cuyo hermoso y espiritual semblante iba poco á poco demacrándose, cuyos ojos se iban agrandando y adquiriendo una expresion de profunda melancolía, cuya voz débil como un gemido penetraba en el alma arrancando una lágrima á los ojos.

La muerte imprime en las fisonomías líneas tan características, tan tristes, que al verlas, al estudiarlas, se contrista el espíritu.

El martirio de Angela viendo apagarse aquella adorada luz de su alma, sólo podia soportarlo una madre, porque es incalculable apreciar hasta dónde llegan los grados de heroísmo, la fuerza, la resistencia de una madre cuando se trata de sufrir por su hijo.

Angela era incansable, sólo unos músculos de acero, una voluntad de bronce y una paciencia de mártir reunidas y apoyándose mutuamente, podian sostener aquel cuerpo, porque aquella pobre madre ya no abrigaba la menor esperanza de salvar á su hija.

Algunas veces solia decirse:

—Tal vez si viniera Octavio..... podria efectuarse un milagro..... pero ni viene ni escribe.

Y dejando asomar una sonrisa triste á sus labios, añadia:

—Es de otra raza que nosotros.

Angela atormentada por su dolor juzgaba mal á Octavio. Su profunda pena la tornaba injusta, pues una noche, y tal vez cuando ménos se le esperaba, al terminar el primer acto, Octavio se presentó en el cuarto de la actriz.

Angela al verle lanzó un grito de esos que no pueden explicarse con la palabra; brotaba del fondo de su alma, parecia reasumir en una sola exclamacion la alegría, el asombro, el agradecimiento y la esperanza.

Angela al ver á Octavio, sin que le detuvieran consideraciones sociales, sin ocuparse de las personas que se hallaban en su cuarto, despreciando el *qué dirán* de los desocupados y los comentarios de la maledicencia, corrió hácia el conde, le abrazó con ternura y le besó repetidas veces en la frente.

Esta escena inesperada y extraña conociendo el carácter de la actriz, causó un verdadero asombro á todos los que la presenciaban.

—¡Ah, bendito sea V.!... ¡bendito!... ¡bendito!... exclamó Angela llorando de gozo.

Y comprendiendo la sorpresa de sus amigos, añadió:

—Señores, ruego á Vds. me dispensen este rapto de alegría que me ha causado la presencia del conde de Valaoz; viene desde Paris á salvar á mi pobre hija, creo que llega tarde..... pero si la salva, ¡oh! si la salva, entónces pasaré la vida adorándole, colocaré su nombre en el santuario de mi corazon, seré su esclava.

Y Angela al ver en la puerta la figura del segundo apunte que venia en su busca para comenzar el acto segundo, añadió riéndose y enjugándose las lágrimas:

—Señores, ruego á Vds. me dispensen si les he hecho presenciar un idilio sentimental del hogar doméstico; es una historia sencilla que les contaré á Vds. otro dia..... Octavio, ruego á V. que me espere, me llaman á la escena; al público no le gusta esperar.

¡Pobre actriz! El segundo acto de la comedia que se representaba aquella noche era largo, interminable y Angela decia el primer verso y el último sin moverse de la escena.

¡Pobre madre! Hubiera dado todo el sueldo de la temporada por permanecer junto á Octavio hablando de su hija, pero era preciso hablar, reir, entretener al público, hacer pausas..... ¡pausas! cuando se tiene prisa, cuando se desea concluir; malgastar el tiempo en detalles; emplear un minuto para pronunciar una palabra, permanecer en un sitio cuando se desea abandonarlo; tener el cuerpo en la escena y el alma y el pensamiento en su cuarto.

(Continuará)

LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Leyenda

POR DON CECILIO NAVARRO

(Continuacion)

Pero Juan seguia temblando.

Tal fué el tono, el matiz, la media tinta de expresion que dió Amrú á este dogma del Coran.

—¿No sabes, añadió el caudillo, que llevo en una mano el Coran y la cimitarra en la otra?

—Sabe tú, ¡oh ilustre soldado y apóstol del Coran! que no sentiria morir, que diera gustoso mi vida al filo de tu cimitarra á trueque de salvar el gran tesoro de los Tolomeos.

—Mal camino llevas, Miguel, le dijo en latin y á media voz Juan el gramático.

—No tan estrecho como el tuyo, contestó en árabe y en alta voz el anciano. Tú quisieras el tesoro para tí, y yo lo quiero para todo el mundo.

—Pero ¿qué tesoro es ese? preguntó Amrú desentendiéndose de todo lo demás, á gusto y contentamiento del anciano, que seguia su camino.

—La biblioteca, quise decir, la biblioteca, cuya riqueza si hubiera de calcularse por todo su valor, valdria más que el erario de la nacion más poderosa.

El flúido de complacencia volvió á bañar el enjuto rostro del caudillo y ahora con densidad más perceptible.

Miguel hubo de notar la impresion y siguió su camino con ménos desconfianza.

—Para que tú mismo, añadió, puedas calcular tan fabulosa riqueza, ¡oh afortunado guerrero! voy á revelarte datos históricos é interesantes noticias sobre el asunto, si es que quieres escucharme.

—Quiero: hablarás.

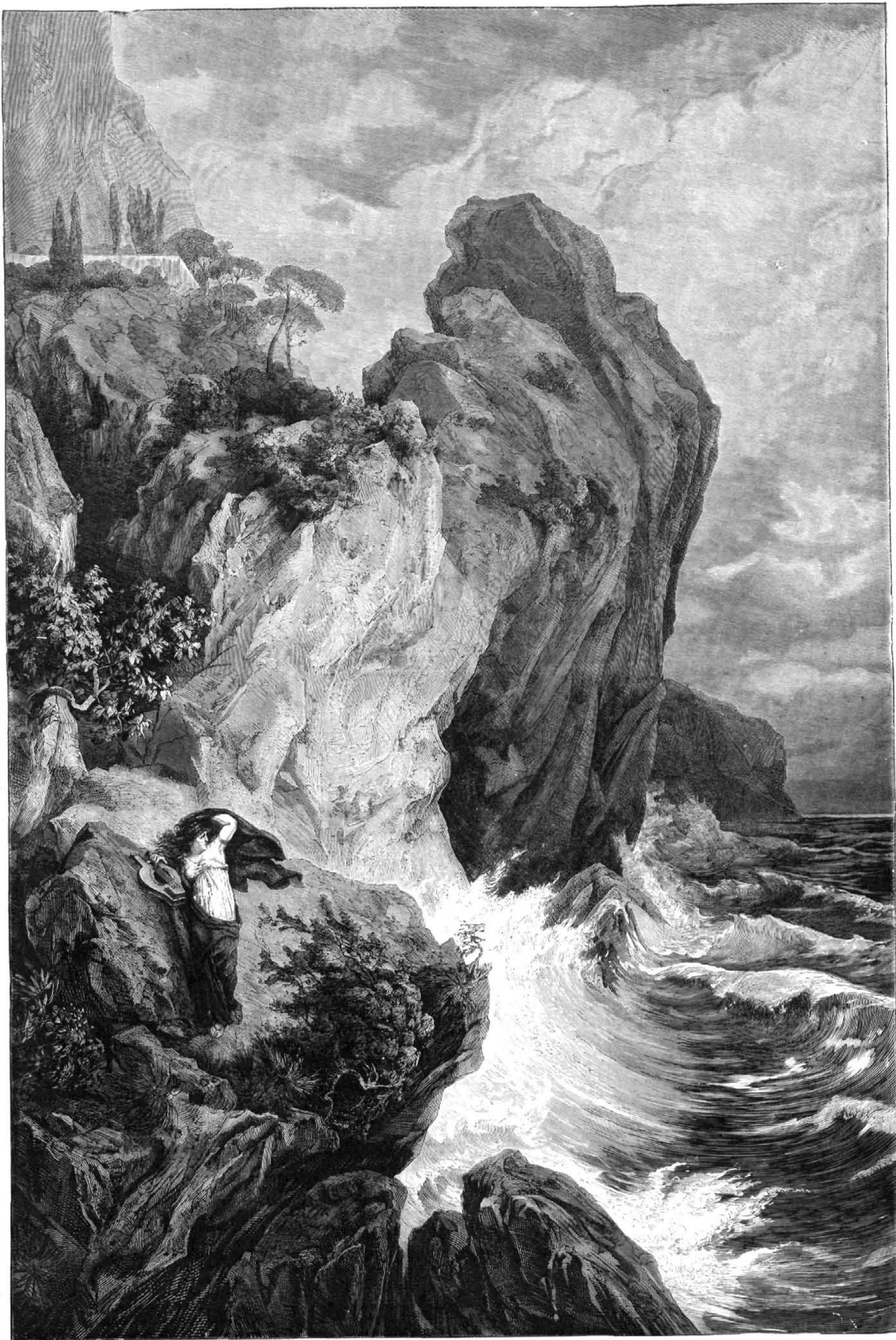
III

—Cuando á la muerte de Alejandro, fundador de esta ciudad, continuó diciendo Miguel, los generales de sus invictas falanges se repartieron las conquistas del vencedor, tocóle el reino de Egipto á Tolomeo Salvador ó Sóter. Este afortunado caudillo y ya magnánimo príncipe, ansioso de afamar su nombre, ilustrándolo con el glorioso esplendor de un reinado culto más bien que belicoso, hubo de franquear digno asilo alrededor de su trono á las letras griegas, llamando á esta metrópoli con el halago de grandes honores y no pequeños honorarios á los huérfanos hijos de las Musas, mal hallados en su ya perdida patria. Y abierto felizmente este camino real de ilustracion y de gloria, por él continuaron sus dignos sucesores, favorecidos y auxiliados siempre en sus loables propósitos por las pléyadas de sabios y poetas que acudieron al honroso llamamiento. Los Tolomeos pusieron á contribucion de libros á toda la Grecia, á todas las provincias de Roma, á todos los pueblos del mundo, con quienes tenian relaciones de comercio ó de política, á todas las naves que arribaban á sus puertos, á todos los viajeros ilustres que venian á la corte; y de este modo vinieron á esta biblioteca, durante la sucesion de aquella gloriosa dinastía, todos los libros conocidos, cuando no originales, fiel y costosamente compulsados. Con esto y con las letras y el genio organizador de Demetrio Faléreo, Cenódoto, Eratóstenes, Calímaco, Apolonio, Aristónimo y otros no ménos competentes, nombrados sucesivamente directores, vino á ser la biblioteca alejandrina la maravilla del mundo, como que en los tiempos de su mayor florecimiento llegó á contar 700,000 volúmenes.

—No está probado que llegara nunca á tantos rollos, dijo el Gramático, yendo al mismo objeto



CUARTETO, cuadro de Anselmo Feuerbach



SAFO, cuadro de E. Kanoldt

que Miguel, aunque por otro camino y con miras más estrechas.

—Hay autoridades que lo afirman, Juan, contestó el noble anciano sin desconcertarse; como hay otras que los reducen á 500,000, á 400,000, á 100,000, á 70,000 y áun á 50,000. No desconozco ninguno de estos datos. Pero tomemos un término medio y prudencialmente rebajemos á la mitad la cifra del primer dato histórico: resultarán siempre de tres á cuatrocientos mil volúmenes. Aun así, ¡oh poderoso Amrú! aun así ha de asombrarte su riqueza. ¿Sabes cuánto costó á Tolomeo Filadelfo la *Version de los Setenta?* Pues costó más de diez talentos babilonios de oro. Como que hubo que traer de Jerusalen y asistir y regalar á cuerpo de rey á los setenta doctores hebreos, escogidos y enviados por Eleazar; agregar á esta ya numerosa corporacion letrada otros setenta intérpretes griegos, filósofos, gramáticos, políglotas; y enviar un presente digno de Filadelfo, hijo de Sóter, y no indigno del Sumo Sacerdote de Jerusalen.

Amrú buscó la equivalencia de los talentos babilónicos con la moneda árabe, pidiendo algunos datos que ignoraba, y quedó admirado.

—Y todavía, prosiguió diciendo el bibliófilo, todavía le costaron más al mismo Tolomeo los originales de Esquilo, de Sófocles y Eurípides. Por su misma preciosidad, bien conocida en Aténas, sólo para compulsarlos pudo obtenerlos aquel cultísimo príncipe, y no sin dejar préviamente en manos de los atenienses, como garantía de su devolucion luégo de copiados, nada ménos que quince talentos de oro alejandrinos. Pues bien, prendado luégo de los preciosos originales el gran Filadelfo, y queriendo en su nobilísima ambicion poseerlos á toda costa en su autenticidad primitiva, faltó voluntariamente á la condicion estipulada, esto es, no devolvió los originales, aunque sí las copias obtenidas, perdiendo así los quince talentos de oro, ó sean 240 de plata, ó bien 12,000 minas.

La admiracion de Amrú tomó las oscuras tintas del asombro, oscuridad en que brillaban sólo sus codiciosas pupilas como dos puntos de diamante.

—Pero ¿y los originales de Aristóteles? repuso Miguel. Teofrasto, su amigo y discípulo, habia recibido los preciosísimos rollos de manos del maestro á la hora de su muerte, y los guardó toda su vida como un depósito sagrado. Llegada tambien para él la hora suprema, Neleo, filósofo griego, discípulo y amigo suyo, recibió á su vez el inestimable depósito, bajo solemne juramento de guardarlo como su honor y su vida, debiendo sólo á la hora de su muerte trasmitirlo bajo el mismo juramento al más ilustre y digno de los filósofos. No podia, pues, Neleo, ni debia, ni queria enajenar lo que debia guardar como su honor y su vida. Pero el oro es tentacion á que no puede sustraerse el hombre, áun capaz de resistir todas las demás tentaciones. Neleo se resistió á cinco talentos, á diez, y hasta á los veinte: lo obligaba su honor; pero á los cincuenta ya no se resistió, á pesar de su honor.

—¡Cincuenta talentos! exclamó Amrú con pasmo.

—Cincuenta.

—¿De oro ó de plata?

—De oro, fué á decir Miguel; pero vacilando un momento en mentir, aunque por móviles dignos, se le anticipó Juan el Gramático diciendo:

—De plata de Atenas.

Sin embargo, el bárbaro conquistador quedó como abrumado bajo el peso de cincuenta talentos, que por ser de plata pesan más que los de oro.

Y continuó buscando equivalencias.

—Pero la cifra de los rollos que hoy existen, objetó el Gramático, fiel á su propósito, es muy inferior al término medio de los que pudieran existir en mejores tiempos.

—Sin duda, Juan, sin duda, contestó Miguel con cierto enfado. No digo yo que ahora hay más que entónces.

—Ni tantos.

—Ni tantos, Juan, ni tantos.

—Ni muchos ménos. Recuerda el incendio del *Bruchion* por César.

—Recuerdo muy bien ese incendio, que no fué por César, sino á pesar de César.

—Sea como quiera, redujo lastimosamente el número de los rollos de la biblioteca.

—Ciertamente, pero con sus preciosos restos y las restauraciones posibles y las innúmeras adquisiciones sucesivas, llegó otra vez á restablecerse en el *Serapion* la primera biblioteca del mundo.

—Nunca tan numerosa ni selecta, ni por consiguiente tan rica, como la llamada propiamente *tolomaica*.

—No por cierto; pero.....

—Y todavía hubo de perder mucho bajo la fanática persecucion del patriarca Teófilo.

—Teófilo no persiguió más que los libros heréticos y los obscenos; y con todo eso, están hoy en la seccion teológica casi todos los heresiarcas, y en la lírica Ovidio, Cátulo y hasta Marcial.

—En resúmen, dijo el bárbaro, cortando la cuestion de los dos eruditos. ¿Cuántos volúmenes existen hoy dia en el *Serapion?*

—Unos 70,000, contestó Miguel sin vacilar.

Juan el Gramático frunció ligeramente los labios en expresiva sonrisa de incredulidad; pero no se atrevió á contradecir al bibliotecario.

Los ojos de Amrú chispeaban de codicia. Habia ya echado sus cálculos sobre este último dato, y aunque muy reducido ya uno de los factores, sacaba un producto cuantioso. Con esto, con sus hordas, con su alfanje y su Coran y el prestigio de la victoria, veia ya sumisa á sus plantas á la imperial Nazarena de Oriente.



HERMES CON EL NIÑO DIONISIO

—Pues, amigo Juan, dijo dirigiéndose al retórico, no puedo dar órden para que te entreguen los rollos que solicitas y yo te prometí, hasta recibir las de Omar Califa, á quien hoy mismo he de escribir sobre la biblioteca, que es ó puede ser un tesoro.

Y añadió, dirigiéndose á Miguel:

—Te retirarás, anciano, y guardarás, como único responsable, el tesoro del *Serapion* hasta que sobre él diga lo que ha de decir Omar-Almumenin.

—Pero entre tanto.....

—¿Qué?

—Los muftíes.....

—¿Qué?

—Temo.....

—No temas, Miguel. Alah es Alah y Mahoma es su profeta; pero yo soy Amrú.

Miguel se retiró tranquilamente, quedando Juan con Amrú.

IV

Luégo que salió el bibliófilo, entraron otra vez los dos muftíes Tharick y Hazen, seguidos de otros cuatro ulemas.

Todos ellos hicieron la zalema, exagerando, si no el respeto, la inclinacion de la ceremonia, ante el lugarteniente del emir y jeke ó caudillo de la fuerza, y permanecieron buen espacio en pié, silenciosos y sumisos.

—Al lado de Amrú, dijo el caudillo con solemnidad un tanto sospechosa, pueden sentarse siempre y sin permiso los sabios y santos doctores de la ley.

—No, contestó Hazen por todos ellos levantando bien la cabeza: no nos sentaremos al lado ni delante ni detrás de Amrú, hasta decir lo que tenemos que decir.

—Decid, pues.

—No diremos una palabra ni media, miéntras oídos infieles puedan escucharla.

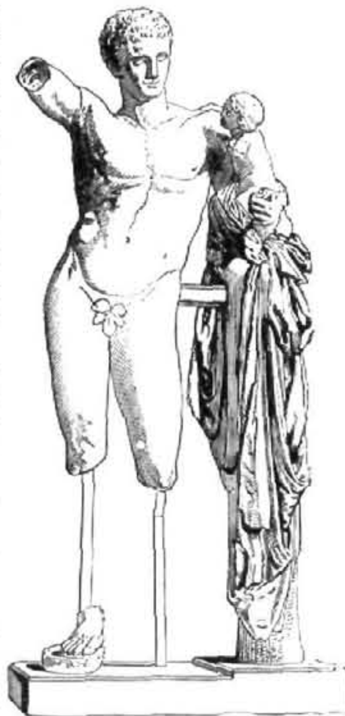
Todas las miradas se fijaron en Juan el Gramático, único que allí no era mahometano.

(Continuará)

PRAXITELES SEGUN EL HERMES DE OLIMPIA

I

El siglo XIX ha sido para la escultura griega lo que el XV para la literatura helénica. Así como entre el 1400 y el 1500 aparecieron en Europa las obras capitales de los historiadores, filósofos y poetas de Grecia; así durante el trascurso de nuestro siglo han aparecido las de sus grandes escultores. Por más que durante el Renacimiento se descubrieran en Italia un sinnúmero de estatuas, bajos relieves, bustos y grupos antiguos; y por más que muchos fuesen de una rara belleza, que dejó pasmados á hombres tan entendidos como Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael; la verdad es que aquellos hallazgos eran como un eco de la verdadera escultura griega; y nos revelaban su mérito, como los frescos de Pompeya el de las pinturas de Poliñoto y Apeles. El tímpano del Templo de Egina, el del Partenon, las ruinas de Milo y de Olimpia, y el friso de Pérgamo, hé aquí lo que ha puesto de manifiesto á la civilizacion estupefacta el mérito incomparable, variable é insuperable de la escultura griega. Así es que durante nuestro siglo se ha hecho una verdadera revolucion en el concepto de la belleza escultórica y del carácter de los primeros maestros escultores de Grecia. Hasta el primer tercio de este siglo túvose unánimemente por modelos de grandeza y gracia el Apolo de Belvedere y la Vénus de Médicis; y creyóse que el grupo de Monte Cavallo de Roma, atribuido á Fidias, segun una inscripcion moderna, grabada en el zócalo, era positivamente de este artista, y daba idea de su genio. Nada más erróneo y absurdo. Pero hasta entónces á nadie se le ocurria protestar, ni poner en duda aquel cánon artístico.



Comparando estas obras con las descripciones que los autores griegos y latinos nos han dejado de la gran escultura griega, y con las apreciaciones que de ella hacian, resultaba una desproporcion tan extraordinaria, que era necesaria toda la influencia de las Academias para dejar de conocerlo. Sin embargo, el influjo de la rutina ha llegado hasta nosotros mismos, y continuaria aún, en cierta parte de la escultura, sin los descubrimientos del friso de Pérgamo. No se conocia ántes otra muestra de la escultura patética de los griegos, que el famoso grupo del Laoconte, y como hasta que se hicieron los descubrimientos de Pérgamo, nada más se habia hallado del mismo género, este grupo era tenido por un modelo admirable. Yo mismo, á pesar de mi despreocupacion habitual, adheria á este parecer; pues aunque durante mis viajes á Roma hubiese visto varias veces en el Museo Vaticano aquella obra, y la tuviese por inferior, y muy inferior de estilo, á la misma escultura griega de la decadencia, admiraba la potencia y habilidad con que sus autores ha-

bian sabido unir el movimiento de las figuras y su expresion patética con la actitud y agrupamiento escultóricos del grupo. Creia, como todo el mundo, que esta obra era excepcional en la historia del arte griego; y no podia ménos de celebrar que sus autores se hubiesen separado así de los géneros que en su patria se cultivaban, y nos hubiesen dado tal muestra de lo que en este ramo la Grecia hubiera podido hacer. El friso de Pérgamo ha destruido todas las ilusiones, demostrando que el Laoconte era tan sólo una hábil copia, y todo lo más una diestra aplicacion de una obra superior, y que los que la tomábamos por una cosa aislada, nos engañábamos completamente.

Nada tiene, pues, de extraño que hasta 1820 se tomara al Apolo de Belvedere y á la Vénus de Médicis por las muestras supremas del arte griego, y que haya sido necesario exponer en el Museo Británico de Lóndres y el del Louvre de Paris las estatuas del Partenon y la Vénus de Milo para demostrar al mundo que estaba en un gran error. Ahora el Apolo del Belvedere ha pasado á ser de segundo órden, si no de tercero; y segun parecer de muchos doctos, no es más que una copia en mármol de una estatua en bronce, que valia mucho más; la Vénus de Médicis pertenece á la decadencia, á pesar del idealismo de su estilo, y el grupo de Monte Cavallo ni es de Fidias, ni probablemente, segun mi opinion, es una obra original.

Por fundado que sea el entusiasmo que las esculturas griegas de Florencia y Roma causaron á Goethe, á Winckelmann y á tantos ilustres de los primeros años de este siglo; por importantes que sean dichas obras para la historia del arte griego; por indiscutible que todavia sea su mérito, despues de los hallazgos posteriores; la escultura griega no debe ya estudiarse en Italia, sino en Lóndres, Paris y Berlin. En efecto, Lóndres con sus restos del Partenon, Paris con su Vénus de Milo, y Berlin con su friso de Pérgamo resumen, si no del modo más completo, de un modo bastante satisfactorio, la historia de la belleza en la escultura griega.

No me propongo tratar ahora del carácter é importancia del friso de Pérgamo, y de la relacion histórica en que se halla con el friso y el tímpano del Partenon que esculpió Fidias. Objeto será esto de otro trabajo, atendida su importancia; pues en este tan sólo debo hablar de Praxiteles y de lo que con él se relaciona. Las estatuas y bajos relieves del Partenon, al mismo tiempo que nos revelaron toda la majestad del talento de Fidias, relegaron á una de las filas inferiores los talentos de Praxiteles. Se nos apareció Fidias como el maestro supremo, como el escultor divino, como el único hombre que hasta ahora hubiese sabido unir la grandeza de la inspiracion con la naturalidad y sublimidad de la forma; y esta aureola ha sido desde entónces la razon determinante de todas las apreciaciones críticas.

En efecto, derribado el supremo pedestal del Apolo de Belvedere y de la Vénus de Médicis, se concibió la belleza de un modo muy distinto. A pesar de la habilidad de sus proporciones, el Apolo adolece de cierta mezquindad de formas, de cierta tenuidad de carácter y de una comunidad de estilo, que quizá no se hallaban en el original; y la Vénus tiene una gracia comun en su fisonomía, y una plasticidad rebuscada en sus formas, que se sobreponen á todas las coqueterías y habilidades con que la hizo su autor. Fidias nos demostró que la gran belleza reviste otro carácter y diferentes formas. La belleza verdadera, segun este grande hombre, se compone á la vez de naturalidad, de amplitud, de sencillez, de frescura y sobriedad; y atrae, por lo que se nos parece; se impone por lo superior que nos es; gusta por la facilidad de que se reviste; deleita por la vida de que está dotada; nos satisface por la buena medida de todos sus detalles, y transporta y arroba por todas estas cualidades juntas. Ante el Apolo y la Vénus de Médicis no se conocia sino el cánon de cierta belleza. Ante Fidias se ha conocido la ley absoluta de la belleza, con todas sus dotes cardinales, necesarias, irrebatibles, indiscutibles, para todos los tiempos y países civilizados.

Cayeron, pues, el Apolo y la Vénus de Médicis; pero al mismo tiempo cayó Praxiteles, á pesar de la inmensa reputacion de que disfrutó en la antigüedad, la cual le tenia por el más digno sucesor de Fidias. La crítica moderna creyó que si era su más digno sucesor, habia entre ambos un abismo tan inmenso, que casi era una profanacion citar á la vez á Fidias y Praxiteles. Hablábase de este como de un escultor anti-idealista, como de un artista realista, ó naturalista en el sentido más prosaico de la palabra; como de un escultor de decadencia, y se atribuian los elogios que en la antigüedad se le dieron, y la inmensa popularidad de que disfrutó, á una decadencia del concepto y gusto de sus contemporáneos. Los descubrimientos verificados en las ruinas de Olimpia han demostrado que era un error de los más crasos, y que los antiguos tenian razon.



BUSTO DEL HERMES DE OLIMPIA

II

Praxiteles nació en Atenas unos 100 años despues de Fidias, cosa de 400 años ántes de la Era Cristiana; y como murió de 70 á 80 años, su influencia personal duró casi una centuria. Tan considerable fué esta influencia, que se llamó *la edad de Praxiteles* al gran período en que su estilo dominó, como ántes se habia dicho ya de Fidias. Praxiteles vió la luz en un taller de escultura y su padre fué el escultor Cefisodoto, artista de bastante talento y clientela, aunque de segundo ó tercer órden entre los maestros contemporáneos. Sin duda Praxiteles aprendió de él los primeros elementos de su profesion, pero no los elementos más altos de su arte. Cefisodoto pudo enseñarle bien la industria de la escultura, en lo cual le hizo un gran servicio, y dejar que otros maestros contemporáneos completasen y elevasen su educacion. Nadie sabe cómo se verificó esto, pues la antigüedad se ha reducido á hablarnos vagamente de los consejos y lecciones que Lisipo y Scopas dieron al hijo de su compañero.

Desde la muerte de Fidias se habia hecho una gran revolucion en la escultura, como consecuencia de la revolucion verificada en las leyes, la vida y literatura de Atenas. Bajo Pericles el Estado conservaba aún aquellas formas religiosas y jerárquicas que convertian al ciudadano en un grandioso instrumento de un principio sobrenatural de gobierno. Atenas no era la república de los atenienses, sino la república de *Atenea* ó Minerva, como la llamaban los latinos; y todo lo humano,—oratoria, historia, arte, vida, leyes,—tenia un carácter grave, sereno, alto, que sin salir de la naturaleza, la dominaba completamente. Fidias habia sido el gran escultor de este período. Terminada la guerra del Peloponeso, con la gran derrota de los atenienses, estos cambiaron ó al ménos modificaron mucho el concepto del Estado, y su república tuvo un carácter más humano que religioso, y su misma religion, sin dejar las altas esferas del Olimpo, donde reinaban su Zeus y Atenea, primeros inspiradores de sus actos, adoptó tambien los cultos de los dioses asiáticos, quienes, aunque habitaban esferas inferiores, parecian hallarse más en contacto con los hombres, por ser los dioses de las necesidades y pasiones de estos. Fabricáronse, pues, muchos templos á Afrodita ó Vénus, á Hermes ó Mercurio, á Demetria, á Ceres, á Dionisos, y tantos otros de la misma índole; y las grandes concepciones de la más alta idea religiosa, cifrada en Zeus y Atenea, quedaron postergadas.

Todo siguió el mismo movimiento. Los hombres cobraron más importancia y personalidad, la literatura fué más apasionada, y la escultura adoptó un carácter personal. Los escultores que lo realizaron mejor fueron Lisipo y Scopas. Lisipo cultivó la escultura de carácter, y Scopas la de pasion. En las obras del primero se veia, sobre todo, al hombre de su tiempo, y en las del segundo las emociones del corazon. Pero aunque nada conozcamos de Lisipo, sabemos ya por el testimonio de sus contemporáneos y por los detalles técnicos que nos han conservado, que léjos de esculpir sus estatuas con un realismo fotográfico, las embellecia suprimiendo todos los detalles que no podian concurrir á la expresion del tipo y del acto que representaba. Así es que estaban llenas de tanto carácter y vida, que parecian hablar y moverse. En cuanto á Scopas, las estatuas decorativas de Níobe y sus hijos, que en mis viajes á Florencia he tenido ocasion de ver, prueban que el autor sabia unir la pasion con la belleza y armonía. Por más que algunos críticos duden de la autenticidad de estas estatuas, tomándolas por copias de los originales, creo que jamás un simple copista habria llegado á expresar la idea de Scopas con la pureza y vehemencia que en algunas se halla.

A pesar del mérito de estos escultores y de la inmensa reputacion de sus obras, no es difícil conjeturar que habia entre ellos y Fidias tal distancia, que dejaba un inmenso vacío en el arte ateniense. Los mismos autores de la antigüedad parecen indicarlo, por los términos con que luégo hablan de Praxiteles. Los griegos admiraban á Lisipo y Scopas. Pero las obras de estos hombres no trasportaban de entusiasmo á Grecia, como hicieron las de Fidias media centuria ántes, y como iban á renovarlo las de Praxiteles. Era que la concepcion de aquellos tenia más de individual que de colectiva; era que hablaban el lenguaje más elocuente del hombre, no el lenguaje más elocuente de la muchedumbre. Praxiteles debia estar dotado de un talento de primer órden, y haber adquirido muy jóven una ciencia consumada, porque, segun testimonio de los antiguos, ántes de los treinta años de edad habia ya renovado los milagros de Fidias. Nada tiene de extraño que, nacido en un taller de escultura, con padre hábil, y con maestros tan sabios y consumados como Lisipo y Scopas, adquiriera pronto una vasta ciencia de las formas artísticas. Lo extraño, lo sorprendente, lo pasmoso y digno de admirarse sempiternamente, es que se apropiara tan rápidamente aquellos grandes conocimientos; que los fundiera con su propia inspiracion hasta hacerlos originales; que creara un género nuevo, grande, magnífico, propio; que en breve lo llevara á la suma perfeccion, y que no sólo se sobrepusiera á Lisipo y Scopas, sino que se colocara entre Fidias y ellos, imponiendo su nombre á la época artística.

Los autores antiguos, que han llegado hasta nosotros, como Plinio, Pausanias y algunos otros, dan suficientes detalles para que nos formemos idea de la creacion general de Praxiteles. Esa creacion se resume en dos palabras: *gracia y grandeza;* y para comprender todo lo que la distinguia de Fidias, bastará decir que la de este puede resumirse en las mismas palabras, colocadas inversamente: *grandeza y gracia*. Fidias, queria que sus figuras impusiesen un gran respeto, y que luégo gustasen: de aquí que el carácter de ellas fuese grandioso y su tono agraciado. Pero Praxiteles quiso que las suyas fuesen ante todo atractivas, y que despues impusiesen respeto; y por eso fué primero agraciado, bajo un estilo grandioso. Así se comprende la impresion diferente que las obras de cada uno producian. Ambos arrebataban á los pueblos. Pero ante Fidias la multitud quedaba sobrecogida de respeto, y admiraba silenciosamente; al paso que ante Pra-

xiteles prorumpia en un grito de entusiasmo, que pronto interrumpia, subyugada por la elevacion de las obras.

Sin embargo, nada nos permitia comprobar esta idea, ni formar siquiera concepto del mérito de Praxiteles. El segundo grupo de Monte Cavallo, que la inscripcion le atribuye, no correspondia á su género, y pasaba ya por de otro autor. Las medallas romanas y atenienses que reproducen algunas de sus estatuas, son muy insuficientes. Se creyó durante mucho tiempo que la Vénus de Médicis le pertenecia. Pero la inscripcion del zócalo, que es muy antigua, la asigna á otro, y además esa estatua no podria colocar á aquel en la eminencia designada. El Museo Capitolino, el del Vaticano, del Louvre y Británico, poseen muchas obras de su género. Sin embargo, á nadie satisfacian, y comunmente se tomaban por copias, más ó ménos torpes, de los originales. A Alemania debemos haber podido, al fin, conocer directamente á Praxiteles.

En efecto, terminaban los alemanes las excavaciones del antiguo templo griego de Olimpia, cuando de repente se halló una estatua, que fué reconocida por el Hermes con el niño Dionisio en los brazos que Praxiteles habia esculpido para aquel templo. No habia lugar á la más ligera duda, aunque la obra, segun costumbre general de la antigüedad, no estuviese firmada. Los autores griegos y latinos nos habian dejado una descripcion completa de la estatua, que correspondia punto por punto con la que acababa de hallarse. ¡Por fin poseiamos una obra auténtica del gran maestro! Desgraciadamente estaba mutilada: las piernas rotas, los brazos hechos pedazos, el niño Dionisio quebrado y separado de la estatua. Pero ¡oh dicha! El pecho y los muslos del Hermes en buen estado, y sobre todo la cabeza intacta: detalle capital en las obras de este escultor.

Testigos oculares dicen que nada puede expresar la emocion y entusiasmo que produjo entre los que dirigian las excavaciones la vista de este hallazgo. Quedaron sobrecogidos de admiracion y estupor, pues jamás habian imaginado una estatua de semejante belleza y frescura. Aunque el Hermes no pasase en la antigüedad por una de las mejores obras de Praxiteles; aunque fuese tenido por una estatua como tantas otras que hizo; es imposible no rendirse, no sentirse trasportado ante la gracia exquisita, la majestad secreta y la elegancia suprema de aquel Hermes.



GUERRERO CIRCASIANO, por Fortuny

El artista lo ha representado de más que de tamaño natural; en pié y desnudo, mirando irónica y amablemente á Dionisio, cuya gula excita enseñándole en la mano derecha levantada un racimo de uvas. El niño está evidentemente tratado como un accesorio; ó quizá del modo que la tradicion religiosa exigia; de suerte que no corresponde á las proporciones, ni al estilo del Hermes. Pero éste, en cambio, justifica de tal modo los elogios de los antiguos, que se comprende fácilmente el entusiasmo que Praxiteles causó á toda la Grecia.

El Hermes es verdaderamente un dios; no dios por la majestad que reviste, sino dios por la belleza, por la potencia, por la superioridad, por la distincion, por la elegancia de toda la figura. No pertenece al Olimpo, en que Zeus, armado de sus rayos, hace temblar el universo con sólo fruncir las cejas; sino al Olimpo del amor y de los placeres divinos; al Olimpo que derrama sobre la tierra una lluvia de abundancia, de alegría, de fraternidad y bienandanza; al Olimpo que ilumina al sol y enciende los más hechiceros colores del horizonte, derramando en la familia y la sociedad salud, pan, expansion, cantos, placeres, diversiones, fiestas y promesas de una felicidad universal. El Hermes de Praxiteles, humano por la fisonomía y las proporciones, es tan ideal y celeste como las más divinas obras de Fidias, por la amabilidad y grandiosidad del tipo: su sonrisa no es la de un mortal, sino la de una divinidad; no es su mirada la de un hombre, sino la de un genio portentoso. En la gravedad y potencia de aquella cabeza, en la seguridad de sí mismo de aquella fisonomía, se descubre en seguida el espíritu de una deidad.

¡Qué diferente de la Vénus de Médicis en concepcion, en estilo y factura! Esta obra es una chiquillada en comparacion de aquel Hermes. El tipo decae por insignificante, la actitud se hace pesada, las formas se vuelven comunes, la elegancia se convierte en barniz. El Hermes reina sobre ella con un imperio absoluto. Es sencillo, y sin embargo, está lleno de ciencia; es aéreo, y sin embargo tiene una fuerte virilidad; es grandioso de formas, y sin embargo no falta á las leyes anatómicas. ¡Con qué finura, con qué sobriedad de toques, con qué melodía de factura está modelada aquella cabeza, prodigio, verdadero prodigio incomparable de hermosura varonil y de inteligencia suprema! ¿Y el cuello, tan enérgico, á la vez que tan pastoso; tan elegante al mismo tiempo que fuerte? ¡Pero dónde, dónde hallar expresiones para describir aquel pecho, tan majestuoso, tan ampliamente detallado, tan exquisita, tan primorosamente dibujado! Fidias nunca lo superó, ni posible seria superarlo, y no hay más diferencia entre ambos artistas, que la establecida por el género que cada cual cultivaba.

III

Podemos ya decir que conocemos á Praxiteles. Si; podemos decirlo. Sin embargo, ¡cómo se reirian de nosotros los antiguos, si pudieran oirnos; ellos que conocieron los centenares de estatuas que salieron del taller del gran escultor; ellos que pudieron contemplar sus Vénus de Cnido y su Eros, sobre todo su Eros, que pasaba con ella por su obra maestra! En efecto, ayudado Praxiteles por un gran número de discípulos, y sobre todo por dos hijos suyos, llenó la Grecia de estatuas religiosas, heróicas y de género, aunque hizo pocas en estos dos últimos ramos. La que disfrutó de más popularidad fué la Vénus de Cnido, que los griegos y extranjeros iban á ver de todos los puntos de la tierra civilizada. Los antiguos hablan con trasportes de entusiasmo de esta obra y del fanatismo que causaba á la multitud. La gente caia en éxtasis ante aquel prodigio de belleza, que más parecia esculpido por Dios, que por un hombre. Cada año llegaban á la isla en romería, de las más apartadas regiones, galeras henchidas de peregrinos, que iban á visitar y adorar á la reina del amor humano. Las caravanas de la Meca pueden darnos hoy una idea de aquel entusiasmo. Pero en el que causaba la Afrodita, ó Vénus de Cnido, no influia, no reinaba más que el genio artístico del que la habia creado. El cincel de un hombre bastaba para arrebatar á los pueblos.

¿Qué era pues, qué era aquella belleza? ¡Ah! ¡Con cuánta razon los antiguos se reirian de nuestro orgullo por el hallazgo del Hermes! Esta obra divina no nos da la menor idea del tipo y hermosura de aquella estatua celeste. Podemos sí calcular que era un modelo de gracia y olímpica voluptuosidad; podemos sí creer que era arrebatadora de amor, de grandeza, de castidad, de elegancia, de trasparencia, de vida placentera y sobrenatural: que encendia por la luz que toda la figura derramaba; y contenia por la majestad que del rostro y de la actitud se desprendian; que elevaba la imaginacion hasta las más serenas regiones del Olimpo, y agitaba el pecho con los sentimientos más humanos y dulces. Todo esto podemos decirlo; pero desgraciadamente nada más. Aquella estatua prodigiosa fué destruida por un incendio en los primeros siglos de nuestra Era.

¿Qué ha sido de las demás? El misterio es impenetrable respecto á la mayor parte de ellas, pues aunque se sabe que algunas perecieron en terremotos é incendios, todavía debieron quedar muchísimas docenas, cuyo paradero se ignora. Tengo para mí que á medida que se hagan excavaciones en Oriente, se descubrirán algunas, pues hasta ahora, la verdad es que no se han buscado las obras originales en los sitios donde podian estar. La Grecia europea y la asiática apenas han conocido las excavaciones, á pesar de que casi siempre han pagado con creces los trabajos de los arqueólogos que se han arriesgado. De todos modos los trabajos de Olimpia nos han permitido conocer á Praxiteles, y comprender así, no sólo su verdadero mérito, sino tambien el vuelo que dió al arte; y hoy podemos afirmar con entera seguridad que continuó de un modo original la escuela de Fidias, desarrollando su faz reversa y llevándola á la misma grandeza de concepto y perfeccion que su antecesor llevó la faz anversa.

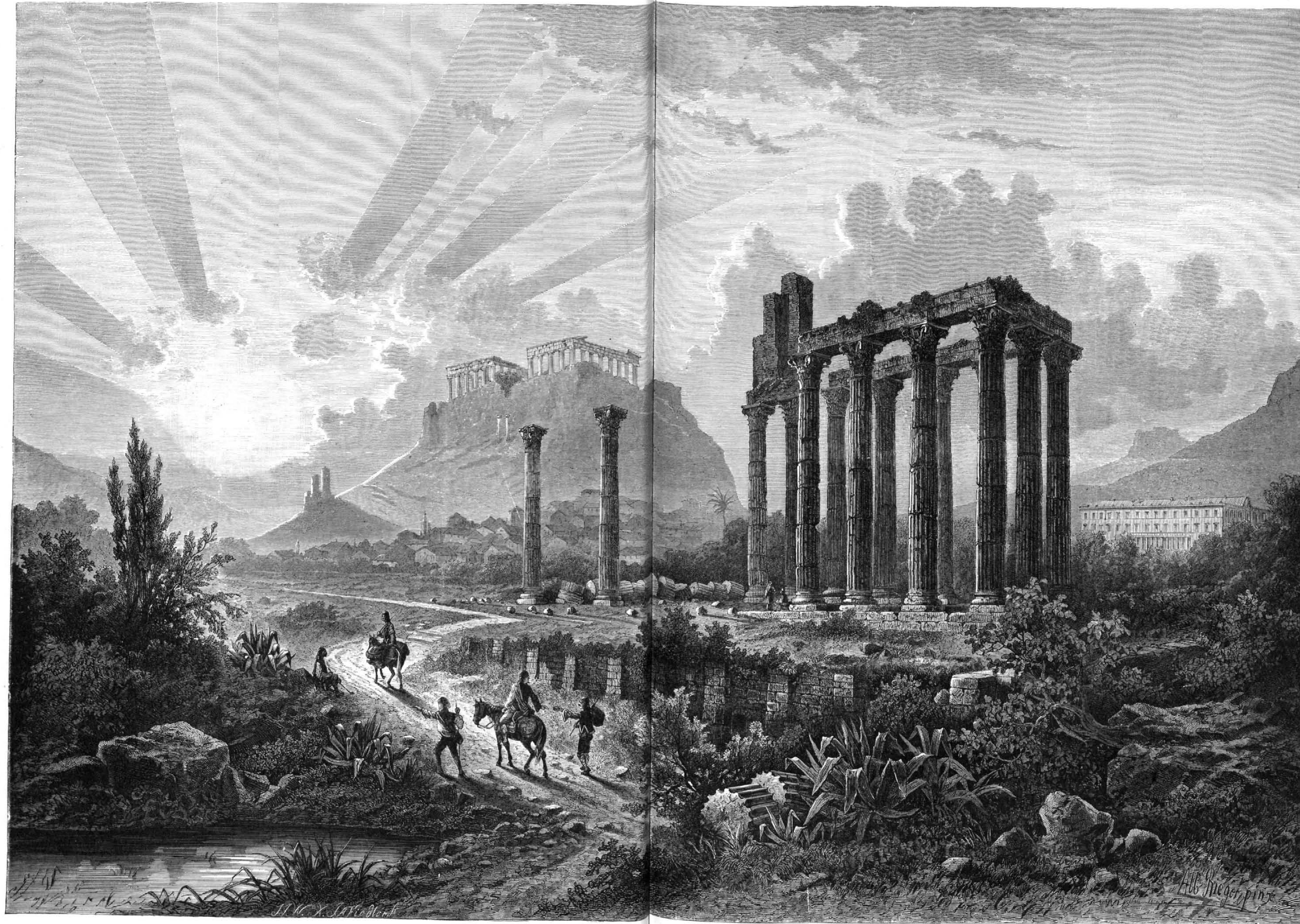
En efecto, aunque es evidente que Praxiteles se inspiró mucho en Lisipo y Scopas, no lo es ménos que tambien se inspiró en Fidias, como lo demuestra su Hermes. Tomó de sus dos contemporáneos la naturalidad de los tipos y formas; pero buscó en su gran antecesor el arte de engrandecerlos de idea y estilo, y elevarlos á la region de la divinidad. En cuanto á la gracia, ya lo he dicho, le pertenece completamente.

¿Pero es cierto que no poseemos otra obra de Praxiteles?... Creo que sí; porque al ver su Hermes, no pude ménos de exclamar: *¡la Vénus de Milo es suya!* Sí; tengo la firme conviccion de que lo es, y que esta idea, que soy el primero en emitir desde el descubrimiento de Olimpia, llegará á ser general. El equivocado concepto que se tenia de aquel escultor habia impedido que se le concediese esta estatua. Sin embargo, se reconocia que era del período siguiente al de Fidias; que estaba influida por el estilo de éste, aunque tenia un concepto más humano; y que no podia ser obra de Lisipo ni de Scopas. El Hermes, revelándonos lo que positivamente fué Praxiteles, clasifica á la Vénus de Milo, obra cuyo carácter ideal y plástico corresponde punto por punto á la descripcion de la escuela de Praxiteles.

Es cierto que algunos la atribuian á Fidias, pero nunca se ha podido sostener. El concepto y forma de la Vénus de Milo es reverso del de aquel, y pertenece evidentísimamente á otra época y maestro. En la Vénus de Milo se halla del modo más fácil la influencia de Lisipo y Scopas tan bien como la de Fidias. Pero la gracia y grandiosidad de Praxiteles han refundido en un tipo original todas aquellas influencias, produciendo la maravilla que podemos admirar en el Louvre. La Vénus de Milo es por consiguiente del tiempo de Praxiteles; éste y no otro la ha hecho; y ni ántes, ni despues ha podido hacerla sino él. Pero si se quiere un dato más evidente, compárese el estilo del Hermes de Olimpia con el de la Vénus de Milo. En el concepto, la misma expresion de la gracia exquisita y de la grandeza divina; en la factura, el mismo modo de modelar los cabellos, los miembros, las carnes; la misma delicadeza, el mismo sistema de planos perdidos. Ambas obras tienen un gran aire de familia de piés á cabeza. El pecho del Hermes y el de la Vénus de Milo son tan idénticos, que es imposible desconocerlo. Algunas personas, artistas y profanos, á quienes he consultado mi suposicion, al comparar las dos obras, han exclamado: *sobre todo en el pecho el estilo es igual*. Para mí lo es en todo; y no dudo de que tarde ó temprano se reconocerá; y entónces podremos decir que poseemos de este grande hombre dos tipos que dan idea completa de él.

LUIS CARRERAS

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LAS RUINAS DE ATENAS

(COPIA DE UN CUADRO DE ALBERTO REGIER)